

**Producción de plusvalía y ejercicio del poder.
Una mirada a la producción capitalista a partir de la proliferación
de las tecnologías de poder en la modernidad.**

Presentado por

Sergio Camilo Sánchez Acero

Trabajo de Grado presentado para optar al título de Magíster en Filosofía

Directora

María Cristina Conforti Rojas

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Filosofía

Maestría en Filosofía

Bogotá D. C.

Contenido

Agradecimientos.....	5
Introducción.....	6
1. Contextualización histórica	13
1.1 Del poder extractivo de la espada al patrimonio de Jack de Newbury	13
1.1.1 El poder extractivo	13
1.1.2 La semilla del capital	22
1.2 El doble suceso de transformación	32
1.2.1 La sociedad burguesa	32
1.2.2 De la esfera del intercambio al proceso de trabajo	38
1.2.3 Consideraciones preliminares sobre las tecnologías de poder (I)	41
2. Plusvalía y división del trabajo	45
2.1 Plusvalía relativa y sujeción	45
2.1.1 Plusvalía relativa o el desarrollo de las capacidades productivas del sujeto	45
2.1.2 Conformación de la fuerza colectiva en el ámbito productivo	48
2.1.3 El proceso de trabajo es absorbido por el capital	54
2.2 División del trabajo: entre los roles productivo y coactivo	57
2.2.1 La división del trabajo como multiplicador de riquezas	58
2.2.2 La subordinación del individuo en el moderno aparato productivo	65
2.2.3 Consideraciones preliminares sobre las tecnologías de poder (II)	75
3. Las modernas formas de poder	81
3.1 La conformación de las fuerzas productivas a través de la generalización de las disciplinas: la anatomía política	81
3.1.1 El poder como tecnología	81
3.1.2 El sujeto disciplinado	82
3.1.3 La distribución de individuos	85
3.1.4 Gestión de las actividades y del tiempo	87

3.1.5	El sujeto en grupo o el sujeto colectivo: componer fuerzas	89
3.1.6	El lugar central de las disciplinas en el orden productivo	92
3.2	El orden productivo emergente requiere la norma	95
3.2.1	Vigilar	95
3.2.2	Sancionar	98
3.2.3	El poder es normalizador	101
3.3	Panoptismo o la consolidación política de la sociedad burguesa	104
3.3.1	La invasión política de la sociedad	104
3.3.2	Bentham, pensador político del orden burgués	106
3.3.3	Sociedad normalizadora	110
3.3.4	¿Derechos del hombre?	115
3.3.5	La dominación, base de la industria	119
	Conclusión	121
	Bibliografía	128

How in the hell could a man enjoy being awakened at 6:30 a.m. by an alarm clock, leap out of bed, dress, force-feed, shit, piss, brush teeth and hair, and fight traffic to get a place where essentially you make lots of money for somebody else and were asked to be grateful for the opportunity to do so?

Charles Bukowski, *Factotum*.



Agradecimientos

Este es el espacio oportuno para expresar mi gratitud a quienes han contribuido en el curso de mi reflexión sobre las ataduras de la economía moderna. Es preciso agradecer, en primer lugar, a mi familia por el apoyo brindado en estos años de estudio y por su paciencia. Les debo todo. También agradezco a las circunstancias de este entorno social por suscitar en mí un interés en los temas que aquí se tratan. Dichas circunstancias me han hecho ver que los sucesos económicos son más complejos de lo que muestran los textos especializados en el saber económico.

Agradezco a la profesora Cristina Conforti por estar siempre dispuesta a ayudarme en la elaboración del presente trabajo, el cual plasma una preocupación que tal vez muchos han tenido en el curso de sus vidas. Gracias por su orientación. Asimismo agradezco infinitamente a la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana por abrirme las puertas y brindarme la oportunidad de plantear una reflexión en torno a los asuntos que me han preocupado durante mucho tiempo. Debo decir que me hallo en deuda con esta facultad, espero que el trabajo aquí presentado sea un aporte.

Por otra parte, expreso mi agradecimiento a mis profesores de economía, y en particular a aquellos que me motivaron a leer directamente los textos de los principales exponentes de la teoría económica. La lectura de estos textos me ayudó a formar mi propio punto de vista sobre las cuestiones de orden económico, y además, dicha lectura fue clave para entender la teoría económica más allá de lo que plantean los libros de texto convencionales (divulgados en las escuelas de economía) o los manuales de métrica. Debo decirles que los he recordado al escribir este trabajo. También he recordado sus enseñanzas y puntos de vista.

Por último, agradezco a mis compañeros de estudio por sus observaciones y por su hospitalidad. En esta facultad he encontrado personas excepcionales, es un gusto para mí tener la oportunidad de estudiar al lado de ellos y de compartir diferentes puntos de vista.

Introducción

El trabajo se nos presenta como una condición de existencia. Decimos que necesitamos trabajar para vivir. Tal vez este sea el espacio para cuestionarnos qué significado tiene la palabra vida en un presente donde nuestros vínculos sociales pasan por los valores económicos, es decir, en un presente donde accedemos a casi todas las cosas que constituyen nuestra existencia material por medio del valor de cambio. En los últimos dos siglos, el dinero¹ ha adquirido cada vez más relevancia en la vida, o dicho de otra forma, probablemente en estos tiempos nos sea imposible pensar una vida sin la intermediación del dinero.

Por lo general, aceptamos la idea de que trabajamos para hacer una vida. Pero esta vida la construimos, en una parte considerable, con las cosas por las cuales accedemos mediante el dinero. Generalmente aceptamos el hecho de que no podemos ‘mantener’ nuestras vidas sin dinero. El valor de cambio ha mediado profundamente en la existencia individual. También podemos pensar el problema del trabajo de esta manera: existimos en función de la producción de valores de cambio. La riqueza, el valor de cambio, etc., son imperativos para hacer una vida. La economía es uno de los factores más relevantes cuando pensamos en hacer una vida; la economía es algo que tal vez nadie deja al margen cuando piensa en su propia existencia.

He de decir que la escritura de las presentes páginas está motivada a partir de una reflexión, o más bien, a partir de una preocupación constante: ¿qué tan cierto es que trabajamos para vivir? Como lo sugiere esta idea ampliamente extendida, la finalidad del trabajo es hacer una vida. Y si es así, si la vida es una aspiración que realizamos mediante el trabajo, ¿por qué el individuo se ve atado a producir plusvalía? ¿Por qué su existencia es absorbida por el proceso de trabajo? ¿Por qué el individuo se conforma como pieza de un organismo productivo? ¿La atadura al trabajo se explica entonces por una aspiración, por una finalidad, por una vida que está cada vez más moldeada por el proceso de producción?

¿Qué es entonces la vida? He mencionado que mi reflexión pone en cuestión tal idea de trabajar para vivir. Esto implica cuestionar que la vida sea una finalidad. Se me ocurre una respuesta tentativa: la vida es una fuerza productiva. Decir que vivimos en función del aparato productivo significa que nuestra vida se constituye en fuerza productiva de tal aparato. Por lo tanto, parece que no trabajamos

¹ Podemos afirmar aquí que el dinero es la forma inmediata en la cual se nos presenta la riqueza. La forma inmediata por la cual participamos de las riquezas.

para vivir. Si la vida es una fuerza productiva, si es absorbida por la industria, entonces, por el contrario, vivimos para trabajar.

La finalidad de la industria moderna es la producción de riquezas, y el proceso de trabajo es el recurso de la industria para tal finalidad. Entonces, la vida del sujeto trabajador está supeditada a los fines de lucro. Ciertamente el trabajo tiene una importancia vital para el individuo, sin embargo, cuando el individuo se halla inserto en el proceso de producción, se lo conforma como fuerza productiva. Un cuerpo, una persona, una existencia, y en fin, una vida, todo esto es un recurso de tipo productivo.

En el curso de esta constatación reflexiva, he dejado de ver en el trabajo un recurso para el individuo, el individuo (y con él su trabajo) es un recurso para la industria. Entonces, ¿por qué trabajar? En *El Capital*, Marx apuntaba que el trabajo representa para el individuo su subsistencia, “el valor de la fuerza de trabajo, es el valor de los medios de vida necesarios para asegurar la subsistencia de su poseedor” (Marx, 1999; 124). Para el trabajador, su vida es reducida a su subsistencia; el individuo trabaja para adquirir una subsistencia.

La vida es conformada por la actividad productiva. Y a cambio de disponer la vida al servicio de la producción de plusvalía, el individuo recibe una subsistencia. El individuo no trabaja para vivir, trabaja para producirse en tanto que fuerza productiva. Una vez más, vivir supeditado a la producción de riquezas significa hacer de la vida una fuerza productiva. Trabajamos para subsistir, pero subsistimos para reproducirnos como fuerzas productivas, para existir como tales. Podemos aceptar que obtenemos algo trabajando, la subsistencia, pero esta es el valor de uso que el trabajador adquiere para seguir empleando su vida en el proceso de trabajo que reporta ganancias a los jefes de industria.

A pesar de que el trabajo se ha reducido a la representación de la subsistencia, se sigue extendiendo la idea de que trabajamos para obtener una vida (aunque esta sea una vida conformada como fuerza productiva). Si cuestionamos dicha idea (trabajar para vivir) y encontramos que sucede lo opuesto, que se vive para trabajar, la siguiente cuestión que puede surgir es: ¿cómo hacer de una existencia un factor de producción? ¿Cómo ocurre el moldeado de la vida para el proceso de producción? Me he sentido tentado a buscar en la teoría económica respuestas a los interrogantes que me plantea una reflexión sobre el trabajo. Sin embargo, creo que he encontrado pocas respuestas en la teoría económica. No sólo he encontrado pocas respuestas, también he dado con un hallazgo personal al adentrarme en el saber económico: la reflexión económica se ha reducido a una métrica de los fenómenos sociales.

Sin embargo, no quiero culpar demasiado a la teoría económica. Aunque haya dado con pocas respuestas, creo que esas pocas respuestas son demasiado valiosas y me han aportado bastante a mi

reflexión. Considero que no todo puede expresarse en términos métricos para suscitar una reflexión en torno a la economía. No obstante, al encontrar escasas respuestas en la teoría económica, he pensado que el problema del trabajo no es sólo un problema que tenga exclusivamente una dimensión económica.

De manera general, la teoría económica considera que los individuos se hallan insertos en relaciones autónomas de intercambio. Se ha considerado que las relaciones entre capital y trabajo son relaciones de intercambio, relaciones que caen en el dominio exclusivo de lo económico. En esta relación de intercambio, el salario es la remuneración del factor trabajo, y la ganancia es la remuneración del factor capital. Se describe esta relación como una relación en la cual el trabajador ofrece autónomamente su fuerza de trabajo al empresario a cambio de un jornal. En esta relación se presupone tanto la libertad del trabajador de entrar en dicha relación como la igualdad de condiciones entre los sujetos de cambio. Es cierto que el trabajador no entra al ‘pacto’ atado de una cadena, sin embargo, en la relación entre capital y trabajo median otro tipo de condiciones [históricas] que hacen que el trabajador (por su cuenta) se subordine al empresario.

Al iniciar el capítulo del capital en los *Lineamientos fundamentales (Grundrisse)*, Karl Marx plantea que el pensamiento económico tradicional reduce las relaciones entre capital y trabajo a la categoría del cambio. Si bien Marx acepta que la relación capital-trabajo puede revestir (en apariencia) la forma del cambio, no es menos cierto que esta relación también es una relación de subordinación. De acuerdo con Marx, la relación entre capital y trabajo puede ser definida como un doble proceso: por una parte, es cierto que el trabajador ofrece al empresario una mercancía particular por un precio que el capital cede, la fuerza de trabajo, pero por otra parte, esta relación también es caracterizada por el ‘uso’ que el capital hace de la fuerza de trabajo, por la creación de plusvalía, en suma, por la explotación (Marx, 1985; 162, [185]). Esta relación particular reviste la forma del intercambio, pero también es concretamente una práctica de sujeción.

El trabajador no ofrece una mercancía cualquiera en una relación de cambio. Como veremos, el trabajador ofrece al empresario una mercancía particular: la fuerza de trabajo, una ‘mercancía’ que puede producir valores de cambio. La fuerza de trabajo crea las ganancias del empresario. El trabajador ofrece la mercancía que valoriza el capital. Si algunas corrientes de pensamiento económico conciben el proceso de producción a partir de relaciones de intercambio, es posible afirmar que dichas corrientes ocultan la cara coercitiva de la producción capitalista. La moderna economía requiere medios para el dominio de las fuerzas productivas del trabajo.

La ganancia [económica] es la razón que mueve al empresario a subordinar las fuerzas que la producen. Las diversas relaciones entre personas en la sociedad burguesa no se reducen a la categoría

del intercambio, en esta sociedad suelen percibirse relaciones de poder y no sólo en el ámbito productivo. La relación entre el trabajador y el empresario no es simplemente una relación de cambio. Marx, en sus *Lineamientos fundamentales (Grundrisse)* ya había expresado que hay algo más allá del intercambio en las diversas relaciones sociales. En esta sociedad “los individuos no se enfrentan solamente como sujetos del cambio, como comprador y vendedor, sino dentro de determinadas relaciones que responden a criterios distintos.” (Marx, 1985; 138, [159]).

Si el individuo, en el contexto de la sociedad burguesa, entra en esta relación de ‘cambio’ con el empresario, es porque, como mencionábamos al inicio, el trabajo se le presenta como su condición de existencia; es tal vez su única opción. El trabajo se ha considerado el medio por el cual el hombre se produce. En su libro *Las palabras y las cosas*, Michel Foucault hace un análisis sobre el discurso de la economía política. Para hacer una arqueología de la economía política, Foucault centra su atención en la escuela clásica del pensamiento económico, particularmente en los planteamientos de David Ricardo. De acuerdo con Foucault, la antropología de la finitud natural estaba ya planteada en el pensamiento de David Ricardo. Esto es, el trabajo es algo que surge por un problema de subsistencia. De acuerdo con la corriente clásica de pensamiento económico, “en cada momento de su historia, la humanidad sólo trabaja bajo la amenaza de la muerte” (Foucault, 1968; 251).

Tal vez no hace falta leer a David Ricardo para enterarse que el trabajo tiene una importancia vital, o que el trabajo responde al problema de la finitud natural del hombre. Sin embargo, el trabajo no se establece exclusivamente como una relación de producción. El moderno proceso de producción no se constituye únicamente a partir de sucesos de intercambio, este proceso de producción también tiene un correlato político. La producción capitalista no se reduce a la totalidad de sucesos de intercambio entre empresarios y trabajadores, como expresábamos anteriormente, entre estos particulares sujetos de cambio (empresario y trabajador) también hay prácticas de sometimiento.

La sociedad burguesa es tal vez más compleja de lo que plantea la teoría económica, no la podemos describir exclusivamente en términos de fenómenos económicos. Entonces, hay un problema que puede percibirse en el proceso de producción capitalista: el sometimiento, en este proceso median formas de poder. Hay control sobre la actividad productiva, y también sobre el trabajador. En este sentido, debemos preguntarnos cuál es el tipo de poder existente en la moderna sociedad burguesa. ¿El poder, en el proceso de producción capitalista, se refiere a los regímenes democráticos o parlamentarios? No nos apresuremos a identificar el poder con una serie de instituciones administrativas. Hay formas de poder que no se refieren exclusivamente a las formas que puede revestir un Estado, un ejemplo es la práctica efectiva de la subordinación en las manufacturas.

Entonces, tal vez hay formas de poder particulares que son constitutivas del proceso de producción capitalista. En el transcurso del presente trabajo intentaremos examinar cuáles son esas prácticas coercitivas que cumplen un papel productivo. La teoría económica puede darnos importantes respuestas en lo que respecta a las transformaciones del proceso productivo. No obstante, debemos buscar más allá de la teoría a fin de hallar el lado coercitivo del proceso de producción, o el lado productivo de la práctica coercitiva. Concordamos con Michel Foucault en que en las relaciones de producción hay también relaciones de poder: “Muy pronto me pareció que, mientras el sujeto humano está situado en relaciones de producción y de significación, está igualmente situado en relaciones de poder que son muy complejas. Ahora, me pareció que la historia y la teoría económicas proporcionaban un buen instrumento a las relaciones de producción, [...] pero para las relaciones de poder no teníamos instrumento de estudio.” (Foucault, 1991; 52-53).

Usualmente, el poder ha sido pensado desde la referencia al Estado; el poder ha estado también asociado al problema de la legitimidad. Para analizar el poder, se ha recurrido a la referencia institucional. Sin embargo, considero que la forma paradigmática del ‘pacto social’ como modelo fundador del poder estatal también oculta el lado coercitivo del proceso productivo, pues al igual que el intercambio, la práctica política se reduce a un suceso contractual. Concordamos totalmente con Michel Foucault en la siguiente afirmación: “Fue, por lo tanto, necesario ampliar las dimensiones de una definición del poder si queríamos usar esta definición en el estudio de la objetivización del sujeto.” (Foucault, 1991; 53).

De esta manera, una de las premisas fundamentales en este trabajo es que las modernas formas de poder no se reducen al Estado. El poder no es una institución. Si queremos ampliar la noción de poder, es válido entonces preguntarse qué hay más allá de las instituciones que hace tan compleja la práctica política. De acuerdo con Foucault, el poder no es algo que se encuentra en un punto central de soberanía, el poder viene de todas partes (Foucault, 1977; 113). Concordamos con la idea de Foucault sobre el poder: “Me parece que por poder hay que comprender, primero, la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización” (Foucault, 1977; 112).

Las relaciones de poder son, básicamente, relaciones de fuerza. En la industria, hay fuerzas productivas que han de ser controladas a fin de generar riquezas. Los trabajadores y los empresarios se hallan inmersos no sólo en relaciones contractuales o de intercambio, también hay una interacción forzosa entre ellos. He ahí uno de los hallazgos importantes en el curso de mi reflexión: el proceso de producción capitalista es conformado a partir de relaciones forzosas entre las personas.

A fin de comprender cómo se opera la ligazón del hombre al trabajo y de qué técnicas se vale la relación de fuerzas en la industria moderna, propongo dividir el presente trabajo en tres capítulos: primero, presentaré una contextualización histórica; segundo, me centraré en la cuestión de la producción de plusvalía y en el doble rol (productivo/coercitivo) de la división del trabajo; tercero, teniendo en cuenta los procesos de conformación del aparato productivo, expondré una noción del poder entendido como tecnología. Esto es, en este último capítulo se tratará de ‘descubrir’ esas formas de poder que se diferencian de las concepciones tradicionales del poder; esas formas de poder que hacen posible la conformación del individuo en fuerza productiva.

Hacer una contextualización histórica tiene un doble objetivo: primero, identificar las manifestaciones de las formas pre-modernas del poder, segundo, examinar cuáles fueron las condiciones que hicieron posible las transformaciones productivas y políticas. En las sociedades pre-modernas es posible encontrar relaciones de poder muy ligadas a la figura del soberano. En el ámbito económico en particular, veremos que el ejercicio de la extracción guarda una estrecha relación con las relaciones de soberanía. Sin embargo, las formas de poder, en la sociedad moderna, no recurren a la práctica extractiva; en la sociedad burguesa las relaciones de poder se configuran como relaciones en las cuales el individuo está inserto en un mecanismo de producción de riquezas. Veremos que la sociedad burguesa es el resultado del [libre] desarrollo de las fuerzas productivas en el siglo XVIII. En esta sociedad moderna, con las transformaciones tecnológicas del aparato de producción, se opera asimismo una transformación tecnológica de las formas de poder.

El primer capítulo señala que la conformación de una instancia productiva puede entenderse también como la conformación de una instancia regional de poder. Teniendo esto en cuenta, el segundo capítulo mostrará que el ejercicio de sujeción, en el aparato productivo, implica el desarrollo de las capacidades productivas del individuo. Esto es, a fin de tener control sobre las fuerzas de trabajo es necesario desarrollar las facultades productivas de los trabajadores. En el pensamiento de Marx, el desarrollo del factor trabajo y el aumento de productividad se traduce en la producción de plusvalía relativa. El segundo capítulo señala que las instancias productivas (las manufacturas) se han encargado de desarrollar las capacidades productivas del factor trabajo; y una de las bases sobre las que se conforma la manufactura, con el objeto de aumentar la productividad, es la división del trabajo. La división del trabajo conforma individuos útiles al proceso de producción, hace de ellos piezas de ese mecanismo de producción de riquezas. Por lo tanto, hay que ver en la división del trabajo un problema de sujeción: la división del trabajo fija al individuo en el proceso de producción.

En el segundo capítulo veremos que, en la esfera productiva, las fuerzas productivas del trabajo se forman en una instancia particular de poder: la manufactura. Sin embargo, la manufactura no es el

único espacio político de la sociedad burguesa. La sociedad burguesa se compone de varias instancias regionales que han generalizado técnicas de ejercicio del poder; de acuerdo con Foucault, la sociedad es un “archipiélago de poderes” (Foucault, 1999; 239). En el tercer capítulo se hablará sobre la generalización de las técnicas del poder disciplinario mostrando que dichas técnicas han sido esenciales para el orden productivo de la modernidad. No sólo el ejercicio del poder en la organización industrial se constituye en sostén de la sociedad burguesa, esta sociedad se sostiene sobre la base conformada por esos lugares que han incorporado las técnicas del poder disciplinario; tales técnicas no son aplicadas exclusivamente en la esfera productiva.

En este sentido, podemos afirmar que el poder disciplinario atraviesa la sociedad burguesa. La modernidad es fundamentalmente el momento histórico de la invención (o aparición) de las tecnologías políticas. Es posible encontrar un esquema de poder operando en la sociedad burguesa. Teniendo en cuenta que las modernas formas de poder se refieren a una figura de tecnología política y no al Estado, podemos afirmar que Jeremy Bentham, en su *Panopticon*, plantea ese modelo de poder al que ha recurrido la sociedad burguesa. Bentham es el auténtico pensador político de la sociedad burguesa, su modelo liga la vida cotidiana de los individuos con el ejercicio del poder. El esquema panóptico es ese mecanismo de poder que asegura el control de las fuerzas productivas no a partir del despliegue de la espada, sino a partir de la circulación de la mirada, de un proceder fiscalizador. Es ese proceder (fiscalizador) el que está en el centro de las modernas formas de poder. Los instrumentos sutiles de la vigilancia hacen posible la reproducción de efectos de poder en la multiplicidad de los cuerpos. Así mismo, el proceder fiscalizador hace posible el despegue productivo que caracteriza a la modernidad.

Por último una aclaración final. Debo mencionar que en este trabajo constantemente hago referencia al término fuerzas productivas. Es sabido que dicha noción (fuerzas productivas) puede hacer referencia tanto a los instrumentos de producción como a las fuerzas del trabajo. En suma, las fuerzas productivas hacen referencia a los elementos que ‘hacen mover’ la producción. Mi interés se centra en las formas de sujeción sobre los individuos. Teniendo esto en cuenta, cuando menciono el término fuerzas productivas me estoy refiriendo en particular a las fuerzas productivas del trabajo, aquellas fuerzas que producen valores de cambio.

1. Contextualización histórica

1.1 Del poder extractivo de la espada al patrimonio de Jack de Newbury

La producción de riquezas ha sido un imperativo social a lo largo de la historia. Las sociedades han pensado en varios medios para reproducir su existencia material, han hecho uso de los recursos que les provee su entorno, han ideado técnicas de producción. Incluso han hecho uso de sus recursos humanos, esto es, el hombre, en sociedad, se ha caracterizado por ser un instrumento productivo.

Podemos decir en otras palabras que el hombre es usado por otros para la actividad productiva. Este hacer uso del hombre también implica un control sobre la actividad productiva. Nuestro interés se centra en las formas de poder sobre el individuo. En este sentido, consideramos importante examinar en este primer apartado las formas que el poder ha revestido para realizar fines productivos. Esto es, haremos un contraste entre las formas externas del poder (poder de espada) y las formas que se configuran en el ámbito productivo emergente.

A fin de exponer los diversos tipos de control sobre la producción e identificar una transformación, podemos tratar los siguientes puntos: El poder extractivo, y las transformaciones históricas para el auge del capital.

1.1.1 El poder extractivo

Podemos partir del hecho de que la extracción de recursos [económicos] es una práctica que consiste, más que en la producción, en la apropiación directa de bienes. Las sociedades tradicionales, cuyo protagonismo político central recae en la figura del soberano, han recurrido a la práctica de la extracción a fin de proveer los bienes necesarios para la subsistencia de sus habitantes. La extracción va acompañada de un tipo de poder que le es correlativo: el poder soberano.

En las sociedades pre-modernas, el soberano se consideraba el eje central del poder político; las relaciones de poder pasaban directamente por el soberano. Si consideramos que la producción requiere formas de poder, podemos afirmar que el poder soberano es la forma política que corresponde a la práctica extractiva en las sociedades anteriores a la llamada modernidad. Principalmente, el poder soberano (como cualquier tipo de poder) tiene como función reprimir, mantener un orden. Esta represión puede pasar por el filo de la espada soberana. Dado que las relaciones de poder (en las sociedades feudales por ejemplo) pasan por el soberano, la misma soberanía impone la represión.

El soberano hace las veces de aparato represor. Como veremos, el poder soberano es un poder que se manifiesta explícitamente. Si bien su principal papel es el de reprimir, también podemos decir

que hace las veces de aparato extractor; extrae bienes y recursos, su [principal] política fiscal es la de la extracción directa del producto de los habitantes de una comunidad. Dichos habitantes no se encontraban con una declaración de impuestos, se encontraba con la espada del soberano encarnada en súbditos reales que hacían cumplir las obligaciones tributarias. La espada o las formas pre-modernas del poder proceden esencialmente por extracción (Foucault, 1976; 222).

En un interesante análisis sobre las transformaciones del poder, Michel Foucault plantea que la noción de soberanía está asociada con el poder que se ejerce sobre la tierra y los bienes más que sobre los cuerpos y las actividades (Foucault, 2000; 43). Podemos afirmar que el objeto del poder soberano son los bienes o los recursos, se apropia directamente de lo que el habitante de sus dominios ha producido con sus propios medios. Podemos afirmar además que el poder soberano aún no se preocupa por constituir un aparato productivo que tenga como base el trabajo de los individuos, su preocupación se centra en la apropiación de los bienes producidos en una sociedad.

Dicho en otros términos, el poder soberano no extrae trabajo o tiempo de trabajo, pero sí extrae productos o bienes. La soberanía “conciene al desplazamiento y la apropiación, no del tiempo y del trabajo sino de los bienes y la riqueza por parte del poder.” (Foucault, 2000; 43). Puede decirse que el modo de proceder del poder soberano consiste en la extorsión del producto. Esta forma de proceder por la espada puede implicar la confrontación directa de la autoridad con los habitantes. En este sentido, el ejercicio del poder se configura como una confrontación directa entre dos fuerzas, una confrontación entre el soberano que quiere reafirmar su autoridad y las fuerzas sociales que [potencialmente] se le oponen.

Las sociedades de la Edad Media pueden proveernos múltiples ejemplos del proceder de la espada. El sistema feudal puede considerarse un orden económico por extracción en el cual un grupo de personas (siervos) producen bienes para otro grupo de personas (señores feudales). Esto es, el siervo cultiva los campos que son propiedad del señor, se veía atado a trabajar para la ventaja de un señor: el siervo, “cada semana, dos o tres días, tenía que trabajar en la tierra del señor, sin paga. [...] La [tierra] del señor tenía que ser arada primero, sembrada primero y cosechada primero. [...] No había casi límites para lo que el señor podría imponer al campesino.” (Huberman, 1973; 16-17).

El señor tenía a su cargo una heredad (un territorio) donde habitaba un número amplio de personas. Éste (el señor) extraía directamente los bienes que producía el siervo. El sistema feudal puede caracterizarse como un sistema de comunidad autosuficiente, al interior del feudo se producen los bienes necesarios para el consumo de los habitantes de la comunidad. Sin embargo, el señor feudal pocas veces se involucraba directamente en la producción, pues los siervos le proveían de los bienes que él necesitaba. Dicho de otra manera, los siervos producen valores de uso para el señor.

La esfera del comercio aún es muy limitada en la sociedad feudal. Teniendo en cuenta que el imperativo económico de las sociedades medievales era la dotación de los bienes necesarios en una comunidad, la producción no tenía la escala de los modernos aparatos productivos. Además, teniendo en cuenta esa autosuficiencia productiva, no había un incentivo para adquirir los bienes por fuera del feudo o para la ampliación del mercado local. A pesar de la autosuficiencia productiva, el poder extractivo del señor se extendía por su feudo y pesaba sobre cada habitante:

Según un observador del siglo XII, el hombre del campo ‘nunca bebe el fruto de su viña, ni prueba un pedazo de buen alimento. Es bastante feliz si puede disfrutar de su pan negro y de algo de su mantequilla y de su queso... Si tiene un ganso o una gallina gorda, o pan de harina blanca en su arcón, es su señor quien debe disfrutarlos’. (Huberman, 1973; 17).

Al hacer referencia a las palabras del observador del siglo XII que Huberman trae a colación, podemos notar que el señor del feudo se apropiaba del producto de la viña que el siervo cultivaba, los bienes que el siervo proveía los extraía el señor feudal. Las relaciones de poder de la sociedad feudal eran relaciones que, apoyándose en un régimen de autosuficiencia productiva, procedían principalmente por extracción.

Dado que la producción feudal se orientaba al abastecimiento de bienes necesarios para el consumo de los habitantes, podemos afirmar que los siervos del feudo estaban ‘atados’ a la heredad. Los bienes básicos provienen principalmente del trabajo de la tierra, y por ello una de las obligaciones principales del siervo era estar siempre presente al interior del feudo, como tenencia del señor (Huberman, 1973; 20). No podía escapar o ir a otra heredad, e incluso no podía casarse fuera de ésta sin permiso del señor. El siervo estaba sujeto a las obligaciones que el señor imponía al interior de la heredad, “toda la organización se basaba en un sistema de obligaciones mutuas y de servicios” (Huberman, 1973; 21).

Además de las autoridades locales de los feudos (los señores), otra clase con la cual se podía identificar el ejercicio del poder (que procedía por la espada) era el clero. Es posible considerar al poder eclesiástico de la Edad Media como un aparato acaparador de tierras; “una razón para que a los sacerdotes se les prohibiese el matrimonio, era simplemente que los jefes de la Iglesia no querían perder ninguna de las tierras de ésta mediante las herencias de los hijos de sus funcionarios.” (Huberman, 1973; 27).

Además de la apropiación de tierras, el poder eclesiástico extraía recursos a través de la figura tributaria del diezmo². Además de gravar los ingresos de los fieles en una décima parte, la Iglesia gravaba una décima parte sobre la tierra de éstos; esto es, el poder eclesiástico medieval extraía tierras

² Un diezmo es un impuesto en el cual un individuo aporta la décima parte de su producto al erario público. Esta carga tributaria sobre las personas fue una imposición de la Iglesia en la Edad Media.

y recursos a través del diezmo. “El diezmo constituía un impuesto agrario, un impuesto sobre los ingresos y un impuesto de muerte más oneroso que cualquier otro conocido en los tiempos modernos.” (Huberman, 1973; 27).

En base a la lectura que Leo Huberman hace del proceso de producción correspondiente al feudalismo, es posible afirmar que la Iglesia en los siglos XI y XII se constituyó como una de las principales clases terratenientes (y dominantes) del período, fue uno de los principales aparatos políticos que procedía por extracción. Si centramos nuestra atención en el aspecto económico de la Edad Media, podría inferirse que, para el poder eclesiástico, los valores de tipo económico pesaban sobre los de tipo espiritual: “Al hacerse la Iglesia enormemente rica, su economía tendió a contrapesar su importancia espiritual.” (Huberman, 1973; 27).

Además de ser aparato represor, la institución eclesiástica puede identificarse con ese tipo de ejercicio de poder que se basa en la extracción. La Iglesia medieval puede muy bien considerarse como el tipo de poder soberano característico de las sociedades de la ‘era de la política de espada’:

Muchos historiadores discuten que [la Iglesia], como terrateniente, no fue mejor, y en algunos casos fue mucho peor que los señores laicos. [...] Admiten el hecho de que la Iglesia ayudó a los pobres y a los enfermos. Pero señalan que era el más rico y más poderoso terrateniente de la Edad Media [...] Mientras suplicaba y demandaba ayuda de los ricos para su obra de caridad, tuvo buen cuidado de no drenar muy profundamente en sus propios recursos. (Huberman, 1973; 27-28).

Uno de los hechos de gran resonancia histórica que pueden ilustrar el proceder extractivo de la espada fueron las cruzadas. En éstas se manifestaba la política de la espada. La institución eclesiástica fue uno de los principales actores que abanderaban estas excursiones que tenían por objeto la conquista de la Tierra Santa (Huberman, 1973; 31). De acuerdo con Huberman, las cruzadas no tenían sólo por objeto la conquista de tierra santa, otras excursiones bélicas a oriente fueron llamadas cruzadas, y el motivo que las animaba era la extracción:

A menudo guerras fronterizas contra los musulmanes en el Mediterráneo o contra las tribus del Este de Europa, fueron dignificadas con el nombre de Cruzadas, cuando en realidad sólo eran campañas para el saqueo o para conseguir tierras. La Iglesia dio a estas expediciones de merodeo un velo de respetabilidad, haciéndolas aparecer como destinadas a propagar el Evangelio o a exterminar a los enemigos de la Fe, o a defender la tierra santa. (Huberman, 1973; 32).

De acuerdo con esta lectura de las cruzadas, tal vez el motivo religioso no pesaba tanto en la determinación de empuñar la espada contra algunos pueblos del oriente. Las cruzadas pueden considerarse como una muestra del ejercicio del poder de espada, y sus fines, más que espirituales, también se situaban en el orden del lucro. Tal vez debe reconocerse que las cruzadas contribuyeron a la ventaja de varios órganos del poder soberano:

El deseo de rescatar a la Tierra Santa era genuino y fue apoyado por muchos que no tenían interés en ello. Pero la verdadera fuerza del movimiento de las cruzadas y la energía con que fue realizado se basó principalmente en las ventajas que ciertos grupos podían ganar. (Huberman, 1973; 32).

Uno de estos grupos mencionados ciertamente era la Iglesia. Pueden mencionarse además otros grupos (de soberanos) que percibieron ventajas en estas empresas bélico-extractivas: la corona bizantina, la nobleza de los territorios de Europa occidental, y los dogos de algunas ciudades costeras de Italia (Venecia, Génova y Pisa) (Huberman, 1973; 32). La Iglesia, además de tener motivos religiosos para embarcarse en las cruzadas, vio en las cruzadas una oportunidad para desviar las ‘pasiones guerreras’ a tierras foráneas. El papa Urbano II en el concilio de Clermont, a fines del siglo XI, declaró la guerra santa contra los pueblos del oriente próximo dando inicio a la primera cruzada. En el concilio de Clermont se convocaron a clérigos y señores locales de los reinos de Europa occidental para instar una batalla contra quienes habitaban la tierra santa. Esta primera cruzada representaba una oportunidad para extender los dominios y bienes de la Iglesia: “La Iglesia quería extender su poder, porque mientras mayor fuese el área de la cristiandad, más grande sería el poder y la riqueza de la Iglesia” (Huberman, 1973; 33).

Sin embargo, la institución eclesiástica no fue el único agente político que abanderó la opción bélica hacia oriente. Por otra parte, Alejo I, soberano del imperio bizantino, vio en las cruzadas una oportunidad para contener el avance de los selyúcidas a Constantinopla. Alejo I puede considerarse uno de los autores claves de la primera cruzada, pues este soberano pidió ayuda a Roma cuando estaba abrumado ante el avance del Islam. Otro de los grupos que conformaron la espada fue la nobleza. Como anota Huberman, tal vez las intenciones de la nobleza no estaban determinadas por unos fines espirituales, pero sí por unos fines materiales; los nobles “veían en las cruzadas una ocasión para adquirir tierras y riquezas.” (Huberman, 1973; 33). Esto es, el incremento de las riquezas de la nobleza significa el ejercicio de un poder extractivo.

Los dogos de Venecia también vieron ventajas en el ejercicio del poder de la espada. Ciudades costeras italianas como Venecia, Génova y Pisa apoyaron las guerras santas, pues la extracción de los bienes, y de las tierras, reportaba a estas ciudades ventajas de tipo comercial. El comercio se veía estimulado en Venecia, pues esta ciudad era la puerta de entrada de bienes foráneos. Las cruzadas, en cuanto hecho histórico que refleja el ejercicio del poder extractivo, fueron algo más que guerras basadas en una causa de carácter santo:

Venecia, Génova y Pisa querían privilegios especiales de tráfico con las poblaciones a lo largo de la costa del Asia Menor. En éstas vivían los odiados musulmanes, los enemigos de Cristo. Pero ¿importaba eso a los venecianos? En lo absoluto. Las ciudades comerciales italianas veían en las cruzadas una oportunidad para obtener ventajas comerciales. Hasta el punto de que la tercera cruzada no tuvo por objeto la recuperación de la Tierra Santa, sino la adquisición de beneficios comerciales para las ciudades de Italia. Los cruzados dejaron a un lado Jerusalén, por las poblaciones comerciales costeras. (Huberman, 1973; 34).

En suma, las cruzadas tuvieron una implicación en la vida económica de la Edad Media. El ejercicio del poder [extractivo] de la espada incrementó las riquezas. Tal vez el motivo espiritual del proceder de la espada oculta su interés político y económico. La sociedad tradicional feudal se puede definir como un régimen productivo de autosuficiencia, sin embargo, las cruzadas extendieron el campo de acción productivo. Las consecuencias materiales de las cruzadas fueron la adquisición de tierras, bienes y más áreas de influencia comercial; se desarrolló el comercio más allá del feudo. La política extractiva de la espada representó un despegue económico de las sociedades medievales:

Desde el punto de vista de la religión, los resultados de las cruzadas tuvieron poca vida, pues los musulmanes recuperaron el reino de Jerusalén. Desde el punto de vista comercial, sin embargo, los resultados de las cruzadas fueron de tremenda importancia. Porque los cruzados ayudaron a despertar a la Europa occidental de su sueño feudal, desparramando clérigos, guerreros, trabajadores y una creciente clase de comerciantes por todo el continente; aumentaron la demanda de artículos extranjeros; arrebataron de las manos musulmanas la ruta del mediterráneo e hicieron de ella otra vez la gran vía de tráfico entre el este y el oeste que había sido en los tiempos antiguos. (Huberman, 1973; 35).

Más allá de las connotaciones bélicas, el contacto con el oriente implicó el contacto con productos foráneos, y este contacto representó el aumento de la demanda de dichos productos. Este contacto con el oriente dio paso al crecimiento de la actividad comercial y al establecimiento de ferias en las aldeas feudales. Esto implicó el paso de la economía de auto-subsistencia a una apertura comercial, con las ferias como vínculo con los productos de otras ciudades (Huberman, 1973; 37).

Después de las cruzadas, el comercio adquirió un protagonismo en la vida económica de los pueblos en occidente. Al abrirse camino hacia los pueblos de oriente, el comerciante tuvo oportunidad de expandir sus negocios, puesto que los bienes foráneos tuvieron una demanda sostenible: “Las ferias periódicas en Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania o Italia eran un paso adelante hacia un comercio con carácter de permanencia.” (Huberman, 1973; 36). Además, los señores feudales daban concesiones y salvoconductos para que los comerciantes establecieran una feria en la aldea; las ferias traían riquezas a la aldea feudal y también al señor del feudo (Huberman, 1973; 38).

Podemos parafrasear a Huberman para indicar las transformaciones económicas que suscitó el poder de la espada tras las primeras cruzadas:

Después del siglo XII, la economía de ningún mercado se convierte en la economía de muchos mercados. Y con el auge del tráfico comercial, la economía natural del feudo, que se bastaba a sí misma en la baja edad media, se transformó en la economía del dinero en un mundo de comercio en expansión. (Huberman, 1973; 40).

De esta manera, la ampliación del comercio implicó la ampliación de las urbes. Esta ampliación de la ciudad empezó a las afueras de las fortalezas, en los alrededores de las catedrales, donde los comerciantes se concentraban tras sus jornadas. Alrededor del burgo surge la ciudad medieval. El comercio dio paso a una vida económica más activa al interior de la ciudad, y en ese sentido, la población urbana aumenta en el contexto medieval:

Como cada vez se reunían más comerciantes allí, se creó el 'faubourg' o 'fuera del burgo'. No pasó mucho tiempo sin que el 'faubourg' se hiciese más importante que el mismo burgo. [...] El antiguo burgo no se expandió, sino que fue absorbido por el más reciente faubourg, donde 'pasaban cosas'. El pueblo comenzó a abandonar las aldeas feudales para iniciar una nueva vida en estas poblaciones cada vez más activas. La expansión comercial significaba trabajo para más gente. Y ésta acudió en su busca en los nuevos centros. (Huberman, 1973; 42).

Puede decirse que la clase de los comerciantes fue uno de los primeros protagonistas de la acumulación de riquezas. Dicha acumulación se tradujo en la transformación del burgo en ciudad, en una de las primeras formas de aglomeración de personas. Aunque en los siglos XII y XIII persistían las estructuras políticas feudales basadas en el poder eclesiástico y la nobleza, se consolida paralelamente la clase de los comerciantes adquiriendo cierto protagonismo político (Huberman, 1973; 52-53).

De esta manera, la ampliación del comercio, después de las cruzadas, se constituyó en condición para el desarrollo de la producción en las sociedades medievales. El comercio fue el incentivo para el crecimiento productivo en las ciudades emergentes³, y la producción, en estas ciudades de los siglos XII y XIII, era de tipo agrícola y artesanal. "A través de la historia, la extensión del mercado ha sido siempre un tremendo incentivo para el aumento de la producción." (Huberman, 1973; 63).

Henri Pirenne es otro historiador que plantea la tesis del surgimiento de las ciudades en el siglo XII. Líneas atrás mencionamos que la población se concentró alrededor de las antiguas fortalezas o burgos, en el faubourg se activa la vida económica en el siglo XII. Además de los comerciantes, también se desarrolla la clase de los artesanos. La industria surge en la villa medieval (Pirenne, 1939; 38). En este sentido es posible afirmar que el sistema gremial (tanto de comerciantes como de artesanos) surge en el siglo XII:

La afluencia de los mercaderes en los lugares favorables provocó a su vez la de los artesanos. La concentración industrial es un fenómeno tan antiguo como la concentración comercial, y es posible observarlo, en la región flamenca, con una precisión particular. [...] Una verdadera revolución, de la que no podemos, por desgracia, captar los pormenores, acompaña esta transformación de la industria rural en industrial urbana. (Pirenne, 1939; 38).

La anterior referencia a Pirenne no quiere decir que la actividad rural haya quedado atrás para ser sustituida [totalmente] por la industria de los artesanos, o que la actividad económica de las villas se constituyera en la única industria existente. Huberman afirma que en este contexto histórico (siglos XII y XIII) se produjo una suerte de división del trabajo entre el campo y la ciudad (Huberman, 1973; 63). Lo que quiere decir Pirenne al mencionar la transformación de la industria rural en industria urbana es el paso de los artesanos del feudo a la ciudad emergente, y el historiador belga muestra este paso poniendo por caso la industria de paños en Flandes.

³ O lo que Henri Pirenne llama las villas.

Dado que la producción del feudo era de autosubsistencia, los habitantes de éste producían por su propia cuenta sus propios valores de uso; producían, por ejemplo, sus propios paños y prendas. Al examinar la transformación de la industria rural en industria urbana, Pirenne anota que la industria de paños se trasladó del campo (donde tradicionalmente se producían) a la ciudad que crece en virtud del comercio: “La fabricación de los paños, que al principio se había practicado en el campo, emigró espontáneamente a los lugares en los que podían venderse sus productos.” (Pirenne, 1939; 38).

La migración a la ciudad de las industrias que se encontraban en los feudos desarrolló el sistema gremial del artesanado, lo cual representa la mencionada transformación de la industria urbana. El gremio artesanal estableció un desarrollo productivo en la Edad Media. Este desarrollo productivo se vio potenciado por el auge comercial. Los productores del feudo emigraron a aquellas comunidades que se formaban en torno a los burgos porque les reportaba ventajas, en estos lugares encontraron las condiciones para desarrollar su industria. Tomemos nuevamente, por ejemplo, la industria de los paños en Flandes: en el faubourg, los productores de paños encontrarían más fácilmente los insumos para producir, así como un mercado para la salida de sus productos: “Los tejedores hallaban en ellos [los faubourg] la lana importada por los mercaderes; los bataneros y los tintoreros, el jabón y las materias colorantes.” (Pirenne, 1939; 38).

Por otra parte, la producción agrícola también se desarrolló adquiriendo una nueva escala. Este desarrollo también se vio incentivado por el crecimiento del comercio. Leo Huberman plantea que para abastecer los mercados emergentes era necesario un desarrollo de la productividad agrícola, ¿pero cómo lograrlo? (Huberman, 1973; 63). Para adquirir más productos de la tierra, se recurrió a dos soluciones: por una parte, mediante un desarrollo intensivo de la tierra recurriendo al empleo de abonos o métodos de siembra más eficaces, y por otra parte, mediante el cultivo de tierras que antes no eran empleadas en la actividad agrícola (Huberman, 1973; 63-64).

Huberman hace un paralelo de semejanza entre la experiencia de los estadounidenses al abrirse paso a las costas del oeste en el siglo XVII y la experiencia de los productores agrícolas europeos del siglo XII al cultivar nuevas tierras. En ambas experiencias, se hizo de las tierras baldías nuevas áreas productivas para abastecer nuevos mercados. Al convertir los baldíos en tierras que producen, los señores que poseían los baldíos hicieron concesiones a quienes querían trabajar dichas tierras, pues esto reportaba ventajas.

El objeto de la producción de un campo ya no consistía en abastecer una localidad, ya no se limitaba a la autosubsistencia. A partir del siglo XII, la producción agrícola tuvo otros destinos, otros mercados. De esta manera, podemos afirmar que la producción agrícola también fue objeto de transformaciones. También hubo una revolución en el campo; quienes trabajaban en el feudo no sólo

emigraron a los nacientes faubourg, también emigraron a otras tierras que no habían sido trabajadas antes.

La Edad Media fue testigo del poder de los soberanos, fue testigo de las manifestaciones del brillo homicida de la espada. Además, el poder de espada lo ejercían dos clases influyentes de las sociedades feudales: el clero y la nobleza. La espada era el eje de las relaciones de poder de la Edad Media; los soberanos, los clérigos y los nobles eran las instancias inmediatas de la subordinación. Hemos visto que la manera de proceder de estas instancias era mediante la extracción, y las cruzadas fueron uno de los principales episodios de saqueo que protagonizaron dichas instancias políticas en la Edad Media.

Además de las ‘utilidades’ que reportó la extracción en el oriente, este episodio (las cruzadas) determinó asimismo transformaciones en la vida económica de los feudos de occidente. Al recuperar el ‘mare nostrum’ y convertirlo en una amplia ruta comercial, occidente se puso en contacto constante con los bienes de oriente. Se desarrolló la clase de los comerciantes, y con ella, el feudo fue testigo de las ferias locales. El desarrollo del comercio, además, fue la piedra angular sobre la cual se construyó el faubourg, la ciudad medieval.

Debe anotarse que estas ciudades medievales abrieron mercados locales. La economía de autosubsistencia feudal se transformó en la economía comercial del faubourg. No obstante, esa economía comercial aún era una economía local, de mercados locales. La ‘bolsa’ no estaba tan interconectada como lo está en los modernos tiempos:

En el primitivo periodo medieval, el mercado fue local, proveyendo a la gente de las ciudades y poblaciones y de la región en torno a éstas. No era muy afectado por los acontecimientos en lugares distantes del país o en las poblaciones lejanas y de aquí que los precios fuesen determinados sólo por las condiciones locales. (Huberman, 1973; 87).

Ahora bien, el desarrollo productivo había de resurgir con gran potencia tras varios años en que la peste azotó a los pueblos de occidente en el siglo XIV. Hubo una reorganización en el orden productivo que asimismo planteó nuevas formas de ejercer el poder, con otra serie de agentes que no se encuentran en clases influyentes o en soberanos, sino en instancias más locales. En suma, las transformaciones en el orden productivo que se dan después de la Edad Media harán surgir nuevas formas políticas que trascenderán la espada y su proceder extractivo. Si queremos ver las formas de poder que surgen con las posteriores formas de producción, consideramos necesario observar el proceso de producción en sus transformaciones históricas.

1.1.2 La semilla del capital

Corresponde aquí hablar de las condiciones [históricas] que hicieron posible el surgimiento de un nuevo tipo de poder diametralmente distinto al proceder extractivo de la espada, un tipo de poder cuyo ejercicio hace posible el crecimiento productivo. Líneas atrás hemos mencionado una de las características principales para el crecimiento de la producción: la ampliación del comercio, la apertura de varios mercados locales. En los términos de Huberman, luego de las cruzadas, la economía de ningún mercado (el feudo, la producción de autosubsistencia) se convirtió en la economía de muchos mercados.

El comercio fue una de las principales fuentes de riqueza de las ciudades. Mencionábamos además que los señores feudales hacían lo posible por atraer las ferias a las aldeas porque éstas traían recursos al feudo. Se les permitía a los comerciantes transitar por las aldeas, a menudo “exentos de los irritantes derechos y pontazgos demandados por los señores feudales.” (Huberman, 1973; 38). Esto es, el señor feudal liberaba a los comerciantes de las tradicionales cargas tributarias a fin de atraerlos; permitía su movilidad. En este sentido, a partir del siglo XII las administraciones locales se enfocaron en estimular el comercio.

Con el surgimiento de los primeros Estados-Nación, la autoridad de los monarcas adquirió gran relevancia política. Incluso, podemos afirmar que el rey se puso ‘por encima’ de las instituciones políticas tradicionales, se ubicó por encima del clero y la nobleza. Huberman cita una escena de la obra teatral *Santa Juana*, de George Bernard Shaw, la cual muestra el problema que plantea, para el clero y la nobleza, el establecimiento de una autoridad central con capacidad de cohesionar las regiones de un extenso dominio. En la cuarta escena de *Santa Juana*, el capellán pronuncia la palabra francés, a lo cual el noble se sorprende al escuchar tal palabra y, entonces, sugiere que los bretones, borgoñeses, picardos, etc., dicen ser franceses.

Francia, en ese contexto, se identifica como la patria de borgoñeses y demás pueblos. La identidad nacional se consolida por encima de la identidad local, y las figuras políticas de la nación adquieren más relevancia que los nobles locales. Ya no se habla de Borgoña o de la Región Valona o de Calais, se habla de la nación francesa. Como afirma el noble en la obra *Santa Juana* (escena cuarta), nadie puede estar al servicio de dos ‘amos’, la afirmación del poder del rey desplaza la autoridad de los nobles y de la misma Iglesia. Con el surgimiento del Estado-Nación, el monarca se constituye en el centro visible de las relaciones de soberanía.

Es válido preguntarse aquí por la relación que guarda el surgimiento del Estado-Nación con el desarrollo productivo en un periodo de auge comercial. Podemos mencionar que el Estado nacional

cohesiona las ciudades, unifica varias regiones. En este sentido, los principios que se aplicaban a la vida económica de las ciudades se aplican ahora a la nación. La unidad económica pasa a ser la nación, la actividad productiva debe estimularse ya no en un faubourg sino al interior de una nación.

Dado que los principios económicos de la ciudad se aplicaban ahora en una nación, el comercio se incentivó y los mercados empezaron a verse interconectados. Se trataba ahora del comercio entre naciones. La economía de las naciones se orientó, principalmente, a la adquisición de las ganancias comerciales con otros países. El fondo de los recursos de la sociedad se obtenía por vía comercial, y por esto se hizo hincapié en la política de la balanza favorable del comercio⁴.

Debe mencionarse que las riquezas expresadas en metales valiosos (oro o plata) conformaban el tesoro de estas unidades territoriales, las naciones. Si bien el comercio fue el principal medio para acrecentar el tesoro público, debe anotarse que éste (el comercio) no fue el único medio de obtener los metales que formaban la riqueza de la nación. Hubo otro medio que requería la fuerza, un medio del que hacía uso la nobleza y el clero: la extracción. Los monarcas de los estados nacionales también recurrirán a este método de captación de los recursos.

Luego de las cruzadas, el segundo gran episodio de saqueo que protagonizó el poder soberano de occidente sucedió a lo largo del siglo XVI. El descubrimiento del continente americano tuvo una gran importancia en el orden económico de los Estados europeos. Podemos afirmar que se hizo del continente americano la gran mina de los Estados de Europa occidental. En el siglo XVI, el brillo homicida del filo de la espada resplandeció más allá de las columnas de Heracles, y su proceder fue de carácter extractivo.

Además de reportar las ventajas de tipo extractivo para los Estados de Europa, el continente americano reportó otro tipo de ventajas: el descubrimiento de América puede traducirse en el descubrimiento de nuevos mercados. Al igual que las cruzadas, la actividad extractiva en el continente americano (en el siglo XVI) llevó riquezas a los reinos del viejo continente. Un territorio descubierto implicó un aumento de la demanda de bienes de consumo, lo cual representó un motivo para que el proceso de producción se acelerase.

Un nuevo mercado que guardaba relación con la proporción de los territorios descubiertos exigía una profunda transformación del proceso productivo. Se requerían verdaderas fuerzas productivas capaces de impulsar la producción en una escala más amplia. Asimismo, dada la potencia de la fuerza productiva que se requería para el desarrollo del proceso de producción, se necesitaba una 'fuerza política' que se hallara en capacidad de controlar tal fuerza productiva. Entonces, ¿cómo lograr ese

⁴ Esto es, aumentar el producto de la nación de tal manera que las exportaciones superen en número a las importaciones.

objetivo? ¿Cómo adquirir las fuerzas productivas necesarias para una revolución del proceso de producción?

De acuerdo con Huberman, la era de la conformación de los grandes capitales (financieros e industriales) también fue la era de los mendigos: “Las cifras del número de mendigos en los siglos XVI y XVII son asombrosas.” (Huberman, 1973; 131). Es válido preguntarse qué explica el incremento del número de mendigos en una época de prosperidad (para unos pocos), además, ¿qué relación tiene el incremento de la población desposeída con la transformación del proceso productivo que se requería? ¿Se podía obtener una ventaja de tal hecho, del incremento de la pobreza de las multitudes?

Las guerras en los siglos XVI y XVII, ciertamente fueron sucesos que arruinaron a muchos pueblos. Además de la guerra, el aumento de precios debido a la gran afluencia de metales⁵ planteó un serio problema a los terratenientes y a los demás sectores productivos de las sociedades del siglo XVI. Por una parte, las rentas sobre la tierra representaban un ingreso fijo para los terratenientes en un entorno donde los costos se incrementan de manera continua. Y por otra parte, en las ciudades se requería desestancar la producción, abastecer la creciente demanda.

Los terratenientes recurrieron a dos soluciones ante el problema del aumento de los costos, a saber: aumentar las rentas y el cerco (Huberman, 1973; 139). Si las rentas representaban una cantidad fija, y los costos una cantidad que aumenta, a fin de obtener un balance [económico] positivo y no arruinarse, el terrateniente aumenta la cifra que puede controlar, la renta. Otra solución versaba sobre los factores del costo que se podía controlar, es decir, el terrateniente podía destinar sus tierras a otras actividades productivas de tal manera que los costos disminuyesen. Por ejemplo, las tierras que se destinaban a la producción agrícola, se destinaron luego a la crianza de ovejas para proveer lana (Huberman, 1973; 140). Esto le permitió al terrateniente obtener más ganancias de la tierra liberándolo de la preocupación por lo que podía pasar con la cosecha⁶.

Esta práctica de cambiar el destino productivo de la tierra se denominó cerco en el contexto de la Inglaterra de los siglos XVI y XVII. El cerco implicó la expulsión de las personas que trabajaban la tierra, implicó su desvinculación con su medio inmediato de subsistencia, con su único modo de vivir. El cerco arrojó al campesino a la mendicidad, a vivir sin nada en medio de la prosperidad de algunos negocios. Tal vez los orígenes de las profundas desigualdades sociales de la naciente sociedad burguesa pueden encontrarse en la práctica del cerco:

⁵ Léase medios de cambio. El oro y la plata obtenidos de las minas, además de ser unidades de atesoramiento, son medios de cambio. El efecto de introducir muchos medios de cambio en una economía es análogo al efecto de introducir mucho dinero en estos tiempos: la inflación aumenta, disminuye el poder adquisitivo de los consumidores.

⁶ La producción agrícola estaba sujeta a otros factores que no se podían controlar, pues en algunos periodos la cosecha podía ser mala, lo que significaba que el productor agrícola tenía que estrecharse el cinturón por un tiempo incierto.

Debido a que el precio de la lana había estado subiendo (la lana era la principal exportación de Inglaterra), muchos lores vieron una oportunidad para obtener bastante dinero de sus tierras, convirtiéndolas de tierras de labrantío en tierras de pasto para ovejas. Esto había ocurrido antes de la revolución de los precios; pero ésta espoleó la iniciativa y más señores cercaron sus posesiones con el propósito de criar ovejas. Pero mientras esto significaba más dinero para el lord, también significaba la pérdida de su ocupación y de un medio de vida para los labradores que habían estado en la finca cercada. Se necesita menos gente para criar ovejas que para cultivar la tierra. El número en exceso de personas se quedó sin nada. (Huberman, 1973; 140).

De esta manera, el cerco fue uno de los instrumentos para arrebatarle los medios de producción a un grupo considerable de personas. Cuando ocurre esto, cuando se convierte al individuo en un desposeído, sin tierra, sin hogar, éste queda sujeto a la regla que se le quiera imponer, pues no tiene otra opción para vivir. La desposesión de los medios de producción hace posible la formación de una población flotante, la que justamente necesitaba la industria urbana para transformar el proceso de producción. La desposesión es uno de los factores que hace posible el control sobre estas multitudes.

No sólo se cercó la tierra que era propiedad del terrateniente. No bastando con la expulsión del labrador que dependía de la tierra de un arrendatario, algunos lores cercaron las tierras comunales (Huberman, 1973; 140). Incluso el recurso público de la tierra comunal les fue arrebatado a los campesinos por los medios institucionales a los que podían apelar en defensa de su derecho (Huberman, 1973; 140-141). En el caso de apropiación de la tierra comunal por parte de un oligarca, el campesino podía recurrir a las leyes, “pero acudir a la ley ha sido siempre más fácil para el rico, que puede pagar las costas.” (Huberman, 1973; 140).

Así, podemos notar que el aumento de los mendigos reportaba ventajas para la producción, pues en estos mendigos se encontrarían las fuerzas productivas que eran necesarias para abastecer los nuevos mercados. Además, el incremento de la población errante reportó ventajas de otro tipo: en los desposeídos se encontraban también las fuerzas necesarias para componer los ejércitos. Por lo general, a partir de este contexto histórico, los ejércitos reclutan a las personas que se sitúan en la base social:

La Corona estaba realmente preocupada por la despoblación de las aldeas. Y la asustó el hecho de que el ejército era reclutado en gran parte en las clases campesinas y de pequeños terratenientes, a las que se arrebataba sus medios de vida, a pesar de que pagaban sus impuestos y habían sido una buena fuente de ingresos para la Corona. (Huberman, 1973; 144).

Aunque a lo largo del siglo XVI se aprobaron en Inglaterra varias leyes que protegían al campesino, se seguían sucediendo los abusos contra esta clase. Incluso la legislación impuso limitaciones estrictas a la actividad del cerco, pero estas nuevas leyes con frecuencia eran desacatadas, “aunque se logró la modificación de algunos de los peores abusos, era seguro que allí donde los señores de la tierra eran también los jueces, las leyes no serían estrictamente cumplidas.” (Huberman, 1973; 144).

En este contexto, la ‘fuerza’ de las leyes que pretende ‘defender’ a los ciudadanos ha sido superada por la prevalencia que se ha dado a los imperativos de tipo económico; y dichos imperativos han sido la base para la prolongación de los abusos contra la población de campesinos. Podría decirse que los intereses privados gobernaron y no las leyes aprobadas que pretendían dar protección a los campesinos (algunas limitaban la actividad del cerco): “El desarrollo del comercio y de la industria y la revolución de los precios, habían hecho el dinero más importante que los hombres” (Huberman, 1973; 144-145).

En contraste con los episodios de expansión comercial de los siglos XII y XIII, este episodio en particular (el del siglo XVI) no generó una migración de las industrias rurales a las urbes en crecimiento, no impulsó una suerte de migración de los individuos del campo a la ciudad. En este episodio, el hombre fue desplazado de manera coercitiva por el cerco y por la elevación de las rentas sobre la tierra. La población desterrada se puede considerar la fuerza productiva necesaria para impulsar el proceso de producción: “Cuando la industria capitalista tuvo necesidad de obreros, encontró parte de los que demandaba en aquellos infortunados desposeídos de sus tierras, que ahora sólo tenían su trabajo como medio de ganarse la vida.” (Huberman, 1973; 145).

Es posible afirmar que la ampliación del mercado fue una de las características más relevantes que suscitó un cambio en el orden productivo. Podemos concordar con Marx en que el auge del capital comienza en el siglo XVI. Si en el siglo XII se conformaron los mercados locales, el siglo XVI será testigo de la interconexión e interdependencia de los mercados. A partir del siglo XVI puede hablarse del mercado mundial. Las transformaciones productivas empiezan en este contexto histórico, de acuerdo con Marx, “la biografía moderna del capital comienza en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundiales.” (Marx, 1999; 103).

Para Marx, el desarrollo del comercio en una escala sin precedentes es una de las premisas que hizo posible el surgimiento de un sistema productivo que trasciende las formas extractivas. En este sentido, la ampliación de la esfera del intercambio constituye un momento clave: “La expansión del mercado. Pronúnciese cien veces esta frase, para mejor recuerdo. Grábesela indeleblemente en la memoria. Porque es una clave importante para la comprensión de las fuerzas que trajeron la industria capitalista, tal como la conocemos.” (Huberman, 1973; 147).

Huberman analiza las transformaciones de las fuerzas productivas en este periodo. Para el autor estadounidense, el sistema gremial ya no se adapta a las exigencias de un mercado mundial (Huberman, 1973; 147). El sistema gremial surgió con el crecimiento del faubourg, en un contexto de mercado local. Este sistema se adaptaba a las exigencias de aquellos mercados locales. Algo muy diferente fue la conformación del comercio a nivel mundial, un mercado que trasciende los límites de una ciudad, o

incluso los de una nación. El sistema productivo de los gremios de artesanos no bastaba para cubrir la creciente demanda, en el siglo XVI “el día de los gremios había pasado. [...] La expansión del mercado había hecho su sistema anticuado, incapaz de enfrentarse con la creciente demanda de artículos.” (Huberman, 1973; 150).

Claro está, el sistema de producción no se transformaría al instante, ni los gremios desaparecerían automáticamente⁷. Por una parte, la gran cantidad de manos que se concentraron en la ciudad, luego de ser expulsados del campo, representaba un factor para poner en marcha una producción más amplia. Por otra parte, “entra en escena el intermediario.” (Huberman, 1973; 148). Vale la pena recordar que los gremios de artesanos habían construido una regulación estricta sobre el ingreso de personal a sus talleres, por lo tanto, estos talleres no podían absorber sistemáticamente la potencia productiva que se hallaba en los desposeídos.

El intermediario interconectaba las diferentes esferas productivas. Este tipo de sujetos (los intermediarios) proveían a los talleres de los insumos necesarios para la producción, y vendían en otros lugares los productos que salían de los talleres; por ejemplo, en el campo adquirían la lana y la llevaban al taller en la ciudad, y del taller de la ciudad llevaba las prendas terminadas a otros mercados. El maestro artesano ya no se encargaba directamente de la compra de las materias primas ni de la venta de sus productos. El intermediario fue el puente que comunicaba el taller con los consumidores.

No obstante las regulaciones de los gremios sobre la contratación, la población errante fue absorbida por el sistema de producción: fue el intermediario quien empleó a gran parte de esta población para que produzcan artículos con los insumos y las herramientas que él mismo les otorgaba. Gracias a su actividad como comerciante, el intermediario pudo acumular los recursos suficientes para reclutar a las fuerzas productivas que conformarían una industria renovada. Además de construirse una industria a partir del sistema gremial, los intermediarios pudieron hacer de las poblaciones que afluían a las ciudades una fuerza productiva:

Los intermediarios que se dedicaban a la venta de telas estaban especialmente ansiosos de activar la producción, debido a que por mucho tiempo las telas fueron la principal exportación al oriente. Se necesitaban más y más obreros para satisfacer la creciente demanda, y por ello los intermediarios dieron materia prima no sólo a los gremios de las ciudades que desearon trabajar con ellos, sino también a los hombres, mujeres y niños de las aldeas. (Huberman, 1973; 151).

Al parecer el intermediario se encargó de conformar una industria transformando el sistema de los gremios. Las regulaciones de los gremios podían considerarse una traba para la transformación del proceso productivo, y el intermediario quería cambiar la vieja manera de hacer las cosas, aquella que era propia del sistema gremial (Huberman, 1973; 149). Es posible concordar con Huberman afirmando

⁷ Por ejemplo, en Francia los gremios desaparecieron a finales del siglo XVIII y en Inglaterra en el siglo XIX (Huberman, 1973; 149).

que la transformación industrial del siglo XVI se dio, en primer lugar, al interior del gremio; “los intermediarios a menudo trabajaron dentro del sistema gremial, aceptando aparentemente su forma, pero en realidad socavándola.” (Huberman, 1973; 149).

Sin embargo, esta nueva industria (en el siglo XVI) no sólo surgió del sistema gremial, también surgió del trabajo de muchas personas empleadas por los intermediarios. Como mencionamos líneas atrás, el intermediario proveía de materias primas a estas nuevas personas para que ellos (la población que venía de los campos) las trabajaran. Los mercados en expansión y la mayor disposición de fuerzas productivas fueron algunas situaciones que caracterizaron el siglo XVI; y los intermediarios percibieron ventajas en estas dos situaciones.

El sistema de producción que surgió en el siglo XVI era un sistema de industrias aún muy ‘jóvenes’. Posteriormente nos concentraremos en el siglo XVIII, en su sistema productivo de manufacturas y su desarrollo. En el siglo XVI se logra emplear a un gran número de personas con el fin de trabajar para el intermediario. Lo importante para el intermediario era abastecer los mercados emergentes, sus ingresos dependían de ello, del comercio. En este contexto histórico asistimos a la gestación de un régimen productivo de doble raíz: el sistema gremial y el empleo de la población errante en una actividad productiva.

En este contexto, cuando hablamos de industria no debe confundirse esta palabra con la manufactura o con los regímenes fabriles de los últimos dos siglos⁸. La industria emergente en el siglo XVI hace referencia a las transformaciones del proceso de producción, de una transformación exigida a partir de la expansión comercial. De acuerdo con Huberman, el proceso de producción que se gestó en el siglo XVI puede verse en lo que se denomina el sistema ‘doméstico’. Esto es, el lugar de producción de mercancías era la casa del trabajador, o el ámbito doméstico. Algunas casas eran propiedad del intermediario⁹.

Daniel Defoe¹⁰, en la octava carta que compone su libro *A tour through the whole island of Great Britain*, describe el condado de Staffordshire en un viaje a través del río Trent. En esta octava carta, Defoe escribe sobre un elemento que llamó su atención, los ‘cottages’. Los ‘cottages’ fueron unidades residenciales pequeñas en las cuales se encontraban personas trabajando; era una casa y a la vez un pequeño taller. Si bien Daniel Defoe escribió su experiencia de viaje a través de Inglaterra a comienzos del siglo XVIII, los ‘cottages’ pueden dar la clave para entender el sistema doméstico del siglo XVI. Los ‘cottages’ operan de manera similar al sistema de trabajo en que estaban insertos los desposeídos

⁸ Posteriormente trataremos sobre el sistema productivo del siglo XVIII.

⁹ Como las de Ambrose Crowley, quien comerciaba con artículos de ferretería.

¹⁰ Autor reconocido por su obra *The life and strange surprising adventures of Robinson Crusoe*, escrita en 1719.

de comienzos del siglo XVI, pues a los ‘cottages’ (que no son precisamente talleres) llegaban las materias primas y de ellos salían productos acabados. El ‘cottage’ era una unidad productiva que no estaba sujeta a un régimen productivo como el de manufactura.

La casa del trabajador es la unidad productiva del siglo XVI. En este punto, en este trayecto de transformación del proceso productivo, debe notarse que las relaciones de soberanía se van desdibujando. Asimismo, las formas de poder empiezan a transformarse. Aunque en el siglo XVI aún persistía el proceder extractivo de la espada en el continente americano, se empezaba a conformar una suerte de orden productivo de carácter no extractivo. En este contexto, el empleador de fuerzas productivas no se apropia de los bienes de la tierra; el subordinado no produce los bienes que el empleador consume, pero sí produce los bienes con los cuales él (el empleador) adquiere ganancias. El empleador ya no es señor feudal, ya no es un terrateniente, es un individuo que adquiere ganancias en los mercados externos con los bienes producidos por otros, es comerciante, es intermediario.

A principios del siglo XVI podemos identificar una de las figuras que encarna otro tipo de poder que no refiere a formas extractivas. En la cuarta carta del *tour* de Daniel Defoe, se describe el condado de Berkshire y asimismo el autor hace anotaciones sobre la historia de este condado. En su viaje a Berkshire, Defoe evoca a Jack de Newbury, uno de los grandes precursores de la industria textil de Inglaterra. Defoe trae a la memoria la anécdota según la cual el rey James IV de Escocia preguntó si era cierto que Jack de Newbury era más rico que él (Defoe, 1962; 289). Sea cierta o no esta anécdota, este cuadro que trae a colación Defoe es importante para el análisis de las transformaciones políticas que acompañan la transformación industrial en el siglo XVI.

En estas líneas de la cuarta carta del *tour* se ponen frente a frente el poder soberano y un nuevo tipo de poder que emerge. El soberano del reino de Escocia se cuestiona a sí mismo, cuestiona su poderío al preguntar sobre la certeza del patrimonio de Jack de Newbury. Por otra parte, Thomas Fuller en su libro titulado *History of the worthies of England*, relata otra escena en la cual se confrontan el poder del soberano con el poder implicado por la riqueza de un comerciante. En este libro, Fuller recuerda la batalla de Flodden Field. Al referirse a Jack de Newbury, Fuller relata que Jack de Newbury fue a dicha batalla con cien de sus hombres armados. En esta ocasión, estas dos figuras políticas están en un campo de batalla.

Tras consolidar la alianza con Luis XII, rey de Francia, James IV de Escocia invadió Inglaterra con su ejército en 1513. Y ese mismo año, en la batalla de Flodden Field murió el soberano que comandaba el ejército escocés. Claro está, la batalla de James IV no fue una batalla contra un pañero, sino contra una nación. Sin embargo, a mi juicio resulta interesante poner de relieve la presencia de estos dos personajes (James IV y Jack de Newbury) en el mismo campo de batalla, en bandos opuestos.

Llama la atención el hecho de que un intermediario [comercial] estuviera apoyando una batalla contra otro Estado, porque señala la incidencia de la burguesía emergente¹¹ en las altas esferas administrativas de una nación.

En este sentido, Jack de Newbury no sólo puede verse (incluso armado) frente a un poder soberano, también estuvo aliado a un poder soberano. Thomas Fuller también recuerda al lector la alianza, a principios del siglo XVI, entre este pañero y Enrique VIII, rey de Inglaterra. Fuller relata que después de derrotar al ejército escocés, Jack de Newbury estuvo festejando en la misma casa con Enrique VIII (Fuller, 1840; 137). La figura del intermediario ocupa un lugar influyente en la sociedad. Es posible afirmar que el intermediario fue una de las personalidades del siglo XVI que tuvo una gran capacidad de ejercer poder sobre varias personas, y su proceder no fue extractivo; su ejercicio no fue la extorsión del producto. El intermediario (y en particular Jack de Newbury) tuvo la capacidad de reunir a varios individuos en un lugar a fin de producir artículos para que éste (el intermediario) los llevara a los mercados conquistados. Se conforma un sistema de producción de riquezas que no está ligado a la tierra. La tierra en el siglo XVI era un factor de gran importancia para el proceso productivo. Sin embargo, la riqueza de Jack de Newbury guarda relación con su patrimonio; si la riqueza en el siglo XVI aún se asociaba a la tierra, Fuller nos recuerda que en lo que respecta a Jack de Newbury, “sus telares fueron su tierra” (Fuller, 1840; 137). Esto es, la riqueza de este intermediario está asociada a esos telares.

Además, Fuller anota que Jack tenía su propio edificio (o casa) donde alojaba los telares y las personas que los operaban (Fuller, 1840; 137). De esta manera, Jack de Newbury fue una de estas personas que, a comienzos del siglo XVI, con su patrimonio de instrumentos y su edificio, absorbió las fuerzas disponibles para construir un taller relativamente amplio que abastecía la creciente demanda. Este personaje introdujo los telares en Berkshire (Fuller, 1840; 112). Huberman plantea que entre todos los intermediarios que hubo en el siglo XVI, Jack de Newbury se diferencia:

Este famoso Jack de Newbury fue una figura importante porque, a diferencia de otros intermediarios que llevaron las materias primas a los artesanos para que las trabajaran en sus propias casas, construyó su propio edificio, conteniendo doscientos telares, en [los] que laboraron seiscientos hombres, mujeres y niños. Esto fue a principios del siglo XVI. Y fue también el precursor del sistema fabril de tres siglos más tarde. (Huberman, 1973; 152).

Este intermediario no extraía bienes para consumo propio, pero sí dispuso del trabajo de los individuos para la producción de bienes, para adquirir ganancia en el mercado, en ese medio que adquiere relevancia para la distribución de los bienes en la sociedad. La riqueza del empresariado emergente se obtiene en los mercados emergentes, los que abastece con el usufructo de su patrimonio;

¹¹ Aunque muy joven aún.

la riqueza se construye a partir de procederes no extractivos. El orden productivo que resulta de las condiciones del siglo XVI es un orden en el que prevalece lo comercial¹².

Huberman menciona que Jack de Newbury fue el precursor del sistema fabril que se conformará siglos después (Huberman, 1973; 152). Puede afirmarse que la industria que se conformó en el siglo XVI no fue una industria gremial, y tampoco se refiere al sistema de manufacturas, fue una industria ‘doméstica’. Probablemente Jack de Newbury nos muestra un arquetipo de la fábrica moderna. Los intermediarios sacaron provecho tanto del sistema gremial como de las casas de las personas que afluían a la ciudad, es decir, el espacio productivo aún estaba disperso, a diferencia del régimen de manufacturas. Dos siglos después, se conforma un aparato productivo que reúne a los individuos en un mismo lugar; se conforma un espacio de producción uniforme, una clausura.

Se destaca el nombre de Jack de Newbury porque no sólo conformó un espacio productivo, además conformó una instancia local de poder. Su edificio alojaba personas subordinadas a sus intereses. El edificio de los telares es un lugar de dominio de las fuerzas de trabajo. El patrimonio de Jack de Newbury gesta un lugar de poder sobre los individuos, y tal vez en este patrimonio del siglo XVI también podemos encontrar una de las semillas de los poderes localizados, de las instituciones que emplean esquemas de dominación. Sin embargo, es posible afirmar que el edificio de los telares aún se queda en la clausura.

En la contextualización histórica que hemos realizado aquí, hemos desdibujado las formas soberanas del poder en el siglo XVI y hemos centrado nuestra atención en esas formas de dominio que surgen en lugares específicos, en esos lugares donde no se procede por medio de la extracción, donde no se despliega la espada. En este contexto histórico aún operan relaciones de soberanía, no obstante, en el ámbito productivo se empieza a trascender las formas extractivas de la espada. En un lugar específico (y cerrado) como un edificio de telares surgen nuevas formas de poder sobre lo productivo. Ahora bien, es en estos lugares específicos donde debe ser analizado, por una parte, el proceso de producción, y por otra parte, las formas de poder sobre los individuos.

¹² Como veremos posteriormente, en el siglo XVIII se considera la relevancia del trabajo en su papel de crear plus-valor.

1.2 El doble suceso de transformación

Después del siglo XVI, las formas de sustracción económica que operaban en las relaciones de soberanía se desdibujan y van surgiendo otras formas de obtener riqueza junto a nuevas formas y agentes políticos. El saqueo de poblaciones tuvo considerables consecuencias económicas. No olvidemos que los episodios de saqueo a los que anteriormente hacíamos referencia podemos considerarlos como una práctica política ligada al estandarte soberano: en las cruzadas se izaba la bandera del poder clerical, en el ‘descubrimiento’ del continente americano se izaban las banderas de los reinos occidentales.

Estas formas onerosas de ejercer el poder generalmente implicaban un enfrentamiento directo con quienes se intentaba subordinar; la espada como la forma en que se desplegaba el poder de los soberanos. La relación de una autoridad central con los sujetos la podemos caracterizar (principalmente) como una relación de apropiación sobre las cosas, incluso una relación de apropiación sobre la vida de los súbditos. Los nobles, clérigos y monarcas hacían uso de la espada a fin de obtener una participación mayoritaria sobre las riquezas de un territorio.

El presente apartado versa sobre las transformaciones en el ejercicio político y económico después del siglo XVI. Esto es, trataremos sobre la consolidación del orden productivo que se ha gestado en regiones y que ha permitido un control individual sobre las fuerzas productivas. En este apartado trataremos los siguientes puntos: la formación de la sociedad burguesa, el paso del comercio al trabajo como forma de obtener ganancias, y algunas consideraciones sobre las nuevas formas de poder que se gestan en el siglo XVIII.

1.2.1 La sociedad burguesa

Podemos concordar con Marx en que la ‘biografía moderna del capital’ data del siglo XVI. El sistema de manufacturas, en un principio, puede considerarse como un calco del sistema gremial, y en este sentido, la manufactura en estado de gestación es un taller artesanal de mayor escala (Marx, 1999; 259). El moderno sistema de producción, en su nacimiento, tomó las formas del taller del artesano; dicho sistema no surgió espontáneamente, fue producto de sucesivas transformaciones¹. Los intermediarios de los siglos XV y XVI fijaron el proceso de trabajo en un lugar cerrado², concentraron las fuerzas sociales que se dispersaban en las ciudades.

¹ Veremos posteriormente que la división del trabajo revolucionará las condiciones de producción. Socializando el proceso de trabajo se logrará un crecimiento productivo.

² Como el edificio de los telares del que hablamos en el anterior apartado.

El logro de los intermediarios fue transformar el taller del artesano (Huberman, 1973; 149). El sistema doméstico que el intermediario conformó puede verse como esa semilla de la que brota el proceso de producción de los próximos siglos. Sin embargo, el desarrollo de la naciente industria se encontró con algunos obstáculos en el siglo XVII y buena parte del XVIII. Si bien en el siglo XVI se empezaron a conformar aquellos lugares donde se produce bienes con base en el trabajo de los individuos, aún no se consolidaba ese orden que caracteriza una sociedad de tipo industrial; aún había trabas para el desarrollo de dicha sociedad.

Anteriormente mencionamos que los preceptos que en materia económica imperaban en las ciudades son luego aplicados a escala nacional, no sólo debía considerarse lo que era conveniente [económicamente] para una villa, también debía pensarse en la economía del reino o del Estado. Luego de la experiencia de saqueo en el siglo XVI en el continente americano, los autores que hacían análisis sobre las riquezas plantearon que la mayor afluencia de metales preciosos a una nación era el criterio de riqueza de ésta (Huberman, 1973; 160). Esto es, lo que determinaba la prosperidad de una nación era su tenencia de medios de cambio, específicamente tenencia de oro y plata en el contexto de los siglos XVI y XVII.

La moneda representaba la riqueza. Es posible afirmar que la capacidad de cambio que tenían los metales preciosos era el fundamento para referenciar estos metales con la riqueza. A los ‘ojos’ de los teóricos de la riqueza del siglo XVI, la riqueza se presentaba en forma de moneda: “El metal precioso era, de suyo, la marca de la riqueza; su resplandor oculto indicaba a la vez que era presencia oculta y signatura visible de todas las riquezas del mundo.” (Foucault, 1968; 172). Probablemente fue este poder de representación (que la moneda tiene) sobre el que los teóricos de los siglos XVI y XVII hicieron énfasis.

Este grupo de teorías que entienden la moneda como el representante de la riqueza han sido rotuladas bajo el nombre de mercantilismo. El mercantilismo estableció una relación de representación y análisis entre la moneda y la riqueza (Foucault, 1968; 174). Como apunta Huberman, el oro y la plata se consideraron el medio para acceder a los bienes que mantenían en pie a una nación: “Entonces, la posesión del oro y la plata, la cantidad de barras de los dos metales preciosos que hay en una nación, es el índice de su riqueza y poderío.” (Huberman, 1973; 160). La tenencia de metales preciosos era el indicador de la riqueza, la magnitud de la riqueza era un acervo.

En este sentido, en los términos en que se pensaba la riqueza, los grandes reinos coloniales tenían dos maneras de mantener la prosperidad: extrayendo directamente los metales de sus colonias o por vía comercial. Si la riqueza era pensada en términos de abundancia de metales, las medidas económicas se orientarían a aumentar el acervo de metales. Una de las acciones que fueron ejecutadas en materia

económica fue la prohibición de exportar moneda de los reinos; esta prohibición fue aplicada tanto en España como en el Vaticano (Huberman, 1973; 161).

Debe resaltarse entonces que el intercambio se consideró como el mecanismo de incremento de riquezas. Foucault, remitiéndose a Jean-Baptiste Colbert, expone las medidas que este ministro del reinado de Luis XIV planteaba a fin de aumentar las riquezas:

Por ello, es necesario importar metal de los Estados vecinos: 'Lo único que puede producir este gran efecto es el comercio y todo lo que depende de él'. Así, pues, la legislación debe vigilar dos cosas: 'prohibir la salida del metal al extranjero o su utilización para otros fines que no sean la acuñación, y fijar tales derechos de aduana que permitan a la balanza comercial el ser siempre positiva, favorecer la importación de mercancías en bruto y prevenir, en la medida de lo posible, la de objetos fabricados, exportar productos manufacturados más que las mercaderías mismas cuya desaparición lleva a la escasez y provoca el aumento de precios'. (Foucault, 1968; 176).

En las líneas de Colbert que Foucault trae a colación, puede notarse que las medidas propuestas obedecen a una concepción del comercio como la vía del aumento de las riquezas de una nación. Podemos mencionar las siguientes como las principales medidas que Colbert planteaba a fin de mantener la prosperidad en el reino de Luis XIV: La acumulación de metales [preciosos] a través de una balanza comercial superavitaria, la protección a la industria interna (la de la nación) principalmente mediante el desestímulo a la demanda de bienes foráneos, y en consecuencia con lo anterior, el fomento de la industria interna, esto es, favorecer las exportaciones de bienes elaborados. En suma, la corriente mercantilista plantea una serie de medidas proteccionistas, se trata de hacer funcionar el comercio a favor de la nación.

En el anterior apartado mencionamos de manera tangencial la balanza favorable del comercio como medida de crecimiento del acervo económico del Estado, pues queríamos hacer énfasis en el ejercicio de la extracción. El poder extractivo y las medidas comerciales proteccionistas funcionaron paralelamente en los siglos XVI y XVII. Ahora bien, aquí tratamos de observar cómo las medidas del mercantilismo fueron una suerte de obstáculo para la constitución de una sociedad de tipo industrial³.

A fin de fomentar la industria para hacer crecer las exportaciones (y con ellas la riqueza nacional), una de las principales medidas que se tomó fue la subvención a las actividades industriales emergentes. Esto es, el Estado auxiliaba la industria, le concedía subsidios y hacía lo posible para mantener condiciones favorables para la producción. Incluso el aparato del Estado podía auxiliar la actividad productiva al punto de otorgar monopolios (Huberman, 1973; 167). Otra forma de auxilio oficial fueron las llamadas tarifas proteccionistas, es decir, el Estado ponía una barrera impositiva a la entrada de bienes del extranjero; de esa manera se protegía la industria nacional de la competencia extranjera. Las ideas del mercantilismo tuvieron una gran influencia en la vida económica de las

³ Como la de finales del siglo XVIII.

naciones, sus medidas se aplicaron de manera sistemática en el mundo occidental. Un ejemplo de la forma en que el Estado ayudaba a los productores es dado por la industria textil francesa en el siglo XVII: “Las fábricas textiles francesas recibieron, mientras Colbert fue ministro, unos ocho millones de libras en subvenciones, de una especie u otra.” (Huberman, 1973; 168). El Estado estimuló directamente la producción.

Pero la aplicación de las políticas mercantilistas implicó un problema para el desarrollo ulterior de la industria: El Estado intervenía intensamente en la actividad económica. A este respecto pueden destacarse dos ejemplos de la industria lanera en Irlanda y Prusia. Irlanda se consideró, en el siglo XVII, como un territorio productor de materias primas para Inglaterra; particularmente, Irlanda era proveedor de lana de la corona británica. Las políticas que pretendían estimular y proteger la industria británica fijaban a Irlanda exclusivamente como productor de lana. Esto se hacía con el objeto de que Inglaterra dispusiera de abundantes materias primas a precios bajos, y al minimizar los costos de las materias primas las ganancias de los industriales británicos aumentaban. Sin embargo, esta medida de imponer a los productores irlandeses exclusivamente la producción de lana tenía una implicación contraproducente para la economía irlandesa, pues si la corona británica quería proteger su industria, era a costa de impedir directamente el desenvolvimiento de la industria irlandesa.

Además, Irlanda sólo podía vender su lana en Inglaterra y en ninguna otra parte más. Esta medida inspirada en las ideas del mercantilismo impedía el desarrollo industrial, y por lo tanto, la consolidación de una sociedad industrial. El aumento de pérdidas en unos sectores era el efecto de las políticas mercantilistas:

Quando los irlandeses producían su lana y la convertían en telas, venía una ley inglesa y aplastaba la naciente industria. ¿Podían entonces los irlandeses exportar su lana cruda libremente? No. Tenían que venderla a Inglaterra, solamente, e Inglaterra usaría en sus telares la que pudiese, y reexportaría el resto. Como Inglaterra podía dictar el precio, gran número de irlandeses se empobrecían. (Huberman, 1973; 172).

Por otra parte, en los inicios del siglo XVIII en Prusia se emitieron leyes que impedían a los productores de lana exportar con el objeto de estimular la industria de paños. Al igual que el caso irlandés, esta prohibición a la exportación de materias primas aseguraba la abundancia de materias primas en el territorio a un precio bastante bajo, lo cual aumentaba las ganancias de los productores de paño. En 1721, en una carta dirigida al rey Federico Guillermo I, los productores de lana expresaban su preocupación ante los efectos de la restricción que se les imponía. Afirmaban que dicha restricción los estaba perjudicando, pues producir lana les costaba más de lo que obtenían al venderla (Huberman, 1973; 178). Una vez más, bajo las medidas mercantilistas, la ventaja en unos sectores implicaba la desventaja en otros.

El costo de aumentar la cantidad de metales preciosos (representantes de la riqueza) era el empobrecimiento de algunos sectores sociales. La obtención de riquezas en una nación, bajo la óptica del mercantilismo, implicaba limitar la industria. Los intereses nacionales se identificaban con los intereses de unos pocos productores (Huberman, 1973; 179). La generalización de la actividad productiva en la sociedad se hallaba limitada por las ‘buenas intenciones’ del Estado. El efecto real de las medidas del mercantilismo fue diametralmente opuesto al efecto esperado, no se estimuló la industria general de la nación, por el contrario, se obstaculizó su desarrollo.

El soberano podía imponer su ley sobre la actividad económica, sin embargo, las acciones del soberano estaban del lado de una minoría. Podemos afirmar que detrás del soberano hablaban los intereses privados de algunos monopolios consolidados, la ley que emitía la corona era la ley dictada por dicho empresariado monopolista. Después del siglo XI se hicieron concesiones a los gremios de comerciantes y artesanos, en los siglos XVI y XVII se concedieron subvenciones a ese grupo de empresarios que emergían de los intermediarios que lograron transformar el sistema gremial. Dado el continuo estado de empobrecimiento de otros sectores productivos, algo debía hacerse a fin de desarrollar la industria (en la que, aún en el siglo XVII, se percibían las reminiscencias del sistema artesanal).

Las medidas mercantilistas suscitaban el descontento de quienes no obtenían ventaja alguna de ellas: “Los gobiernos querían ayudar a la industria. Muy bien. Mas parecía que no podían ayudar a una clase de gente sin perjudicar a otra. Y, a la clase perjudicada, no le gustaba y, por ello, protestaba.” (Huberman, 1973; 177-178). Francia fue, quizás, el país que más sufrió con las medidas de control y restricción por parte del Estado. Asimismo, fue quizás el país donde más oposición se ejerció a dichas medidas. En los siglos XVII y XVIII, la economía francesa estaba siendo asfixiada por la política mercantilista:

La industria en Francia estaba envuelta en una red tal de ‘lo que debe ser’ y ‘no debe ser’, con un ejército de inspectores entrometidos haciendo cumplir las molestas regulaciones, que es difícil comprender cómo le era posible hacer algo. Las reglas gremiales y las regulaciones eran bastante malas. Continuaban en vigor, o fueron sustituidas por otras aún más minuciosas, designadas para ayudar y proteger la industria. En algunos casos, sirvieron para ello. Pero aun cuando eran sensatas, eran siempre muy engorrosas para los fabricantes. [...] El resultado natural de que se fuese demasiado en una dirección, tenía que ser un movimiento para ir en la contraria. El control excesivo de la industria incubaría la demanda de que no hubiese control alguno. (Huberman, 1973; 183-184).

Vincent de Gournay, ministro francés a mediados del siglo XVIII, fue uno de los primeros opositores al control minucioso del Estado en la industria. Tal vez fue Gournay quien sentó las bases de la corriente económica que expresó su oposición al sistema mercantil en el siglo XVIII: la fisiocracia. Su discípulo, Jacques Turgot, sería reconocido como uno de los fundadores de dicha corriente de

oposición. Puede considerarse a la fisiocracia como la versión francesa del liberalismo económico, pues sus tesis se basaban en la libertad de la actividad productiva. De manera paradigmática, la fisiocracia es asociada con el aforismo ‘laissez faire, laissez passer’⁴, esto es, libertad de industria y libertad aduanera. Los fisiócratas exigían el fin de los controles minuciosos por parte del Estado.

Mercier de la Rivière expresó con claridad la tesis central de la corriente fisiócrata: no puede haber incremento productivo sin libertad de industria, sin ausencia de regulación (Huberman, 1973; 185-186). La no intromisión del Estado es, pues, una condición importante para el desarrollo de la industria. Como mencionábamos anteriormente, si bien a partir del siglo XVI pueden encontrarse las condiciones para el auge del capital, si bien puede encontrarse la acumulación (relativamente amplia) de hombres en un mismo espacio productivo, el proceso de producción no pudo desarrollarse plenamente al punto de ser el moderno sistema que se conformó en el siglo XVIII, pues dicho proceso se vio obstaculizado por una suerte de controles minuciosos.

Así, es posible afirmar que cronológicamente los fisiócratas se anticiparon a Adam Smith en el planteamiento de la libertad negativa, esto es, de la no intromisión de un gran aparato institucional en la existencia [económica]. Los efectos de las medidas mercantilistas se sintieron en la Francia del siglo XVIII. No sólo los controles minuciosos a la actividad industrial afectaron la vida económica de la población, además se vio afectada por los altos impuestos y los privilegios mantenidos a ciertos monopolios y a las clases tradicionales (clérigos y nobles) (Huberman, 1973; 198-199).

La clase media de la sociedad francesa abanderó la oposición y la lucha contra las instituciones que los dominaban. La clase media estaba compuesta principalmente por la denominada burguesía. He aquí una interesante concepción sobre la burguesía:

¿Quiénes eran la burguesía? Eran los escritores, los médicos, los maestros, los abogados, los jueces, los empleados civiles, la clase educada; eran los comerciantes, los fabricantes, los banqueros, la clase adinerada, formada por los que tenían dinero y los que anhelaban tenerlo. Por encima de todo querían, o más bien necesitaban, descartar las reglas del derecho feudal en una sociedad que, ya en la realidad material de entonces, no era feudal. Necesitaba despojarse de su estrecha casaca feudal y reemplazarla con un holgado saco capitalista. Encontró la expresión de sus necesidades en el campo económico, en los escritos de los fisiócratas y de Adam Smith; y en el campo social, en los de Voltaire, Diderot y los enciclopedistas. El *Laissez Faire* en el comercio y la industria, tenía su contraparte en el ‘dominio de la razón’ sobre la religión y la ciencia. (Huberman, 1973; 199).

Todo el descontento de las clases no favorecidas (la clase media principalmente) se manifestó de manera violenta en la revolución francesa, y la burguesía estuvo al frente de esta revolución. La revolución francesa debe entenderse como una revolución burguesa. Fueron los intereses de esta clase los que se pusieron en juego a finales del siglo XVIII, puede decirse que la revolución francesa fue una revolución en defensa de los intereses burgueses. En esta revolución resultó victoriosa la clase

⁴ Dejad hacer, dejad pasar.

burguesa, la soberanía del monarca fue sustituida por el dominio social de la burguesía: “El privilegio del nacimiento fue destruido, sin duda alguna, pero el privilegio del negocio lo reemplazó. ‘Libertad, Igualdad, Fraternidad’, fue un lema proclamado por todos los revolucionarios, pero en realidad, fue en provecho de la burguesía.” (Huberman, 1973; 202).

De esta manera, a finales del siglo XVIII asistimos a la formación de la sociedad burguesa. Las modernas instituciones reemplazaron las anacrónicas formas jurídicas basadas en la tradición. Así como la burguesía estuvo al frente de la oposición al soberano, esta clase se puso al frente del nuevo tipo de sociedad que se empezaría a conformar a partir de la revolución francesa. Con la revolución francesa se ganó la libertad de industria, pero más allá del ámbito económico se ganó la libertad de la clase burguesa:

Camille Desmoulins, Danton, Robespierre, Saint-Just, Napoleón, lo mismo los héroes que los partidos y la masa de la antigua revolución francesa, cumplieron, bajo el ropaje romano y con frases romanas, la misión de su tiempo: es decir, la eclosión e instauración de la sociedad burguesa moderna. Los primeros destruyeron la base del feudalismo y segaron las cabezas feudales que habían brotado en ella. Napoleón creó en el interior de Francia las condiciones bajo las cuales podía desarrollarse la libre competencia, explotarse la propiedad territorial parcelada, utilizarse las fuerzas productivas industriales de la nación, que habían sido liberadas; mientras que del otro lado de las fronteras francesas barrió por todas partes las formaciones feudales, en el grado en que esto era necesario para rodear a la sociedad burguesa de Francia en este continente europeo de un ambiente adecuado, acomodado a los tiempos. (Marx, 1971; 12).

1.2.2 De la esfera del intercambio al proceso de trabajo

La burguesía se constituyó en la clase dominante de la sociedad, las instituciones que impuso fueron instituciones orientadas a la realización de sus intereses. Sin embargo, considero que no debe deducirse la constitución de un control [individualizado] sobre las fuerzas productivas a partir de la consolidación de la burguesía en autoridad social⁵. Como vimos anteriormente, el dominio sobre las fuerzas productivas se ha gestado en una instancia regional; el edificio de los telares de Jack de Newbury lo podemos considerar como un arquetipo de esas instancias locales de dominio sobre las fuerzas productivas.

Posteriormente veremos de qué manera las fuerzas productivas de la sociedad son conformadas en un ámbito local, tal conformación de fuerzas no debe ser deducida a partir del dominio de clase. Ciertamente la instauración de la sociedad burguesa jugó un papel importante en el desarrollo del aparato productivo, pues superaba los límites que el soberano (en la sociedad pre-burguesa) imponía al desarrollo de dicho aparato. No obstante, el dominio sobre los individuos no viene propiamente del aparato institucional burgués, sino de otra suerte de tecnologías (de poder) que permean el derecho.

⁵ No debe hacerse un análisis descendente del poder. Esto es, no debe inferirse de una clase dominante las modernas formas de control sobre los individuos.

Es necesario invadir políticamente la existencia del individuo a fin de hacer de él una fuerza productiva.

Hemos querido poner de relieve que, a partir del siglo XVI, además de encontrarse el germen del capital, también puede encontrarse el germen de una forma de poder que ya no es de tipo extractivo. Un poder que, podría decirse, desdibuja las relaciones de soberanía. ¿Cuál es esa impronta que permite identificar un poder que es diferente a un poder extractivo? ¿Cuál fue el logro político (por decirlo de algún modo) del intermediario? Lo que diferencia al empresariado emergente de las figuras asociadas a la espada es que éste (el empresariado) no se apropia de bienes ya producidos, él puede hacer que una multitud produzca para un mercado. El empresariado emergente se apropia del proceso de trabajo.

Entonces, el poder sobre el trabajo es un elemento clave para entender las formas que (después del siglo XVI) se idearon para aumentar la riqueza. En su libro *Las palabras y las cosas*, Foucault observa que, en el contexto de las ideas económicas del siglo XVIII, el trabajo ha servido como unidad de valor de las mercancías (Foucault, 1968; 249). En el siglo XVIII, tras el fracaso de las políticas mercantilistas, tal vez la moneda dejó de ser esa unidad cuyo contenido es la riqueza. En el pensamiento económico de este contexto histórico el trabajo pasa a ser esa unidad en la que se expresa el valor de las mercancías⁶. “La actividad de los hombres y el valor de las cosas se comunican en el elemento transparente de la representación.” (Foucault, 1968; 248).

Foucault analiza la concepción del trabajo en Adam Smith y David Ricardo. En el siglo XVIII, el trabajo entra en el análisis económico como unidad de medida del valor, y esto estaba planteado en Smith; Ricardo acepta que el valor de cambio de los artículos depende de la cantidad de trabajo contenida en ellos (Ricardo, 1959; 10). Sin embargo, Ricardo establece una diferencia respecto a Smith: El trabajo como creador de valor:

[Según David Ricardo] la cantidad de trabajo permite fijar el valor de una cosa, no sólo porque ésta sea representable en unidades de trabajo, sino en primer lugar y fundamentalmente porque el trabajo, como actividad de producción, es ‘la fuente de todo valor’. Éste no puede ser ya definido, como en la época clásica, a partir del sistema total de las equivalencias y de la capacidad que pueden tener las mercancías para representarse unas a otras. El valor ha dejado de ser un signo y se ha convertido en un producto. (Foucault, 1968; 249).

A partir de Ricardo el valor se considera un producto del trabajo, se origina en el proceso de trabajo. De esta manera, puede afirmarse que el ejercicio del poder sobre el proceso de trabajo se traduce en un control sobre la producción de valores de cambio. La capacidad de representar otros objetos ya no se deduce del medio de cambio, dicha capacidad puede crearse. Esto implica que la esfera del intercambio no es ya ese espacio en el que se accede a la riqueza.

⁶ Esta idea está planteada, por ejemplo, en el pensamiento de autores como Adam Smith y David Ricardo.

Si bien en el siglo XVI se encuentran las semillas del sistema de producción capitalista, en ese contexto histórico (siglo XVI) la riqueza aún se percibía en la esfera del intercambio. En el siglo XVIII, el factor trabajo adquiere gran relevancia y se constituye en la base del sistema productivo. El trabajo crea valor, y es en el trabajo que se encuentra la clave para la producción de riquezas:

Los valores, circulando por los mercados y cambiándose unos por otros, tienen aún un poder de representación. Pero toman tal poder, por otra parte, de ese trabajo más primitivo y más radical que cualquier representación y que, en consecuencia, no puede ser definido por el cambio. En tanto que, para el pensamiento clásico, el comercio y el cambio sirven de fondo insuperable al análisis de las riquezas (aun en Adam Smith en quien la división del trabajo es impuesta por los criterios de trueque), a partir de Ricardo, la posibilidad del cambio se funda en el trabajo; y de ahora en adelante, la teoría de la producción deberá preceder siempre a la de la circulación. (Foucault, 1968; 249).

Ciertamente la ampliación de los mercados en el siglo XVI fue un suceso que resultó en un incremento de la producción. Los análisis sobre la riqueza (en los siglos XVI y XVII) hacían énfasis en la esfera del intercambio como el espacio en el cual se accede a la riqueza, sin embargo, los planteamientos de Ricardo desplazaron ese espacio del centro del análisis. Si aun para Smith la amplitud de la bolsa es un determinante del proceso de trabajo, para Ricardo es el trabajo el que posibilita el intercambio. El trabajo crea la capacidad para el cambio.

El trabajo como medida tal vez se había pensado incluso antes de Smith (Foucault, 1968; 218). Posteriormente observaremos que el pensamiento económico de Smith hace énfasis en el factor trabajo como fundamento de la riqueza, y es por esto que, para el filósofo escocés, el trabajo debe ser más productivo, ha de aumentarse la fuerza productora del trabajo; y en este sentido inicia su *Investigación* tratando el tema de la división del trabajo.

En concordancia con Foucault, podemos afirmar que si bien el trabajo no es un concepto novedoso en la obra de Smith, este autor (Smith) encuentra en el trabajo “una unidad de medida irreductible, insuperable y absoluta” (Foucault, 1968; 218). Si bien antes de Smith el trabajo se había concebido como medida, puede decirse que en los análisis anteriores a Smith la cantidad de trabajo se consideraba un instrumento de medida relativo y reducible (Foucault, 1968; 218). Esto es, la riqueza no está planteada en términos de relaciones de equivalencias entre los diferentes artículos (entre ellos el trabajo), sino descompuesta (y analizada) en términos de cantidades de trabajo (Foucault, 1968; 218-219). En Adam Smith, la riqueza es representada por el trabajo (Smith, 1958; 3). En el planteamiento de Smith, el trabajo no es ya una medida relativa (como cualquier otra mercancía) sino una medida absoluta.

Ahora bien, el trabajo no es sólo una medida, no es sólo aquello que representa la riqueza. Líneas atrás mencionamos que Ricardo le asigna otra función al trabajo: la de ser productora del valor de las mercancías. Los bienes de que dispone una sociedad son producto del trabajo de los individuos. En este

sentido, dichos bienes pueden ser obtenidos al interior de una sociedad, la abundancia puede obtenerse en el ámbito doméstico, no es necesario obtener una riqueza expresada en metales en el espacio de lo foráneo. Como bien apunta Foucault, la teoría de la producción deberá preceder a la del intercambio (Foucault, 1968; 149).

En este sentido, la riqueza es producida en el proceso de trabajo. Es por esto que podemos considerar el edificio de los telares como un aparato productor de valores de cambio. La experiencia económica del siglo XVIII desplazó la esfera del intercambio como mecanismo de aumento de la riqueza, y el proceso de trabajo adquirió protagonismo. Dicho en otros términos, a finales del siglo XVIII e inicios del XIX, el trabajo es revelado como el proceso de obtención de ganancias económicas. Ya no se trata de adquirir las riquezas en la esfera del intercambio, se trata de producirlas. De esta manera, la obtención de ganancias requiere el control sobre los elementos del proceso de trabajo.

1.2.3 Consideraciones preliminares sobre las tecnologías de poder (I)

El análisis económico pasa de dar prevalencia al comercio a dársela al trabajo. Si las ganancias se obtienen a través del control del proceso de trabajo, entonces la sujeción debe adquirir otras formas. Es posible afirmar entonces que las transformaciones en la economía requerían transformaciones en las relaciones coercitivas. Tal vez las formas usualmente violentas de la espada no corresponden al tipo de poder que se propone controlar (y conformar) las fuerzas productivas del trabajo.

No se trata ya de extraer productos elaborados, o de enfrentarse con las fuerzas que se oponen al soberano. Por el contrario, debe prescindirse de todo ejercicio violento del poder, pues dichas formas violentas pueden ser costosas y poco eficaces si se pretende hacer que los individuos funcionen al ritmo de una maquinaria productora de valor. Las relaciones de soberanía fundan el poder en el gasto máximo de la fuerza desplegada por el soberano (Foucault, 2000; 44). Por el contrario, debe minimizarse la fuerza ejercida del agente de poder y maximizar la eficacia del subordinado. O dicho de otra forma, debe ser el súbdito quien reproduzca los efectos de poder.

La soberanía puede considerarse una relación onerosa, pues el brillo de la espada puede obstaculizar el desarrollo y eficacia de las fuerzas productivas. La soberanía plantea un ejercicio de captación sobre las cosas y las personas. Habíamos mencionado anteriormente que el poder de la soberanía es de carácter extractivo. Concordamos con Foucault en que el poder de la espada era un mecanismo de captación:

Y quizá haya que referir esa forma jurídica a un tipo histórico de sociedad en donde el poder se ejercía esencialmente como instancia de deducción, mecanismo de sustracción, derecho de apropiarse de una parte de las riquezas, extorsión de productos, de bienes, de servicios, de trabajo y de sangre, impuesto a los súbditos. El poder era ante todo derecho de captación: de las cosas, del tiempo, los cuerpos y finalmente la vida; culminaba en el privilegio de apropiarse de ésta para suprimirla. (Foucault, 1977; 164).

El ejercicio captador de la espada tenía un gasto máximo, se ejercía el máximo de fuerza a fin de apropiarse de los bienes⁷ o recursos de los habitantes de un dominio (Foucault, 1999; 242-243). Esa forma onerosa del poder va en contravía de las transformaciones productivas que se gestaban desde el siglo XVI. Podemos afirmar entonces que una transformación económica requiere una transformación en las formas de poder:

El poder era esencialmente preceptor y predador. En esta medida, operaba siempre una sustracción económica y en consecuencia, lejos de favorecer y de estimular el flujo económico, era perpetuamente su obstáculo y su freno. De ahí esta segunda preocupación, esta segunda necesidad: encontrar un mecanismo de poder tal que, al mismo tiempo que controla las cosas y las personas hasta el menor detalle, no sea oneroso ni esencialmente predador para la sociedad, que se ejerza en el sentido mismo del proceso económico. (Foucault, 1999; 243).

En este sentido, podemos seguir la misma línea de análisis de Foucault en lo que respecta a las transformaciones políticas. En el transcurso de los siglos XVII y XVIII se opera esa transformación del poder que se corresponde con un control eficiente sobre las fuerzas productivas:

Ahora bien, el Occidente conoció desde la edad clásica una profundísima transformación de esos mecanismos de poder. Las 'deducciones' ya no son la forma mayor, sino sólo una pieza entre otras que poseen funciones de incitación, de reforzamiento, de control, de vigilancia, de aumento y organización de las fuerzas que somete: un poder destinado a producir fuerzas, a hacerlas crecer y ordenarlas más que a obstaculizarlas, doblegarlas o destruirlas. (Foucault, 1977; 164-165).

Desde este punto de vista, la producción y el ejercicio del poder deben ir de la mano. Ahora que se trata de producir las riquezas más que captarlas, es imperativo un control poco oneroso sobre los elementos de un emergente proceso de producción. La espada no produce, por el contrario, tiende a eliminar la potencia productiva. Llegamos entonces al siglo XVIII, donde se opera un doble suceso de transformación: transformación en el proceso productivo y transformación en el ejercicio del poder. En el siglo XVIII la economía y la política se comunican de una manera armoniosa. La sociedad burguesa logró consolidar un orden industrial en un ambiente de libre desenvolvimiento de la producción (Laissez Faire), y también logró superar las formas políticas [onerosas] que obstaculizaban el desarrollo del orden productivo [burgués].

La sociedad burguesa se compone de una doble novedad: una de orden económico y otra de orden político. Por lo tanto, podemos concordar con Foucault en que no sólo debe tenerse en cuenta la transformación de las tecnologías industriales, sino también la transformación de las tecnologías políticas (Foucault, 1999, 243). Como apuntábamos anteriormente, con la conformación de la sociedad

⁷ Puede afirmarse que el despliegue de la espada (asociado con la soberanía) consistía en "la percepción obligatoria de tal o cual porcentaje por el señor, por el poder real, por el clérigo." (Foucault, 1999; 243). En esta frase de Foucault puede observarse que los agentes de la extracción refieren a las principales figuras políticas de las sociedades feudales a las que hacíamos referencia en el apartado anterior.

burguesa asistimos a un doble proceso histórico. El siglo XVIII es probablemente un punto [histórico] de inflexión social.

Por otra parte, el poder deja de expresarse en términos negativos, es decir, no se reduce ya a ser un mecanismo represivo. El orden productivo que se generaliza en la sociedad burguesa exige del poder un rol positivo. En efecto, si se trata de ejercer un poder sobre el proceso de trabajo en tanto que productor de valor, es importante que dicho ejercicio político estimule el desarrollo de las capacidades productivas del trabajo, que sea un poder productor. Es válido, entonces, preguntarse cómo abordar el análisis del ejercicio positivo del poder:

¿Cómo podríamos intentar analizar el poder en sus mecanismos positivos? Me parece que podemos encontrar en algunos textos los elementos fundamentales para un análisis de este tipo. Podemos encontrarlos, quizás, en Bentham, un filósofo inglés de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, que en el fondo ha sido el gran teórico del poder burgués y, evidentemente, podemos también encontrarlos en Marx, fundamentalmente en el libro II de *El capital*. Pienso que es aquí donde cabe hallar algunos elementos de los que me servirá para el análisis del poder en sus mecanismos positivos. (Foucault, 1999; 239).

Estamos absolutamente de acuerdo con Foucault en que para abordar las formas modernas del poder debemos remitirnos a los planteamientos de Bentham y Marx. En primer lugar, Marx pone sobre la mesa el problema del ejercicio inmediato (y específico) del poder en el espacio productivo. Segundo, En *El Capital* se resalta que el poder no refiere a un único espacio, no hay el poder sino los poderes (Foucault, 1999; 239). Esto es, el poder sobre la multitud no se ejerce en una única instancia de la sociedad, los individuos se hallan insertos en varias relaciones de poder que surgen en varios lugares. El edificio de los telares puede considerarse como una de esas instancias locales, no sólo productivas, sino políticas; podría afirmarse que el doble suceso histórico al que hacemos referencia aquí surge en lugares específicos.

Así pues, en esta lectura de las transformaciones políticas no debe asociarse ya el poder con el aparato del Estado. La sociedad burguesa no se reduce al dominio general de la burguesía, esta sociedad no establece un aparato exclusivamente represor sobre los habitantes. La moderna sociedad es una yuxtaposición de poderes, es una composición y enlace de varias instancias de poder: “Así pues, existencia de regiones de poder. La sociedad es un archipiélago de poderes diferentes.” (Foucault, 1999; 239).

De esta manera, nuestro análisis se apoyará en la lectura de *El Capital*. Posteriormente nos remitiremos a la obra de quien podemos llamar ‘el teórico del poder burgués’, Jeremy Bentham. Asimismo, en el *Panopticon* de Bentham puede encontrarse un modelo de poder que no sólo se encuentra en lugares de reclusión. Tal vez el planteamiento de Bentham nos muestre ese modelo de poder en el que se apoya la sociedad burguesa: “He encontrado en Bentham el Cristóbal Colón de la

política. Considero que representa una especie de figura mitológica de un nuevo tipo de sistema de poder – aquel al que nuestra sociedad ha recurrido hoy.” (Foucault, 1999; 61).

Concluimos nuestra contextualización histórica planteando, en concordancia con Foucault, que las transformaciones del poder son una parte constitutiva del proceso de producción capitalista. Puede leerse una doble implicación entre tecnologías políticas y capitalismo. Podemos parafrasear a Foucault a fin de vislumbrar la importancia de las modernas formas de poder en el sistema capitalista:

He intentado mostrar [...] cómo esta mutación de la tecnología del poder forma parte del desarrollo del capitalismo. Forma parte de ese desarrollo en la medida en que, por un lado, el desarrollo del capitalismo es lo que ha hecho necesaria esta mutación tecnológica, pero, a su vez, esta mutación ha posibilitado el desarrollo del capitalismo; en pocas palabras, se trata de una implicación permanente de dos movimientos que están de alguna manera engranados el uno en el otro. (Foucault, 1999; 252-253).

2. Plusvalía y división del trabajo

2.1 Plusvalía relativa y sujeción

El afán de la ganancia es algo central en la conformación del moderno aparato productivo de los últimos dos siglos. En 1734 Jacob Vanderlint, en su libro *Money answers all things*, planteaba que la gran finalidad de los negocios es la ganancia (Vanderlint, 1734; 12). Probablemente Vanderlint puede ser identificado en la corriente mercantilista del pensamiento económico del siglo XVIII, sin embargo, el planteamiento de la ganancia como finalidad de la actividad productiva resuena en el pensamiento de autores posteriores a él¹. Dicho en otros términos de análisis económico, el móvil del proceso de producción es la obtención de plusvalía.

La plusvalía se logra a partir de la producción de mercancías, esto es, de la producción de bienes destinados al intercambio. Los fines del proceso productivo ya no se reducen a la dotación de bienes necesarios en una comunidad. Los fines son otros, la acumulación de grandes sumas de dinero, la obtención de utilidades; ya no basta la obtención de valores de uso, con la conformación de la moderna industria se trata de producir valores de cambio.

Nuestro planteamiento aquí es que la obtención de plusvalía supone una forma de control sobre los individuos, supone un esquema de dominación. El control sobre los instrumentos de la producción es condición para la fabricación de mercancías, de esta manera, las relaciones sociales se instrumentalizan al interior de la actividad productiva. Karl Marx en *El Capital* muestra el carácter despótico del proceso de producción [capitalista] que tiene como objetivo la plusvalía. En este apartado trataremos, por una parte, la noción de plusvalía relativa (sin detenernos en los detalles técnicos del análisis), y por otra parte, las formas en que los individuos están insertos en el proceso de producción.

2.1.1 Plusvalía relativa o el desarrollo de las capacidades productivas del sujeto

El concepto de la plusvalía relativa ha sido desarrollado en la obra de Karl Marx. El autor de *El Capital* parte de unas relaciones de producción en las que el trabajo está subordinado al capital, esto es, relaciones sociales en las cuales los obreros trabajan para el empresario. El propietario de los medios de producción tiene a su disposición un conjunto de trabajadores que producen. El trabajo transforma los recursos de que dispone (materias primas) añadiendo valor al producto ‘final’. De esta manera, el

¹ Por ejemplo, en 1776 Adam Smith escribía: “No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero lo que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas.” (Smith, 1958; 17). Los productores (sean carniceros, panaderos, o grandes directores industriales) realizan sus actividades a fin de obtener una utilidad o ventaja, su ‘motor ético’ reside en la ganancia, lo cual excluye motivos de tipo altruista.

empresario dispone de la fuerza de trabajo de los obreros para conseguir su objetivo, la plusvalía. El trabajo no sólo es productor de mercancías, sino también es productor de plusvalía (Marx, 1999; 425).

En el proceso de producción, la jornada de trabajo está dividida en dos partes, a saber: el tiempo de trabajo necesario, y el tiempo de trabajo excedente. El tiempo de trabajo necesario se define como aquella parte de la jornada laboral en la cual el trabajador produce el valor de la fuerza de trabajo (Marx, 1999; 250), esto es, el tiempo de trabajo en el cual se produce el valor de sus medios de subsistencia (salario). Por otra parte, el tiempo de trabajo excedente es aquella parte de la jornada en la cual el trabajador produce para el capital que lo emplea (ya no para su subsistencia). De esta división de la jornada de trabajo se deduce que el trabajo produce el valor para su sostenimiento y produce un valor adicional.

Así, de la magnitud del tiempo de trabajo excedente depende la producción de plusvalía (Marx, 1999; 250). Con el objetivo de obtener la mayor plusvalía, para el empresario es importante maximizar esa parte de la jornada de trabajo en que se produce un valor adicional a los salarios, esto es, acrecentar el tiempo de trabajo excedente. Esto requiere de una suerte de políticas sobre el empleo del tiempo. El empresario puede alargar la jornada de trabajo; siendo el tiempo de trabajo necesario una magnitud constante, al alargar la jornada de trabajo se amplía el tiempo de trabajo excedente. La plusvalía que resulta de un alargamiento de la jornada laboral se define como plusvalía absoluta (Marx, 1999; 426).

Por otra parte, si el valor de los medios de subsistencia del trabajador puede ser producido en menos tiempo, también se amplía el tiempo de trabajo excedente. La reducción del tiempo de trabajo necesario implica entonces un aumento de la plusvalía. La plusvalía que se produce reduciendo el tiempo de trabajo necesario se denomina plusvalía relativa (Marx, 1999; 252-253). Producir el valor equivalente a la fuerza de trabajo en menos tiempo requiere un desarrollo de las capacidades productivas de los trabajadores, esto es, producir más unidades en menos tiempo, aumentar la productividad. Para obtener plusvalía relativa “ha de producirse, pues, una revolución en las condiciones de producción [del] trabajo, es decir, en [el] régimen de producción y, por tanto, en el propio proceso de trabajo.” (Marx, 1999; 252). El trabajo debe aumentar su potencia para producir más:

[A]hora que se trata de obtener plusvalía convirtiendo el trabajo necesario en trabajo excedente, no basta, ni mucho menos, que el capital se adueñe del proceso de trabajo en su forma histórica tradicional, tal y como lo encuentra, limitándose a prolongar su duración. Para conseguir esto, tiene que transformar las condiciones técnicas y sociales del proceso de trabajo, y, por tanto, el mismo régimen de producción hasta aumentar la capacidad productiva del trabajo, haciendo bajar de este modo el valor de la fuerza de trabajo y disminuyendo así la parte de la jornada de trabajo necesaria para la reproducción de ese valor. (Marx, 1999; 252).

El desarrollo de las capacidades productivas del trabajo plantea la posibilidad de reducir los costos en la producción, pues se producen más mercancías en menos tiempo. El aumento de la productividad permite un incremento del tiempo de trabajo excedente; de esta manera, el desarrollo en

la productividad de los trabajadores permite que éstos trabajen más tiempo para el empresario, “la producción mayor de plusvalía tiene su fuente en la reducción del tiempo de trabajo necesario y en la consiguiente prolongación del trabajo excedente.” (Marx, 1999; 255).

La producción de plusvalía requiere un control sobre el proceso de trabajo. El empresario ha de valerse de métodos que le permitan ejercer un control eficaz sobre el trabajo. Al respecto, Marx afirma desde una perspectiva teórica que los métodos de producción que le permiten a un empresario individual (o a un capital) obtener mayor plusvalía se generalizan entre los demás productores, el empresario “hace individualmente lo mismo que hace en grande y en conjunto el capital en la producción de la plusvalía relativa.” (Marx, 1999; 256). En este sentido, a fin de conquistar un mercado más amplio, dado el aumento de la escala de producción y la generalización de los métodos productivos que la hacen crecer (lo cual genera competencia), el precio de las mercancías tiende a bajar.

Pero si bien el aumento de la producción (en virtud del desarrollo de la capacidad productiva de los trabajadores) hace que el valor de las mercancías disminuya, la relación entre la capacidad productiva del trabajo y la plusvalía relativa sigue siendo directa. Esto se explica porque al bajar el precio de las mercancías a medida que se generalicen los métodos productivos en las demás ramas industriales, también disminuirá el precio de los bienes de subsistencia de los trabajadores, de tal manera que el valor de la fuerza de trabajo es más bajo para el capital que la emplea (Marx, 1999; 256-257). Es por esto que al empresario le reporta ventaja la aplicación de métodos que permiten un aumento de la capacidad productiva de los trabajadores:

El valor de las mercancías está en razón inversa a la fuerza productiva del trabajo. Y otro tanto acontece con el valor de la fuerza de trabajo, ya que éste se halla determinado por los valores de las mercancías. En cambio, la plusvalía relativa está en razón directa a la fuerza productiva del trabajo, aumentando cuando ésta aumenta, y disminuyendo cuando ella disminuye. [...] Por eso es afán inmanente y tendencia constante del capital reforzar la productividad del trabajo, para de este modo abaratar las mercancías, y con ellas los obreros. (Marx, 1999; 256-257).

El empleo de métodos que desarrollan la productividad del trabajo puede entenderse como el ejercicio de un control sobre el mismo trabajo, sobre los trabajadores, pues dichos métodos inciden en el empleo de tiempo de los trabajadores, y por tanto, hacen aumentar el tiempo de trabajo excedente; es decir, hacen que el obrero trabaje más para el empresario. El trabajo está más subordinado al capital, o dicho en otros términos, el desarrollo de la capacidad productiva del trabajador aumenta el dominio del empresario sobre él. Los métodos de desarrollo de las capacidades del obrero pueden entenderse como métodos para ejercer control sobre él.

El desarrollo de los procesos productivos no persigue, en principio, el mejoramiento de las condiciones de trabajo para los trabajadores. La constante actualización de los métodos productivos se realiza en cada rama industrial pensando en las ventajas que reporta para el capital:

Como se ve, en la producción capitalista, la economía del trabajo mediante el desarrollo de su fuerza productiva no persigue como finalidad, ni mucho menos, acortar la jornada de trabajo. Tiende simplemente a acortar el tiempo de trabajo necesario para la producción de una determinada cantidad de mercancías. [...] En la producción capitalista, el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo tiene como finalidad acortar la parte de la jornada durante la que el obrero trabaja para sí mismo, con el fin de alargar de este modo la otra parte de la jornada, durante la cual tiene que trabajar gratis para el capitalista. (Marx, 1999; 257-258).

De acuerdo con Marx, la reducción del tiempo de trabajo necesario se traduce en un aumento del tiempo de trabajo excedente, lo cual implica que las capacidades productivas del trabajo no se mejoran para acortar la jornada de trabajo, incluso ésta puede alargarse (Marx, 1999; 258). El gran aparato productivo que se gesta a lo largo del siglo XVIII tiene un carácter despótico, subordina a los individuos a fin de realizar intereses privados.

2.1.2 Conformación de la fuerza colectiva en el ámbito productivo

Anteriormente, habíamos mencionado que el proceso de producción que se desarrolla en el siglo XVIII se caracteriza como capitalista. Asimismo, Marx hace una constante mención al proceso de producción capitalista, pero, ¿qué significa que la producción sea capitalista? En los sistemas de producción se pone en juego unas relaciones sociales de subordinación; el siervo trabaja para abastecerse a sí mismo, pero también trabaja para el señor feudal, y del mismo modo, el esclavo está sujeto a los ‘caprichos’ de su amo. Entonces, ¿qué tiene de particular la subordinación que se opera en la producción capitalista?

Un proceso de producción capitalista reúne tres elementos, a saber: un sujeto que concentra en su haber instrumentos empleados en la producción², un conjunto de personas reunidas que trabajan en común para el primero (el que posee los medios de producción), y la producción en gran escala de mercancías. Marx sitúa la reunión de trabajadores al servicio de un mismo empresario como punto de partida del proceso de producción capitalista:

Como veíamos, la producción capitalista comienza, en realidad, allí donde un capital individual emplea simultáneamente un número relativamente grande de obreros; es decir, allí donde el proceso de trabajo presenta un radio extenso de acción, lanzando al mercado productos en una escala cuantitativa relativamente grande. La producción capitalista tiene, histórica y lógicamente, su punto de partida en la reunión de un número relativamente grande de obreros que trabajan al mismo tiempo, en el mismo sitio (o, si se prefiere, en el mismo campo de trabajo), en la fabricación de la misma clase de mercancías y bajo el mando del mismo capitalista. (Marx, 1999; 259).

² O dicho en otros términos, un capitalista que posee una gran cantidad de medios de producción.

A partir de lo planteado por Marx, es posible observar que la agrupación de personas en un mismo lugar desempeña un papel productivo. Según Marx, la producción capitalista inicia en el periodo manufacturero, esto es, en el paso de la producción en los talleres de artesanos a la producción en grandes manufacturas (que abastecen nuevos mercados), en el paso de una tecnología productiva a otra. Marx resalta que, a primera vista, parece que la manufactura sólo se diferencia de los talleres de artesanos en la cantidad de obreros y de medios de producción que reúne en su haber un empresario individual (Marx, 1999; 259). ¿Qué diferencia entonces una manufactura del taller del artesano? Ciertamente la manufactura puede verse como un taller ampliado, sin embargo, puede identificarse una diferencia más que cuantitativa entre el taller y la manufactura.

Tradicionalmente, el maestro artesano era un sujeto que se caracterizaba por su avanzada pericia en su oficio, y por ser alguien que se encargaba de la instrucción de aprendices. Esto es, el maestro artesano, quien disponía de un taller y de medios de producción, era alguien que estaba inserto en el proceso de producción, desempeñando la actividad de su industria; era alguien que trabajaba. Por otra parte, la manufactura ‘moderna’ produce en una escala mayor al taller, reportando plusvalía al empresario. La conformación de una manufactura exige que el empresario disponga de los medios suficientes para reunir el trabajo combinado de muchos obreros, generando plusvalía de tal manera que se exima al empresario del mismo trabajo (Marx, 1999; 266). El moderno capitalista, a diferencia del maestro artesano, está exento del proceso del trabajo productor de plusvalía.

La manufactura es un régimen productivo en el cual un empresario reúne a un conjunto de personas que trabajan para él, es un régimen que lo exime de trabajar directamente sobre las materias primas. El régimen de manufactura reúne entonces los elementos que caracteriza a la producción capitalista, es por esto que tal régimen puede identificarse como un punto histórico importante de la producción capitalista. A diferencia de los gremios de artesanos, las manufacturas pueden reunir y coordinar el trabajo de una cantidad mayor de individuos en un mismo lugar. Esta reunión es indispensable para la adquisición de ganancias, es por eso que este factor (la reunión) puede entenderse como un elemento central del proceso de producción que se conforma a partir del periodo manufacturero: “Por tanto, el empresario individual, si quiere acogerse íntegramente a la ley de valorización, tiene que producir como capitalista, es decir, emplear muchos obreros al mismo tiempo, poniendo en acción desde el primer momento trabajo social medio.” (Marx, 1999; 261).

De esta manera, en la lectura de Marx podemos observar que el trabajo reviste un carácter social. Con el objetivo de aumentar la producción, el empresario emplea a un conjunto de individuos que hacen uso colectivo de los medios de producción, esto es, los obreros no producen aisladamente, pero sí producen como parte de la totalidad del proceso; lo que el empresario busca no es la fuerza

productiva individual de cada obrero sino la fuerza productiva colectiva. El obrero-individuo hace parte de una fuerza social.

La producción de mercancías requiere la coordinación de las acciones de los obreros. La manufactura compone las fuerzas sociales necesarias para el crecimiento productivo, dichas fuerzas sociales se inscriben en un esquema de cooperación. El ‘concoirs de forces’ es la fórmula de la producción capitalista: “La forma del trabajo de muchos obreros coordinados y reunidos con arreglo a un plan en el mismo proceso de producción o en procesos de producción distintos, pero enlazados, se llama cooperación.” (Marx, 1999; 262).

El esquema de cooperación refiere al carácter colectivo que adquiere la fuerza de trabajo al ser agrupados los individuos en un mismo lugar. La fuerza productiva aplicada en conjunto coordinadamente es diferente a la simple agregación de los trabajos individuales de cada obrero aislado. El todo difiere a la suma de sus partes, incluso la supera. Para entender la cooperación, Marx establece un paralelo entre las fuerzas productivas de los obreros reunidos y las fuerzas ofensivas de un escuadrón de caballería, haciendo notar esta diferencia entre la agregación de las fuerzas individuales y la composición de la fuerza social:

Del mismo modo que la fuerza de ataque de un escuadrón de caballería o la fuerza de resistencia de un regimiento de infantería difieren sustancialmente de la suma de fuerzas de ataque y resistencia desplegadas por cada soldado, la suma mecánica de fuerzas de los diversos obreros es algo sustancialmente distinto de la potencia social de fuerzas que desarrollan muchos brazos coordinados simultáneamente en la misma operación indivisa. (Marx, 1999; 262).

La referencia a lo castrense puede dar cuenta de la similitud entre los problemas de la organización laboral y los problemas de la táctica militar. Al igual que el escuadrón de caballería, la eficacia de la actividad industrial depende en gran medida de la coordinación de los trabajadores, de conformar una fuerza colectiva. Habíamos mencionado anteriormente que la agrupación de individuos en un mismo lugar desempeña una función productiva, la concurrencia es un operador económico, pues ella (la concurrencia de obreros) desarrolla las capacidades productivas, hace crecer la producción. El todo es superior a la suma de sus partes, “la cooperación no tiende solamente a potenciar la fuerza productiva individual, sino a crear una fuerza productiva nueva, con la necesaria característica de fuerza de masa.” (Marx, 1962; 262).

De acuerdo con Marx, el vínculo social aumenta las capacidades productivas de los obreros. Para mostrar cómo opera el vínculo social, en tanto que potenciador de la productividad, podemos recurrir a la noción de jornada de trabajo combinada u obrero colectivo planteada por Marx. En el proceso de trabajo, un obrero realiza en grupo una parte de la producción total; si vemos el trabajo de un individuo inserto en el esquema de cooperación, podemos decir que éste es un productor parcial. En el trabajo

colectivo, cada obrero puede representar una fase del proceso total de producción. Para ilustrar esto, Marx pone como ejemplo una ‘escalera’ de doce obreros que sube ladrillos a la cumbre de un edificio (Marx, 1999; 263). En este ejemplo, Marx muestra que veinticuatro brazos son más eficaces al subir ladrillos que sólo dos brazos; esto es, si a un solo obrero se le pone como tarea subir ladrillos en doce horas, subiría menos que si lo hiciera en grupo. El grupo de doce obreros condensa una jornada de 144 horas, y por lo tanto la productividad social del trabajo aumenta. La ‘escalera’ de veinticuatro brazos es una manera de entender la jornada de trabajo combinada, en la cual cada obrero representa un ‘escalón’, una fase en la producción: “El objeto sobre que recae el trabajo recorre el mismo trecho en un espacio de tiempo menor” (Marx, 1999; 263), lo que representa un aumento de la productividad.

Por otra parte, el trabajo colectivo puede elaborar el producto por varias partes de manera simultánea (Marx, 1999; 263). Otro ejemplo que Marx pone para ilustrar la jornada de trabajo combinada es la construcción de un edificio. En la construcción se elaboran varias partes del edificio en el mismo tiempo. Un obrero colectivo, que cuenta con varios brazos y ojos, puede elaborar el producto trabajando en varias unidades espaciales en el mismo momento (Marx, 1999; 263-264). Visto de otro modo, el obrero individual es un órgano, una pieza del obrero colectivo que, gracias a su acción múltiple, potencia la capacidad productiva. “En el mismo tiempo, irán perfilándose varias partes locales del producto.” (Marx, 1999; 264).

De esta manera, podemos entender al grupo de trabajadores como la jornada de trabajo combinada. El trabajador hace parte de una forma combinatoria, de una composición de fuerzas. La reunión de un grupo de personas trabajando para un mismo capital hace posible el aumento de la productividad, y por tanto la adquisición de plusvalía. Marx ha mostrado el papel productivo del ‘concours de forces’: “la simple existencia de una masa de obreros coordinados permite distribuir entre diversos brazos y, por tanto, ejecutar simultáneamente las diversas operaciones, acortándose con ello el tiempo de trabajo necesario para la fabricación del producto total.” (Marx, 1999; 264).

La conformación de la jornada de trabajo combinada se realiza con el objeto de producir plusvalía, la coordinación del grupo puede verse como la inserción del individuo en un orden del cual hace parte como ‘pieza móvil’. Es posible afirmar, entonces, que la jornada de trabajo combinada, además de ser un obrero colectivo de múltiples brazos, funciona como una maquinaria de piezas móviles cuya configuración produce un efecto útil, en este caso la plusvalía relativa³: “La jornada de trabajo combinada produce cantidades mayores de valor de uso que produciría la suma de otras tantas

³ Dado que la cooperación desarrolla las capacidades productivas, la composición de la fuerza social (la jornada de trabajo combinada) disminuye el tiempo de trabajo necesario haciendo que aumente el tiempo que los obreros trabajan para el empresario. La plusvalía obtenida mediante la reducción del tiempo de trabajo necesario es plusvalía relativa.

jornadas de trabajo individuales, disminuyendo, por tanto, el tiempo de trabajo necesario para conseguir una determinada finalidad útil.” (Marx, 1999; 265).

Conformando una fuerza productiva que reviste un carácter social, el empresario subordina a un grupo amplio de personas. A diferencia del esclavista, no es propietario de cada obrero; como mencionábamos líneas atrás, el empresario busca el efecto útil de la fuerza social. La fuerza social se dispone al servicio del empresario, o en los términos de Marx, el trabajo está supeditado al capital. En el período manufacturero, se configura, al interior de la organización industrial, una sujeción sobre los individuos con arreglo a la realización de fines privados.

Vale la pena resaltar que el esquema de cooperación compone una fuerza social que puede maximizar los efectos de utilidad de cada parte que la conforma:

[E]n resumen, la fuerza productiva específica de la jornada de trabajo combinada es la fuerza productiva social del trabajo o la fuerza productiva del trabajo social. Esta fuerza productiva brota de la misma cooperación. Al coordinarse de un modo sistemático con otros, el obrero se sobrepone a sus limitaciones individuales y desarrolla su capacidad de creación. (Marx, 1999; 265).

Hemos mencionado que una de las condiciones para que el proceso de producción se caracterice como capitalista es la existencia de un sujeto que reúna en su haber los medios de producción. Asimismo, la concentración de los medios de producción en los activos de un empresario es condición indispensable para establecer la cooperación (Marx, 1999; 266). Por lo tanto, podemos afirmar que la conformación de la fuerza social, al interior de la organización industrial, es un rasgo característico de la sujeción operada en el proceso de producción capitalista.

La cooperación, en tanto que elemento que asimismo caracteriza la producción capitalista, se forma a partir de la supeditación del trabajo al capital. La producción capitalista requiere la dirección sobre el grupo, requiere una voz de mando:

Con la cooperación de muchos obreros asalariados, el mando del capital se convierte en requisito indispensable del propio proceso de trabajo, en una verdadera condición material de la producción. Hoy, las órdenes del capitalista en la fábrica son algo tan indispensable como las órdenes del general en el campo de batalla. Todo trabajo directamente social o colectivo en gran escala, requiere en mayor o menor medida una dirección que establezca un enlace armónico entre las diversas actividades individuales y ejecute las funciones generales que brotan de los movimientos del organismo productivo total, a diferencia de los que realizan los órganos individuales. (Marx, 1999; 266-267).

Tal parece que la conformación y desarrollo de la fuerza social es algo que es ajeno al trabajador, esto es, dicha fuerza es algo inherente al proceso de producción capitalista, algo que se desarrolla en virtud del empleo que da el empresario a un grupo relativamente grande de obreros:

La cooperación entre obreros asalariados es, además, un simple resultado del capital que los emplea simultáneamente. La coordinación de sus funciones y su unidad como organismo productivo radican fuera de ellos, en el capital, que los reúne y mantiene en cohesión. Desde un punto de vista ideal, la coordinación de sus trabajos se les presenta a los obreros como plan; prácticamente, como la autoridad del capitalista, como el poder de una voluntad ajena que somete su actividad a los fines perseguidos por aquella. (Marx, 1999; 267).

Nuevamente encontramos en la lectura de Marx un paralelo con el ámbito castrense, en este caso, se presenta una similitud entre la dirección en la organización industrial y la comandancia del batallón. A medida que el aparato productivo crece, y se hace más complejo, se hace necesaria la fiscalización del empleo de los medios de producción, y del mismo proceso de trabajo; la función de vigilancia va adquiriendo relevancia⁴ (Marx, 1999; 267). Además, el aumento en la escala del personal obrero implica un aumento en la resistencia al dominio que ejerce el capital, es por ello que se hacen necesarios los esquemas de control y vigilancia al interior de la industria.

La función de fiscalización la desempeñará otro tipo de personal empleado para esta tarea. Con la complejidad que adquiere el aparato productivo, el empresario no sólo se exime del trabajo directo (o manual), además delega a otras personas la función de vigilar el proceso de trabajo. En la producción capitalista puede establecerse una similitud con el aparato militar, pues la complejidad de este aparato (el militar) también hace necesaria la función de vigilancia en cada espacio que lo compone. La organización industrial puede hacer referencia al campamento militar:

[Se] confía la función de vigilar directa y constantemente a los obreros aislados y a los grupos de obreros a una categoría especial de obreros asalariados. Lo mismo que los ejércitos militares, el ejército obrero puesto bajo el mando del mismo capital, reclama toda una serie de jefes (directores, gerentes, managers) y oficiales (inspectores, foremen, overlookers, capataces, contra maestres), que durante el proceso de trabajo llevan el mando en nombre del capital. La labor de alta dirección y vigilancia va reduciéndose a su función específica y exclusiva. [...] El alto mando sobre la industria se convierte en atributo del capital (Marx, 1999; 268).

La vigilancia se convierte en pieza interna del aparato de producción. Aquí, podemos concordar con Foucault en la relevancia que adquiere la vigilancia en el proceso de producción: la vigilancia es un operador económico (Foucault, 1976; 180). El crecimiento del aparato productivo requiere la función de vigilancia. Al igual que un campamento militar, al interior se ‘distribuye’ el poder en un esquema jerárquico; dicho esquema tiene una función de ejercicio de la vigilancia. Así, al introducir dicho esquema, se pueden contrarrestar los fenómenos surgidos de asociaciones horizontales entre el grupo de obreros que puedan afectar el buen desempeño continuo de la actividad productiva, y que por tanto, puedan atacar los intereses de los empresarios (el capital). El ejercicio de vigilancia guarda una relación estrecha con la producción de plusvalía. Es posible afirmar que al interior de la industria se conforma una suerte de campamento militar.

Vale la pena resaltar dos cosas con respecto a la conformación de la fuerza social de trabajo. En primer lugar, mencionábamos que lo que el empresario busca al emplear a un grupo grande de personas es el efecto productivo de los múltiples brazos puestos a trabajar en una tarea común. El empresario

⁴ Esta misma idea, la importancia que adquiere la vigilancia en el proceso de trabajo, como veremos, también se encuentra planteada en *Vigilar y Castigar* de Michel Foucault.

paga la fuerza de trabajo de manera individual (un salario por la jornada de un trabajador), pero la fuerza combinada (o social) no la paga (Marx, 1999; 268). Recordemos que el trabajo en grupo [coordinado] de un determinado número de personas tiene mayor efecto productivo que el trabajo aislado de ese mismo número de personas. El empresario hace una compra aislada de la fuerza individual, pero como tal, no compra la fuerza social, pues dicha fuerza (la social) la conforma al interior del proceso de producción.

En segundo lugar, la cooperación surge a partir de la coerción ejercida sobre un grupo amplio de personas. Dado que el obrero aislado se convierte en parte de un órgano del obrero colectivo al ser contratado por el empresario, podemos parafrasear a Marx afirmando que la fuerza social, al interior del proceso de producción, existe como modalidad del capital que los emplean, y por lo tanto, dicha fuerza social es fuerza productiva del capital (Marx, 1999; 269). El obrero desarrolla sus capacidades combinatorias al estar inserto en la maquinaria productiva, pero no antes de ser empleado por ésta:

Esta fuerza productiva social del trabajo se desarrolla gratuitamente tan pronto como los obreros se ven sujetos a determinadas condiciones, a que el capital los somete. Y como la fuerza productiva social del trabajo no le cuesta nada al capital, ya que, además, el obrero no la desarrolla antes de que su trabajo pertenezca al capitalista, parece a primera vista como si esa fuerza fuese una fuerza productiva inherente por naturaleza al capital, la fuerza productiva innata a éste. (Marx, 1999; 269).

Con el propósito de adquirir ganancias, al interior de la industria se desarrollan formas de sujeción sobre los individuos que entran a hacer parte de una ‘máquina’ productiva. En términos de Marx, el mando del capital sobre el trabajo no se explica exclusivamente por el carácter cooperativo que adquiere el trabajo⁵, sino por el control sobre la multiplicidad que requiere la producción capitalista, por el carácter antagónico del capital y el trabajo. La producción capitalista establece la subordinación del trabajador, “por su forma la dirección capitalista es una dirección despótica.” (Marx, 1999; 268).

2.1.3 El proceso de trabajo es absorbido por el capital

James Steuart en su libro *An inquiry into the principles of Political Economy* planteó que una de las causas por las cuales la ‘moderna’ manufactura absorbía a la industria privada⁶ es la cercanía que tiene el sistema productivo de finales del siglo XVIII al trabajo de los esclavos (Steuart, 1767; 168-169). Según esta idea, el régimen de manufactura guarda similitudes con la producción basada en esclavos. Incluso Marx trae a colación las colosales construcciones de los antiguos imperios asiáticos y asimismo las construcciones del imperio egipcio. Para la producción de las grandes obras de la

⁵ Al igual que una orquesta sinfónica o un ejército en el campo de batalla, la conformación de una fuerza colectiva requiere una voz de mando.

⁶ La industria privada (private industry), en la lectura de Steuart, se entiende como la producción en el sistema doméstico, o dicho de otra forma, la ‘pequeña industria’.

antigüedad “bastaba con el número de obreros congregados y con la concentración del esfuerzo.” (Marx, 1999; 269).

De la producción en la Antigüedad, y en concordancia con Marx, podemos resaltar que dichas obras de construcción se realizaron gracias a la acumulación de los medios para que el obrero reproduzca su fuerza de trabajo (medios de subsistencia), teniendo en cuenta que el factor preponderante empleado en la producción de la antigüedad era el trabajo. Por lo tanto, a primera vista, en la antigüedad se reúnen dos condiciones que hacen posible la moderna producción: La concentración de medios de producción en pocas manos⁷, y la reunión de un grupo amplio de personas en un mismo lugar. Tal parece que Steuart acierta en la semejanza que guarda el régimen de manufactura con el régimen de esclavos.

A diferencia de la antigüedad, en la modernidad no es el poder soberano el que ejerce coerción sobre los individuos a fin de extraer efectos productivos de la multiplicidad; no es el soberano quien explote el factor trabajo, en la modernidad este papel despótico lo desempeña el empresario: “En la sociedad moderna, este poder de los reyes asiáticos y egipcios o de los teócratas etruscos pasa al capitalista, ya actúe como capitalista aislado o como capitalista colectivo, en forma de sociedad anónima.” (Marx, 1999; 269).

Si es posible encontrar semejanzas significativas entre el sistema productivo de la antigüedad y el de la modernidad, es válido preguntarse qué diferencia la modernidad de la antigüedad. ¿En qué se diferencia entonces la producción capitalista de la producción fundamentada en el trabajo de los esclavos? Debemos recordar que la moderna manufactura debe su razón de ser a la adquisición de ganancias, y para ello, emplea a los obreros para la producción de mercancías. Esto es, la manufactura produce a una escala amplia objetos destinados al intercambio. Si bien los factores principales que permitieron la producción en la antigüedad fueron la conformación de grupos y la concentración de medios de producción, las grandes obras de la antigüedad no se destinaban al intercambio, la producción en la antigüedad tampoco pretendía la generación de ganancias, sólo la elaboración del valor de uso.

Además, Marx identifica otro tipo de diferencias entre las formas de producción que aquí comparamos: a diferencia de las formas de poder en la antigüedad, el proceso de producción capitalista presupone que los obreros son libres de vender su fuerza de trabajo al empresario (Marx, 1999; 270). Las formas de poder de la antigüedad se basaban en la apropiación de la persona, se podrían considerar como formas violentas de sujeción; a fin de obtener valores de uso, el poder se imponía con bastante

⁷ El soberano se podría entender como propietario de medios de producción.

peso sobre el trabajador. Por otra parte, el régimen de manufactura prescinde de la violencia al subordinar al individuo; podemos afirmar que el poder que requiere el proceso de producción capitalista se caracteriza por ser ‘ligero’.

Si bien el trabajador es libre de vender su fuerza de trabajo, dicha libertad queda anulada cuando es empleado en la manufactura, pues el trabajador entra en un esquema de coacción que desarrolla sus capacidades productivas aumentando el tiempo de trabajo excedente, y por tanto, acrecentando la plusvalía que adquiere el empresario. La libertad queda en un plano formal, mientras que la coacción se impone de facto en el proceso de producción. Sin embargo, el poder que se ejerce sobre los trabajadores no es ‘ligero’ por la libertad que él (el trabajador) tiene de vender su fuerza de trabajo, sino por las particularidades que presenta este poder.

Entre estas particularidades habíamos visto, por ejemplo, la designación de las funciones particulares de vigilancia sobre el proceso de trabajo. Se introduce un modelo jerárquico de poder en base a la designación de funciones de vigilancia. En términos de Marx, en la producción capitalista el régimen de despotismo no es directo, a diferencia del poder que se ejercía en el trabajo de los esclavos. El antagonismo entre el capital y el trabajo no se representa mediante un ‘enfrentamiento’ directo entre un poder que pretende reafirmarse y una fuerza que se le opone, en este antagonismo se pone en juego un conjunto de técnicas para emplear de manera eficaz a las multiplicidades.

Una de las técnicas que se ha puesto en marcha en el periodo manufacturero es la jornada de trabajo combinada, esto es, la conformación de una fuerza social que amplía los efectos productivos de la multiplicidad. La manufactura hace del trabajo un proceso social:

Por tanto, si el régimen capitalista de producción se nos presenta, de una parte, como una necesidad histórica para la transformación del proceso de trabajo en un proceso social, de otra parte esta forma social del proceso de trabajo aparece como un método empleado por el capital para explotarlo con más provecho, intensificando su fuerza productiva. (Marx, 1999; 270).

De esta manera, podemos notar que la composición de la fuerza social es un resultado de las relaciones de sujeción en el proceso de producción capitalista. En 1867 Marx reveló el carácter despótico del proceso de producción que inicia en el periodo manufacturero, *El Capital* nos muestra que los fines de lucro requieren formas de dominación sobre los individuos. Las formas de poder recurrentes en el orden productivo que se gesta a partir del siglo XVIII hacen del cuerpo una fuerza productiva. En el curso de este trabajo veremos en detalle cómo operan estas formas particulares de poder.

2.2 División del trabajo: entre los roles productivo y coactivo

En su libro *El Capital*, Karl Marx expone el sistema de cooperación simple como un método de producción que desarrolla las capacidades productivas de los trabajadores, y que por tanto, deriva en un aumento de la plusvalía relativa. La conformación de un grupo de trabajadores con arreglo a un propósito productivo puede ser entendida asimismo como un método de inserción de los individuos en un aparato que los subordina a los intereses privados de los directores de industria. En la conformación de las manufacturas en el transcurso del siglo XVIII la cooperación reviste un carácter capitalista, ya que la fuerza productiva social, que se ha conformado al interior de los aparatos productivos, “se presenta como fuerza productiva del capital” (Marx, 1999; 270).

¿Cómo es posible entonces el control sobre la multiplicidad? ¿Cómo puede subordinarse a un grupo de trabajadores a fin de que multipliquen la riqueza de un capital? Marx muestra que la explotación sobre las multiplicidades era una práctica productiva en sociedades pre-modernas; los antiguos soberanos concentraban en su haber los medios de subsistencia necesarios para emplear a una gran cantidad de individuos en una labor. En las sociedades modernas, plantea Marx, este poder pasa a los grandes empresarios (Marx, 1999; 269). El empresario concentra medios de producción, el trabajador sólo tiene su fuerza de trabajo, y así, podemos afirmar que él (el trabajador) queda atrapado en una relación de sujeción. En este sentido, el capital dispone de recursos humanos para producir; en concordancia con la situación de supeditación del trabajador, podemos parafrasear las palabras que Shakespeare pone en boca de Shylock en *El mercader de Venecia*: “You take my life when you do take the means whereby I live.”¹

El capital que reúne en su haber los medios de producción también es capaz de reunir a varios individuos en un mismo lugar. La reunión de un grupo de individuos que producen mercancías (y por tanto plusvalía para el empresario que los emplea) caracteriza el proceso de producción capitalista, y la cooperación [simple] está sobre la base de dicho proceso de producción. En el presente apartado veremos una forma particular de conformar ese obrero colectivo, la división del trabajo. La división del trabajo conforma las fuerzas productivas al interior del aparato productivo, pero además puede verse una división de las tareas productivas a nivel social, se presenta tanto en la producción manufacturera como en la producción de una nación.

¹ Shakespeare, *The Merchant of Venice*. Act 4, Scene 1.

En el pensamiento político y económico del siglo XVIII se elogia la división del trabajo, pues se considera su papel productivo en una sociedad. Sin embargo, la división del trabajo puede entenderse también como una forma de ‘encadenar’ (o fijar) al individuo al trabajo, tiene además un carácter coercitivo. Es esa doble dimensión de la división del trabajo la que nos proponemos tratar aquí. La división del trabajo es un método para acrecentar los efectos productivos de los individuos, pero también es un método para reproducir en ellos los efectos de poder. Para exponer ese doble papel, podemos recurrir a los elogios que, en el siglo XVIII, se hacían sobre la división del trabajo.

2.2.1 La división del trabajo como multiplicador de riquezas

Probablemente un antecedente [clásico] de la división de las labores en la sociedad puede encontrarse en los dos primeros libros de la *República* de Platón (Marx, 1999; 298). De la *República* puede inferirse que un Estado es producto de la división del trabajo, pues a fin de suplir las necesidades de los miembros de una comunidad se requieren productores (o artesanos) especializados en sus correspondientes talentos. Para Platón, la diferencia de talentos de los ciudadanos es la base de la división del trabajo, y por lo tanto, de la oferta de bienes necesarios en una sociedad. La división de las labores, por lo tanto, está en la base de un Estado:

Veamos ahora: ¿cómo satisfará un Estado la provisión de tales cosas? Para la primera; hará falta al menos un labrador; para la segunda, un constructor; y para la tercera, un tejedor. [...] Por ende, un Estado que satisfaga las necesidades mínimas constará de cuatro o cinco hombres. (Platón, *República* II, 369d).

En la *República* se señala la importancia económica que tiene la práctica de dividir las tareas [productivas] entre los miembros de una comunidad: “Por consiguiente, se producirán más cosas y mejor y más fácilmente si cada uno trabaja en el momento oportuno y acorde con sus aptitudes naturales, liberado de las demás ocupaciones.” (Platón, *República* II, 370c). Sin embargo, aunque Platón resalta la función productiva de la división del trabajo, el énfasis que se hace en los autores clásicos se centra en los valores de uso y en la calidad, los autores clásicos no tratan sobre el valor de cambio, el abaratamiento de las mercancías, o la ganancia (Marx, 1999; 298). Si nos concentramos, por ejemplo, en la lectura de la *República*, podemos notar que el problema que Platón pone sobre la mesa es la satisfacción de las necesidades; él pretende hacer una teoría del Estado, no una teoría del valor.

Podemos hacer un salto al siglo XVIII, en un contexto histórico en el cual se configura una ‘ética’ de la ganancia. En 1714 sale a la luz *La fábula de las abejas* de Bernard de Mandeville. En esta primera edición de la fábula se expone la idea de que los vicios privados son fuente de virtudes públicas, algo que va en contravía de la moral cristiana. Este libro suscitó una gran polémica, pues su contenido se planteó como una apología del egoísmo; Mandeville afirmaba que el progreso social es posible a partir de la realización de los intereses personales, incluso de la realización de aquellos

intereses más oscuros y egoístas. ¿Cómo sobrevivió este texto a una gran polémica constituyéndose en un referente de la filosofía moral? Este libro resuena en el pensamiento económico liberal, es una gran influencia para éste, pues se exponen dos temas clave en los cuales el pensamiento económico del siglo XVIII hace énfasis: la división del trabajo y la ‘mano invisible’².

Probablemente fue Mandeville quien acuñó en el siglo XVIII la noción de división del trabajo. En 1729 sale al público una segunda edición de *La fábula* en la cual se incluyen una serie de diálogos que se presentan como un modo particular de argumentar su moral individualista, esta serie de diálogos se conocen como la segunda parte de *La fábula*. En el sexto diálogo sus protagonistas, Cleómenes y Horacio, discuten sobre el origen de las letras, el lenguaje y su empleo en las leyes escritas (written laws). Cleómenes plantea que la división del trabajo³ es fundamental en el progreso de una sociedad, y por su parte, Horacio entiende y es persuadido por el argumento de su interlocutor; Horacio nota el papel productivo de la división del trabajo en una industria específica, la producción de relojes (Mandeville, 1924; 283-284).

Mandeville resalta así el papel productivo de la división del trabajo. Para el autor neerlandés, la división del trabajo es fuente de progreso social y agregación de riquezas. Casi medio siglo después, Adam Smith retoma el término ‘división del trabajo’ y lo sitúa en el análisis del proceso productivo de la sociedad. En su libro titulado *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Adam Smith inicia su planteamiento con el tema de la división del trabajo. Para Smith, la división del trabajo desarrolla las capacidades productivas del factor trabajo, y así, ella implica mayor producción en una sociedad. Basta con citar el primer párrafo del libro primero para observar cuál es, para Smith, el principal papel (y consecuencia) de este método productivo: “El progreso más importante en las facultades productivas del trabajo, y gran parte de la aptitud, destreza y sensatez con que éste se aplica o dirige, por doquier, parecen ser consecuencia de la división del trabajo.” (Smith, 1958; 7).

Dado que Smith se propone exponer cuáles son las causas de la riqueza de una nación, y teniendo en cuenta que su investigación parte de la división del trabajo, es posible afirmar que el filósofo escocés centra su atención en el factor trabajo como representante de la riqueza. En este sentido, Smith

²O el principio del orden a partir del desorden. El símil de la mano invisible establece que, partiendo de intereses personales, los individuos pueden llegar a resultados de nivel social que no estaban en sus intenciones o propósitos.

³A diferencia de autores anteriores a Mandeville, fue él quien introdujo la expresión ‘dividir el trabajo’ en la literatura moral y política: “No number of men, when once they enjoy quiet, and no man needs to fear his neighbour, will be long without learning to divide and subdivide their labour.” (Mandeville, 1924; 284). Por una parte, Cleómenes ejemplifica la división del trabajo a nivel social, mostrando que mientras ciertos miembros ejecutan una labor particular, la producción agregada crecerá. Por otra parte, Horacio ilustra la división del trabajo recurriendo al ejemplo de la fabricación de relojes, cada miembro de esta manufactura elabora una pieza del mecanismo global que constituye el reloj. Mientras Cleómenes expone su análisis a nivel social, Horacio muestra que el método de dividir el trabajo opera en cada instancia productiva, no sólo a nivel social.

se distancia de las corrientes tradicionales de pensamiento económico, es decir, de las ideas mercantilistas. La riqueza no proviene (exclusivamente) del excedente de la actividad comercial con otros pueblos, ni de la acumulación de metales, en cambio se identifica con el trabajo de los miembros que componen la nación:

El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume el país. Dicho fondo se integra siempre, o con el producto inmediato del trabajo, o con lo que mediante dicho producto se compra de otras naciones. (Smith, 1958; 3).

El trabajo de los individuos es el factor en que se fundamenta el proceso de producción, y es sobre el factor trabajo que versa el libro primero de *La riqueza de las naciones*⁴. Por lo tanto, es necesario incrementar las virtudes laborales de los individuos, proveer de técnicas que hagan crecer la potencia del trabajo, hacer eficientes a los individuos. La división del trabajo es esa técnica que hace crecer el producto del trabajo (Smith, 1958). Vale la pena resaltar que para Smith el proceso de producción es un proceso de carácter social, desarrollar la capacidad productiva de un individuo depende entonces de la inserción del individuo en una colectividad. La división del trabajo es la división de las tareas (o fases) que componen la producción de una mercancía.

Para ilustrar cómo opera la división del trabajo, Smith pone como ejemplo la producción de alfileres⁵. En esta industria, las operaciones que constituyen la producción del alfiler se distribuyen en proporción al número de obreros empleados en la manufactura:

Un obrero estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo va cortando en trozos iguales, un cuarto hace la punta, un quinto obrero está ocupado en limar el extremo donde se va a colocar la cabeza: a su vez la confección de la cabeza requiere dos o tres operaciones distintas [...] En fin, el importante trabajo de hacer un alfiler queda dividido de esta manera en unas dieciocho operaciones distintas (Smith, 1958; 8).

Al igual que Horacio en *La fábula de las abejas*, Adam Smith ilustra las virtudes de la división del trabajo al interior de la manufactura, de una industria particular. Basado en este ejemplo (producción de alfileres), Smith afirma que el efecto productivo de dividir las tareas que componen la producción de un objeto es similar en las demás manufacturas (Smith, 1958; 9). Se parte de los efectos productivos de la división del trabajo en la manufactura para afirmar que la existencia de diferentes oficios y artes en una sociedad son consecuencia de tales efectos. Esto es, la división del trabajo trasciende la manufactura, el proceso de producción es un proceso colectivo: “¿Cuántos y cuán diferentes oficios no se advierten en cada ramo de las manufacturas de lino y lana, desde los que

⁴ En la obra de Smith, se reconoce además que la riqueza depende a su vez del capital que emplea el trabajo. El factor capital es la temática del libro segundo.

⁵ Ejemplo clásico y paradigmático empleado por los autores de economía política para explicar la división del trabajo.

cultivan aquella planta o cuidan el vellón hasta los bataneros y blanqueadores, aprestadores y tintoreros?” (Smith, 1958; 9).

Una mercancía es también producto de varias industrias, una prenda de vestir es el producto conjunto de la industria lanera, de la industria textil, de las fábricas de botones etc., “la chamarra de lana que lleva el jornalero, es producto de la labor conjunta de muchísimos operarios” (Smith, 1958; 14). La chamarra recorre toda una serie de fases productivas que pueden no reunirse en un mismo taller, desde la extracción de la materia prima, pasando por la elaboración de los accesorios, el transporte de los productos parciales, hasta la costura y el diseño de los detalles del producto. A partir de una instancia productiva concreta, del producto de una manufactura, Smith advierte la división del trabajo a un nivel más general; desde la perspectiva de Horacio podemos comprender la visión de Cleómenes sobre aprender a dividir el trabajo en una sociedad.

La división del trabajo tiene efectos sobre la actividad de los hombres, a saber: el desarrollo de la pericia del trabajador, el ahorro de tiempo en el proceso de producción, y (aunque no menos importante) la invención de mecanismos físicos que hacen más sencilla la tarea parcial (Smith, 1958; 10-11). La división del trabajo consiste en asignar a cada individuo una función parcial, o bien podemos decir, en asignarle un lugar al individuo en el proceso de producción; la división del trabajo debe fijar al individuo al aparato productivo. Al asignarle al trabajador una función parcial de la producción, se le introduce en un proceso colectivo en el cual el ‘peso’ de la producción está distribuido entre los obreros, y el trabajador individual tiene a su cargo una parte de este ‘peso’. Así, una función parcial puede ser desarrollada con mayor pericia que si un solo individuo tuviera a su cargo la producción en conjunto, o tuviera que ‘cargar todo el peso’ de la producción.

Este aumento de la destreza de los trabajadores es el primer efecto que sobre el trabajador tiene la división del trabajo, el segundo efecto refiere al ahorro de tiempo. Si un trabajador tiene a su cargo más de una tarea, tiene que cambiar de instrumentos de trabajo y habituar sus movimientos a la nueva actividad (Smith, 1958; 12). Por otra parte, si un trabajador sólo se dedica a una labor particular, no tendrá que cambiar de instrumentos de trabajo y tendrá que realizar continuamente los movimientos que exige su única tarea. Por lo tanto, asignar una única labor a un trabajador implica el ejercicio continuo de una actividad, y por tanto, implica un ahorro de tiempo al no tener que cambiar de una actividad a otra.

Smith plantea que la división del trabajo puede suscitar el ‘genio inventivo’ del productor: “nos limitaremos a decir que la invención de las máquinas que facilitan y abrevian la tarea, parece tener su origen en la propia división del trabajo.” (Smith, 1958; 12). La invención de elementos mecánicos que facilitan la producción es el resultado de prescribirle un lugar en el proceso de producción al individuo,

pues cuando éste realiza una única actividad, centra toda su atención en su objeto y puede idearse métodos diversos para facilitar su labor:

El hombre adquiere una mayor aptitud para descubrir los métodos más idóneos y expeditos, a fin de alcanzar un propósito, cuando tiene puesta toda su atención en un objeto, que no cuando se distrae en una gran variedad de cosas. Debido a la división del trabajo toda su atención se concentra naturalmente en un solo y simple objeto. (Smith, 1958; 12).

Smith plantea que los mecanismos que se emplean en manufacturas donde se aplica la división del trabajo tienen su origen en los talleres de artesanos; además, Smith afirma que dichos mecanismos surgen de operaciones sencillas, surgen entonces del arte de dividir el trabajo (Smith, 1958; 12). Para ilustrar esta implicación (división del trabajo-ingenio inventivo) Smith pone como ejemplo el caso de un operario joven cuya función simple era la de abrir y cerrar la comunicación entre la caldera y el cilindro de transmisión de una máquina de vapor; a aquel joven se le ocurrió la idea de atar una cuerda a la válvula, de tal manera que pudiera abrirse y cerrarse por sí sola (Smith, 1958; 13).

Marx reconoce también que el empleo de maquinaria tuvo principio en el ejercicio de operaciones productivas parciales (Marx, 1999; 282). Sin embargo, para Marx la maquinaria es algo más complejo, que puede trascender las operaciones parciales de producción⁶. Según Marx, Smith confunde la maquinaria con la diferenciación de los instrumentos de trabajo (Marx, 1999; 283). Si bien el obrero puede encontrar métodos más eficientes para el ejercicio de su tarea, ello no implica el diseño de un aparato mecánico que transforme la materia prima, pero sí implica el diseño de instrumentos simples que se adaptan a la labor parcial (como la cuerda que abre y cierra la válvula).

Es posible afirmar que Smith es un buen referente en lo que respecta a resaltar el papel productivo de la división del trabajo. Smith pone como ejemplo la división de las tareas en la fábrica de alfileres para mostrar las virtudes de la división del trabajo, para mostrar que existe un aumento productivo si se asigna una tarea parcial a cada individuo. Luego, pone como ejemplo la chamarra de un artesano para mostrar que ésta es un producto social, esto es, es un producto de varias industrias, elaborado por varias manufacturas. Partiendo de la manufactura, podemos ver esta división operando en una sociedad.

Smith constituye nuestra referencia para exponer el papel productivo de la división del trabajo, sin embargo, también planteamos que la división del trabajo puede entenderse como técnica coercitiva, y en este respecto, Smith no parece darnos las claves del papel coercitivo de la división del trabajo. Incluso podemos afirmar que Smith oculta el rol coercitivo de esta técnica productiva. La división del trabajo, en tanto que distribución de los individuos en el proceso de producción, versa sobre el control

⁶ Para un análisis interesante sobre la introducción de la maquinaria en el proceso de producción capitalista, podemos recurrir a la lectura del capítulo XIII de *El Capital*: "Maquinaria y gran industria".

de una multitud. Más que una distribución de las tareas, la división del trabajo es una distribución de los individuos, es un ordenamiento de las multiplicidades.

El filósofo escocés plantea que la división del trabajo es consecuencia de la tendencia del hombre a intercambiar. La división del trabajo es el resultado de algo que reside en la naturaleza humana: la propensión al cambio (Smith, 1958; 16). Por lo tanto, para Smith el motivo de la división del trabajo debe buscarse en la naturaleza humana. En este sentido, Smith no dice cosa alguna en relación a la coerción que supone un aumento de la producción.

Según Smith, la división del trabajo “no es en su origen efecto de la sabiduría humana, que prevé y se propone alcanzar aquella general opulencia que de él se deriva.” (Smith, 1958; 16). Esto es, en *La investigación* de Smith la división del trabajo no se sitúa en los efectos de una regulación consciente que pretende derivar de ella el máximo de utilidad. La división del trabajo no es entonces un medio de poner orden, no proviene de un acto del Estado (del soberano), pero tampoco de las instancias que agrupan en su interior una multitud de individuos. Nuevamente, el carácter coercitivo del orden productivo que emerge con las manufacturas queda oculto en la obra paradigmática de la moderna ciencia económica⁷.

Para Adam Smith la división del trabajo es determinada, fuertemente suscitada y limitada por el mercado, el ámbito del intercambio de mercancías. Líneas atrás mencionábamos que, según Smith, la división del trabajo surge a partir de la propensión al cambio que tienen las personas. De acuerdo con la premisa de la propensión humana al cambio, Smith plantea que si el mercado es muy pequeño nadie se anima a dedicarse a la realización de una tarea parcial (Smith, 1958; 20); esto es, la división del trabajo está determinada por la extensión del mercado. No obstante, y de acuerdo con otro planteamiento, “no es el cambio el que crea la diferencia entre las varias órbitas de producción; lo que hace el cambio es relacionar estas órbitas distintas las unas de las otras; convirtiéndolas así en ramas de una producción global de la sociedad unidas por lazos más o menos estrechos de interdependencia” (Marx, 1999; 286).

Si bien Marx es consciente del papel de la esfera del intercambio en el desarrollo de la división [social] del trabajo (Marx, 1999; 286), de ahí no se puede inferir, a mi juicio, una tendencia al cambio que sólo se encuentra en el hombre como lo plantea Smith. Posteriormente veremos que el arte de separar las actividades y distribuir a los individuos en aquellas es un arte desarrollado al interior de varias instancias que reúnen multiplicidades⁸ (de individuos); podemos afirmar, de esta manera, que la división del trabajo puede entenderse como un arte del control de las multitudes. En este sentido, la

⁷ Tal vez esto puede explicar por qué la cuestión del poder es casi nula en los análisis sobre la riqueza. Nuestro propósito es mostrar que el ejercicio del poder es central (incluso fundamental) en la producción de riquezas. La producción supone el control de las multitudes.

⁸ Por ejemplo, al interior de la institución castrense, a fin de conformar una fuerza de ataque, se distribuye a los individuos en función de sus aptitudes y destrezas. Asimismo se conforman jerarquías en esta institución que reúne en su interior a varios sujetos.

distribución en base a las diferencias individuales es un método que no sólo ha sido empleado al interior de las manufacturas, y tal vez dicha distribución no es el resultado de una tendencia humana⁹. La división del trabajo en la sociedad también puede verse desarrollada en virtud de la división del trabajo al interior de la manufactura (Marx, 1999; 287).

Siguiendo con la lectura de Smith, la inclinación humana al cambio se halla fomentada por el egoísmo (Smith, 1958; 17). Cada persona, siguiendo su propio interés, nota que dedicándose a una actividad productiva parcial le reporta más ventaja que elaborando individualmente un producto en conjunto. De acuerdo con esto, Smith halla en el egoísmo el motor que impulsa la división del trabajo, y con ésta, el incremento de la producción. El egoísmo implica resultados sociales óptimos, partiendo de intereses privados se implican virtudes públicas que no estaban en los propósitos de los agentes sociales.

Esta visión sobre la producción de las riquezas estaba ya planteada en *La fábula de las abejas*, en las primeras décadas del siglo XVIII. La influencia de Mandeville en el pensamiento moral de Smith no sólo es determinante, podemos afirmar además que Smith transcribe al tratado lo que Mandeville había planteado en forma poética y dialógica. Las virtudes productivas de la división del trabajo fueron planteadas en una fábula cuya moraleja constituye un manifiesto en defensa del egoísmo; las ventajas de dividir el trabajo se derivan entonces de la defensa de ‘sentimientos antisociales’ a los que dando rienda suelta, tienen consecuencias sociales.

Casi un siglo después, en su crítica dirigida a la economía política clásica, Marx nota que Adam Smith no agrega nada nuevo en lo que respecta a la división del trabajo, al igual que los pensadores políticos del período manufacturero, Smith se limita a resaltar el papel productivo de la división del trabajo (Marx, 1999; 283). Al buscar la causa de la división del trabajo (la cual implica prosperidad pública al desarrollar las facultades productivas del trabajo) en la naturaleza humana, podemos ver que Smith ha parafraseado a Mandeville. Por lo tanto, podemos concordar con Marx en que Smith no ha planteado algo nuevo en lo que respecta a la división del trabajo¹⁰.

No centramos aquí nuestra atención en la naturaleza humana. Smith nos da la clave para dar cuenta de la relevancia productiva que tiene el distribuir individuos conforme a las aptitudes individuales que los diferencia. Smith puede ayudarnos a entender asimismo el papel productivo de la multitud, y cómo ésta puede conformar una fuerza productiva capaz de realizar intereses privados. Sin embargo, la subordinación del trabajador es algo que no se encuentra en la *Investigación* de Smith. Situar un ‘sentimiento’ inherentemente humano como motivo de la división del trabajo equivale a

⁹ O por lo menos, no de una tendencia humana al intercambio.

¹⁰ Y así, el trasfondo moral de las ideas de libre mercado lo podemos adjudicar a Mandeville.

situar una propensión humana a la destrucción (u otra razón egoísta) como motivo de la táctica militar. En la lectura de *La riqueza de las naciones* podemos encontrar valores de cambio y la importancia de la plusvalía (algo que no se encontraba en la lectura de autores clásicos), pero como mencionábamos anteriormente, el carácter coercitivo del aparato de producción es algo que se oculta en la lectura de Smith¹¹.

2.2.2 La subordinación del individuo en el moderno aparato productivo

Hemos visto, a partir de la lectura de Smith, el rol productivo que juega la división del trabajo. Corresponde en este punto tratar ese papel coercitivo de esta técnica que desarrolla las capacidades productivas del individuo¹², y para tal efecto podemos referirnos a la conformación de las manufacturas. Hemos dicho anteriormente que el proceso de producción capitalista empieza cuando un empresario (o capital), que concentra en su haber los medios de producción, emplea a una multitud de individuos para que produzcan mercancías (Marx, 1999; 259). En el proceso de producción capitalista el trabajo tiene la potencia para lanzar al mercado una gran escala de mercancías. En este sentido, la producción de valores de cambio requiere, en principio, la reunión de un grupo amplio de individuos en un mismo lugar.

El inicio del proceso de producción capitalista implicó un cambio en la forma de producir artículos. En este cambio podemos notar asimismo una conformación de un poder en virtud de la propiedad sobre los medios de producción, se trata de un poder con la potencia de subordinar a grupos amplios de individuos. El paso de los medios de producción del maestro artesano al empresario (que puede eximirse de participar directamente en el trabajo) implicó la subordinación de los individuos en un proceso de producción cuya magnitud se amplía.

Ubicando el comienzo del proceso de producción capitalista en la concentración de los medios de producción por parte del empresario, y del empleo de una multitud de individuos por parte de éste, podemos afirmar que la formación de manufacturas es ese punto histórico en que la ética del plusvalor

¹¹ Otra manera de ver cómo Smith oculta el carácter coercitivo de la división del trabajo es cuando se subraya la importancia del transporte marítimo en la ampliación del mercado; se pone como ejemplo el comercio entre Londres y Calcuta. Smith afirma que “estas dos ciudades mantienen en la actualidad [1776] un comercio muy activo, y procurándose mutuos mercados, fomentan de una manera extraordinaria las economías respectivas.” (Smith, 1958; 21). Probablemente Smith ignoraba que los territorios de la India en el siglo XVIII se constituían como enclaves económicos de varios imperios europeos (entre ellos la corona británica), esto es, sólo se fomentaba la abundancia de Londres a costa de fijar a Calcuta como productor de ‘commodities’ (materias primas), a costa de fijar a Calcuta como territorio extractivo. Basado en la diferencia de aptitudes productivas entre ambos territorios, el economista defensor del libre mercado argumentará que el trabajo productivo (a nivel global) puede distribuirse en base a dichas aptitudes, correspondiéndole a Calcuta la producción de materias primas, y a Londres la producción de bienes manufacturados; esto es, esgrimirá su argumento apelando a la división del trabajo. Sin embargo, este argumento oculta que dicha división del trabajo es un método impuesto por un poder colonial, y que tiene por objeto producir ganancias para unos cuantos mediante la subordinación de otros. No nos centraremos en el poder colonial, pero sí en el poder que se conforma al interior de las manufacturas, que en apariencia opera de manera similar: La producción de las riquezas del empresario en virtud de fijar al trabajador a un proceso productivo parcial.

¹² Esta técnica productiva puede entenderse también como una técnica coercitiva.

se constituye como el móvil del empleo (y generalización) de métodos que revolucionan el proceso de producción, esto es, de métodos que impulsan la producción en una escala mayor. Este proceso de conformación de las manufacturas se desarrolla entre los siglos XVII y XVIII, y la división del trabajo es el método que se configura al interior de la industria ‘moderna’ a fin de aumentar la producción, y con ella la plusvalía; las manufacturas revolucionan el proceso de producción.

De acuerdo con Marx, la manufactura surgió de dos maneras (Marx, 1999; 272). Un modo en que surgió la manufactura es en la reunión de varios talleres artesanos bajo el mando del mismo capital. Esto es, la combinación de varios talleres elabora un producto conjunto. Para ilustrar este tipo de origen, Marx pone como ejemplo la manufactura de coches, en la cual intervienen costureros, latoneros, pintores, etc., es decir, reúne en principio varios talleres independientes. Sin embargo, en esta manufactura que surge con la reunión de varios oficios surge un cambio, se configura la división del trabajo:

El sastre, el cerrajero, el latonero, etc., consagrados exclusivamente a trabajar en la fabricación de coches, van perdiendo poco a poco el hábito y la capacidad para desempeñar su oficio en toda su extensión. Por otra parte, su trabajo parcial brinda ahora la forma más adecuada para una órbita restringida de acción. (Marx, 1999; 272).

En principio, la manufactura es la reunión de varios oficiales de diferente tipo (costureros, cerrajeros, etc.) quienes tienen a su cargo la elaboración de sus respectivos productos en toda su extensión y el producto conjunto de la manufactura es la combinación de los productos de los oficiales. Luego, las fases que integran la fabricación de ese producto conjunto se redistribuyen, ya no en talleres independientes, pero sí en tareas parciales desempeñadas por cada obrero. Aquí, a diferencia de las fases por taller, el obrero no elabora un producto particular (no hace los tapices, o las llantas, o el chasis etc.), éste realiza una tarea específica (jalar el alambre, martillar, ensamblar piezas simples, etc.).

La segunda manera de surgimiento de la manufactura que identifica Marx consiste en un ‘camino inverso’. Es decir, no se parte de la reunión de varios talleres independientes, o dicho de otro modo, no se parte de la reunión de varios oficiales que elaboran un tipo distinto de producto. La manufactura también puede surgir “cuando el mismo capital reúne simultáneamente en el mismo taller a muchos oficiales que ejecutan el mismo trabajo o un trabajo análogo” (Marx, 1999; 273). Cada uno de los oficiales, reunidos en un mismo lugar, elabora un producto en toda su extensión, encargándose de todas las fases necesarias en su fabricación.

El principio de la segunda vía de surgimiento consiste en reunir a varios productores de artículos, donde la suma de los productos individuales define la producción de la manufactura. Sin embargo, aquí también se da lugar a una transformación: a fin de aumentar la producción de la manufactura, las tareas que constituían la producción del artículo (y que estaban a cargo de cada oficial en su totalidad) se

desglosan, y se distribuyen entre los diversos individuos que son empleados. Para ilustrar este tipo de conformación de la manufactura, Marx trae a colación la producción de agujas¹³: la producción de la aguja puede ser descompuesta en 20 operaciones, y si en un principio se emplea a una multitud de tal manera que cada individuo realizara las 20 operaciones, la transformación productiva prescribe a cada individuo la realización de una de esas 20 operaciones (Marx, 1999; 273).

Estas dos formas de conformar una manufactura tienen un principio distinto pero una transformación común: la implantación de la división del trabajo. La conformación de la manufactura puede entenderse como la transformación del artesano en trabajador. En principio se reúnen artesanos que producen un artículo, y luego se le asigna una sola de las tareas que componen la producción del artículo. La manufactura puede tener orígenes distintos pero derivan en una transformación común:

[D]e una parte la manufactura lleva la división del trabajo a un proceso de producción antes homogéneo, o la desarrolla; de otra parte, combina oficios hasta entonces separados. Pero, cualquiera que sea su punto especial de partida, su forma final es siempre la misma: la de un mecanismo de producción cuyos órganos son hombres. (Marx, 1999; 274).

La manufactura es ese mecanismo productivo que opera sobre la base de la división del trabajo, distribuyendo individuos en tareas parciales. El individuo pasa a ser una pieza de ese mecanismo productivo. Podemos notar que la manufactura se constituye en un aparato de distribución de individuos. A fin de producir plusvalía para el capital que los emplea, la manufactura supone un modo de organización sobre la multiplicidad, supone el establecimiento de un orden. Al absorber el sistema gremial (el artesanado), transforma los elementos que en principio la conforman, esto es, la manufactura produce trabajadores. La manufactura puede entenderse entonces como un lugar histórico de transformación, pues al antiguo artesano, habituado a unas condiciones y hábitos de trabajo, se le prescriben unas nuevas actividades cuando se lo fija a una tarea parcial al aplicarse la división del trabajo; se lo transforma en obrero.

Marx también señala el papel productivo de la división del trabajo afirmando que el obrero, fijado en la ejecución de una función parcial en la producción, reproduce el valor de su fuerza de trabajo en menos tiempo que el artesano que ejecuta todas las operaciones que componen la producción de un objeto (Marx, 1999; 274). Esto implica un aumento en el tiempo de trabajo excedente, lo cual se traduce en producción de plusvalía relativa. El obrero produce más en menos tiempo, lo que quiere decir que sus capacidades productivas se desarrollan; la productividad del factor trabajo aumenta. Por

¹³ “El fabricante gremial de agujas de Nuremberg es el elemento básico de la manufactura inglesa de agujas.” (Marx, 1999; 273). Esto es, el modelo de producción de agujas de Nuremberg es un modelo de producción artesanal, cada oficial elabora la aguja en su totalidad. Mientras que en Inglaterra la aguja se fabrica por tareas parciales que cada trabajador tiene a su cargo. Si en Nuremberg un individuo tenía a cargo la realización de todas las tareas que componen la producción de la aguja, en Inglaterra un individuo tiene a cargo sólo una de esas tareas.

lo tanto, podemos afirmar que la división del trabajo es un método que aumenta los efectos productivos del individuo y de la multiplicidad. Gracias a la división del trabajo, podemos decir que la manufactura crea individuos útiles (para la realización de intereses privados): “La manufactura crea, en efecto, el virtuosismo del obrero especializado, reproduciendo y llevando a sus últimos límites, de un modo sistemático, en el interior del taller, la diferenciación elemental de las industrias con que se encuentra en la sociedad.” (Marx, 1999; 275).

Al igual que Smith, Marx señala que la división del trabajo hace más rentable el empleo del tiempo (Marx, 1999; 276). Esto es, el obrero, a diferencia del artesano, no ha de cambiar de instrumentos ni de actividades, pues al interior de la manufactura el obrero no cambia de una operación a otra, lo cual se traduce en más producción en un espacio dado de tiempo. En palabras de Marx, se cubren los poros temporales que suponía el paso de una actividad a otra por parte del artesano. De esta manera, la organización industrial sobre la base de la división del trabajo implica un aumento de la productividad del factor trabajo: “Aquí, la mayor productividad se debe, bien al mayor gasto de fuerza de trabajo en un espacio de tiempo dado, es decir, a la mayor intensidad del trabajo, bien a la disminución del empleo improductivo de fuerza de trabajo.” (Marx, 1999; 276).

Por otra parte, vale la pena mencionar que la diferenciación de las tareas implica asimismo la diferenciación de los instrumentos de trabajo. Al igual que el obrero, los instrumentos de trabajo también se adecuan a las tareas específicas de cada fase productiva. Smith planteaba que la división del trabajo estimula el genio inventivo del trabajador dando paso así a la invención de maquinaria. Sin embargo, Marx advierte que no es el diseño de máquinas lo que se implica directamente a partir de la diferenciación de las tareas, sino la adecuación del instrumento de trabajo a una tarea particular; por lo tanto, Smith confunde la invención de la maquinaria con la diferenciación de los instrumentos de trabajo (Marx, 1999; 283). Líneas atrás mencionamos que el obrero puede encontrar métodos para facilitar el ejercicio de su labor parcial, se puede adaptar su instrumento a su labor, pero de ahí no se sigue la invención de la maquinaria.

Es importante mencionar la diferenciación de los instrumentos de trabajo porque Marx reconoce que el rendimiento del trabajo no sólo depende de las virtudes productivas del individuo, también depende del perfeccionamiento de su instrumento (Marx, 1999; 276). Si el instrumento se adapta a la tarea del obrero, de ahí puede seguirse más eficacia en la producción, más facilidad en la ejecución de una tarea, lo cual implica mayor productividad; he ahí la importancia del desarrollo de los instrumentos de trabajo en el rendimiento del factor trabajo. Un instrumento perfeccionado implica producir más en menos tiempo, lo que puede derivar en un aumento de la plusvalía.

Podemos notar que la manufactura, que se basa en el trabajo de hombres, articula al obrero con su herramienta¹⁴. A pesar de que el empresario concentra los medios de producción, los trabajadores se ligan a ellos desplegando la potencia productiva que requiere la producción de plusvalía. Como mencionábamos, los individuos, al interior de la manufactura, se convierten en las piezas clave del aparato de producción que se conforma en el siglo XVIII¹⁵. Sin embargo, la manufactura también requiere una óptima calidad de las herramientas, y de esta manera la manufactura se constituye en un mecanismo productivo compuesto por hombres y herramientas: “El obrero especializado y su herramienta forman los elementos simples de la manufactura.” (Marx, 1999; 277).

De acuerdo con Marx, la manufactura es un mecanismo de conjunto. Podemos afirmar que la base de la manufactura es la división del trabajo: originada en la absorción del artesanado por parte del capital, la manufactura establece un orden de diferenciación de las tareas; sobre esta diferenciación se constituye una manufactura. Para Marx, este orden se presenta de dos formas: “Unas veces, el objeto fabricado está compuesto por un conjunto puramente mecánico de productos parciales independientes; otras veces, es el resultado de una serie sucesiva de manipulaciones y procesos enlazados entre sí.” (Marx, 1999; 277).

Esto es, la manufactura puede ser heterogénea o puede ser orgánica. Una manufactura heterogénea puede ilustrarse a través del ejemplo que trae a colación Horacio en *La fábula de las abejas*: la industria relojera. El reloj fue, antes del período manufacturero, un producto de los artesanos de Nuremberg, fue un producto individual del artesano al que luego su producción se dividió en varias tareas (Marx, 1999; 277). El reloj es, bajo el orden de la manufactura, un producto social de varios obreros dedicados a la elaboración de sus piezas. La manufactura del reloj puede entenderse como un mecanismo de producción de piezas que luego se ensamblan¹⁶. El reloj es una unidad mecánica de piezas. Puede decirse que la elaboración de cada pieza constituye una operación de la producción relojera; la última fase de producción la tiene a cargo el ‘repasser’, quien se encarga de ensamblar las

¹⁴ La relación dinámica entre el trabajador y la herramienta, puede entenderse como articulación cuerpo-objeto. La articulación cuerpo-objeto es tratada por Foucault (1976) como una técnica del control de la actividad. Podemos mencionar que no sólo en la manufactura se produce esa articulación (el obrero enlazado con su instrumento de trabajo), también se conforma al interior de la institución castrense, cuando al soldado se le instruye en el manejo del fusil. Foucault trae a colación este ejemplo en su libro *Vigilar y Castigar*. Al igual que la manufactura, el batallón produce sujetos útiles. Viendo esta similitud entre los ámbitos productivo y castrense, podemos mencionar que en las instancias que reúnen individuos en su interior se opera un haz de técnicas que hacen posible la transformación de individuos. Se opera una producción de un sujeto útil y controlable.

¹⁵ O en palabras de Marx, el período manufacturero.

¹⁶ Vale la pena aclarar que no debe confundirse la manufactura heterogénea con la reunión de varios artesanos de diverso tipo en un mismo taller. La primera es una forma de manufactura, la segunda refiere a uno de los orígenes de la manufactura. En el primer caso (manufactura heterogénea), los individuos no elaboran productos, elaboran piezas simples que conforman una unidad (esferas, piñones, etc.), en la reunión de artesanos, los artesanos sí elaboran un producto específico (sillas, espejos, cristales, etc.).

piezas para formar la unidad producida. El productor de una unidad mecánica de piezas se define como manufactura heterogénea¹⁷.

Por otra parte, la manufactura orgánica, según Marx, es la forma más perfecta de manufactura (Marx, 1999; 278). En esta forma de manufactura, el artículo producido es el resultado de una serie gradual de procesos. La manufactura orgánica transforma la materia prima a través de las fases que se siguen una a otra en el proceso de producción. El ejemplo planteado por Marx para ilustrar esta forma de manufactura es la producción de agujas: siendo la materia prima el alambre, éste recorre una serie de operaciones seguidas hasta adquirir su forma final; el alambre se estira, se temple, se corta, se aguza, etc.

La manufactura tiene un origen doble, puede presentarse de formas distintas, pero lo que caracteriza a la manufactura es el principio que la constituye: la división del trabajo. Al establecerse la división del trabajo en la manufactura, se hace uso de una multitud de individuos para la producción de un artículo, esto quiere decir que a diferencia del orden del artesanado, los artículos son elaborados por varias manos: el producto es un producto social. Si bien la manufactura en un principio se formó a partir de la reunión de varios artesanos, el producto de la manufactura no debe confundirse con la suma de productos individuales. El producto manufacturero es un producto combinado, no un producto agregado.

De esta manera, podemos considerar que la manufactura configura unas condiciones de trabajo en la cuales inserta a los trabajadores. La manufactura absorbe y transforma la producción artesanal, revoluciona el proceso de producción. La manufactura inserta al individuo en una relación de tipo instrumental:

[L]a manufactura no se limita a recoger y continuar las condiciones de la cooperación tal y como las encuentra, sino que en parte las crea desglosando el trabajo artesanal. Por otra parte, si consigue esta organización social del proceso de trabajo, es a costa de encadenar siempre al mismo obrero a la ejecución del mismo detalle. (Marx, 1999; 279-280).

Se establece un vínculo coercitivo sobre el individuo. El orden sobre la producción que se impone en la manufactura implica una regulación de las actividades al interior de la manufactura. Basado en la lectura de obras clásicas de economía política, Marx plantea que la concentración de un número cada vez mayor y diverso de individuos, y el mayor desglosamiento de las tareas hace necesario el establecimiento de una regularidad, uniformidad, hace necesaria la reglamentación (Marx, 1999; 280).

¹⁷ Otros ejemplos de manufactura heterogénea pueden ser la producción de bicicletas, o la producción de motores a vapor, o en general, casi cualquier producto que implique la fase de ensamblaje.

La manufactura, en el período de su conformación, produjo mercancías en una escala sin precedente, y con ellas, produjo ganancias. Se puede pensar que la manufactura constituyó esa gran invención que determinó la economía en los últimos dos siglos. El efecto positivo en la economía pudo lograrse gracias a la conformación de un orden productivo que se impone sobre los individuos, de la formación estratégica de una fuerza productiva colectiva. Esta fuerza productiva que se conforma al interior de la manufactura se apoya en la diferenciación de los individuos en base a sus aptitudes y en su distribución en el espacio de la producción:

La maquinaria específica del período de la manufactura es, desde luego, el mismo obrero colectivo, producto de la combinación de muchos obreros parciales. Las diversas operaciones que ejecuta por turno el productor de una mercancía y que se articulan y enlazan en el conjunto de su proceso de trabajo, exigen de él diversas actividades. [...] Una vez que estas diversas operaciones se desglosan, se aíslan y adquieren independencia, los obreros se distribuyen, clasifican y agrupan con arreglo a sus cualidades predominantes. Sus dotes naturales son la base en que descansa la división del trabajo; luego, la manufactura, una vez implantada, se encarga de desarrollar fuerzas de trabajo aptas solamente, por naturaleza, para una función específica y concreta. (Marx, 1999; 283).

De la anterior cita, podemos observar la incidencia de la manufactura en el individuo. Como se planteaba en la *República* de Platón, la diferencia en las aptitudes productivas es fundamental para el establecimiento de un orden económico que tenga como propósito la dotación de bienes necesarios para un Estado. Dicho orden basado en las diferencias individuales se implanta en la manufactura, pero en contraste con el planteamiento de Platón, el propósito de la manufactura no es la dotación de los bienes del Estado, es la valorización del capital, la producción de excedente, o en otros términos, la ganancia económica.

La manufactura da empleo a esas diferencias individuales, las hace útiles. Al interior de la manufactura, el individuo es diferenciado, distribuido y fijado; en suma, se le prescribe un lugar en el aparato productivo. Es posible afirmar que en virtud de la división del trabajo, la manufactura conforma individuos, incide sobre ellos, los determina. Las tareas productivas parciales exigen diferentes tipos de habilidades o aptitudes. Es posible afirmar de esta manera que la manufactura prescribe movimientos específicos sobre los individuos, ejerce un control sobre su actividad.

Con base en esas diferencias individuales, la manufactura no sólo distribuye a los individuos en diferentes operaciones productivas, también establece jerarquías entre los mismos trabajadores (Marx, 1999; 284). La división del trabajo, principio de la manufactura, no sólo tiene un valor productivo, también tiene una importancia a la hora de ejercer control sobre sus elementos. En la manufactura, las relaciones de sujeción no sólo se reducen a la relación con la autoridad del empresario (capital),

también se crean agentes e instancias ‘reducidas’ de poder; además de asignar funciones de inspección y vigilancia, compone una organización jerárquica entre los individuos que aloja¹⁸.

Al interior de la manufactura, Marx identifica además una diferenciación binaria: obreros especializados y peones (Marx, 1999; 284). De acuerdo con Marx, en la manufactura se crea ese tipo especial de obreros (peones) cuya característica principal es su escasa capacitación, y el ejercicio de tareas productivas en las que no se requiere una destreza compleja. Esa ausencia de capacitación se torna útil para la manufactura. Además de dividir las tareas, la manufactura clasifica a los individuos¹⁹: “La escala jerárquica del trabajo se combina con la división pura y simple de los obreros en obreros especializados y peones.” (Marx, 1999; 284).

Vale la pena mencionar que la división del trabajo no es un método productivo exclusivo de las manufacturas, ésta técnica va más allá del ámbito industrial, también se la puede encontrar operando en la sociedad. Esta idea de la división del trabajo en la sociedad fue ya planteada por Mandeville, quien le daba una importancia vital a la aplicación de esta técnica en la sociedad (Mandeville, 1924; 284). Una de las formas en que puede notarse la división de las tareas productivas en la sociedad es a través de la separación entre el campo y la ciudad, sin embargo, la división del trabajo en la sociedad no se reduce a esa diferenciación binaria. Para Marx, hay una relación entre la división del trabajo en la manufactura y la división del trabajo en la sociedad (Marx, 1999; 285).

Dado que el proceso de producción capitalista en la sociedad requiere la reunión de varios individuos a fin de realizar un propósito productivo, la producción general de la sociedad también requiere una reunión de individuos. La diferenciación en la sociedad parte de la aglomeración urbana:

Así como la división del trabajo dentro de la manufactura presupone, en el aspecto material, la existencia de un cierto número de obreros empleados simultáneamente, la división del trabajo dentro de la sociedad presupone una cierta magnitud y densidad de población, que aquí sustituyen a la aglomeración de operarios dentro del mismo taller. (Marx, 1999; 286-287).

De este modo, la producción capitalista adquiere unas dimensiones sociales. No obstante, si la formación de la manufactura requiere además la acumulación de los medios de producción en manos de un empresario, en la producción social capitalista la propiedad sobre los medios de producción se concentra en una minoría de individuos. Esto plantea un problema, pues si en la manufactura la autoridad la ejerce el empresario, a nivel social impera una ‘anarquía’ de la producción: Al interior de la manufactura se establece una regulación, pero en la esfera del intercambio se encuentran múltiples intereses que pueden oponerse (Marx, 1999; 290).

¹⁸ En el planteamiento de Michel Foucault en *Vigilar y Castigar*, esa jerarquía de trabajadores corresponde a la idea de rango.

¹⁹ Esta clasificación de los individuos puede verse también en el sistema de clasificación honorífica de las escuelas militares (Foucault, 1976; 186-187). En este sistema clasificatorio que Foucault trae a colación, se opera una diferenciación binaria y jerárquica: las clases ‘buenas’ y la clase vergonzosa (*Ibidem.*).

La división manufacturera del trabajo y la división social del trabajo guardan una relación recíproca: la división de las tareas al interior del taller exige cierto grado de madurez en la división del trabajo dentro de la sociedad, y a su vez la división social del trabajo puede verse moldeada por la división manufacturera del trabajo (Marx, 1999; 287). A nivel social, una manufactura puede verse como un proveedor de un bien necesario, o también puede verse como un proveedor de insumos para otras manufacturas; esto es, las manufacturas pueden verse como fases productivas. Para ilustrar esto, Marx pone como ejemplo las transformaciones materiales que sigue el cuero en diferentes industrias²⁰: “el ganadero produce pieles, el curtidor las convierte en cuero y el zapatero en botas.” (Marx, 1999; 288).

En este sentido, Marx encuentra una diferencia sustancial entre las divisiones social y manufacturera: lo que relaciona las diferentes industrias, formando una producción social, es el mercado. Esto es, mientras que en la manufactura el producto de las diferentes fases de producción es un producto parcial, en la sociedad los productos que se relacionan en un proceso son mercancías (Marx, 1999; 289). El intercambio relaciona las diferentes manufacturas, las cuales pueden ser vistas como fases de un proceso de producción en la sociedad, pero a diferencia de la manufactura, el resultado de estas fases es una mercancía.

La división del trabajo trasciende la manufactura y puede verse en la sociedad a través de la diferenciación de los diferentes sectores productivos (rural, industrial, etc.). Y no sólo advertimos su presencia a nivel social, también podemos advertirla en otros lugares²¹, sin embargo, el objetivo de Marx no es el análisis de esta técnica distributiva en otras instancias, pero podemos afirmar que este autor nos da las claves para ver la división del trabajo como una técnica de sujeción sobre las multiplicidades:

No vamos a investigar aquí en detalle cómo este régimen [división del trabajo] se adueña no sólo de la órbita económica, sino de todas las demás esferas de la sociedad, echando en todas partes los cimientos para ese desarrollo de las especialidades y los especialistas, para esa parcelación del hombre que hacía exclamar ya a Ferguson, el maestro de A. Smith: ‘Estamos creando una nación de ilotas; no existe entre nosotros un solo hombre libre’. (Marx, 1999; 288).

Las diversas instancias productivas de la sociedad pueden relacionarse mediante el intercambio, mientras que en la manufactura el proceso de producción es regulado (Marx, 1999; 290). Ciertamente las técnicas que distribuyen y fijan a los individuos surgieron no sólo en la industria, toda instancia que pretenda tener un control sobre las multiplicidades debe diferenciar su espacio y prescribir un lugar a

²⁰ También tiene valor explicativo de la división social del trabajo el ejemplo de la chamarra que pone Smith en el capítulo con que inicia su obra. Smith muestra que una chamarra es un producto de varias industrias (Smith, 1958; 14), por lo tanto, cada manufactura puede verse como una fase productiva en la elaboración de la chamarra.

²¹ En ejércitos, escuelas, etc. Posteriormente se profundizará en el carácter coercitivo de las técnicas de diferenciación, distribución, clasificación, jerarquización.

los individuos. En lo que respecta a la distribución de individuos en la manufactura, Marx plantea que la división del trabajo (en la manufactura) surge a partir del carácter capitalista de la producción: “la división manufacturera del trabajo constituye una creación peculiar y específica del régimen capitalista de producción.” (Marx, 1999; 292).

Hemos mencionado que la manufactura, en tanto que aparato coercitivo, no sólo subordina al trabajador directamente a la autoridad del capital, en su interior se configura un aparataje que lo determina; jerarquías, clasificaciones, incluso la vigilancia²² juega un papel a la hora de conformar el orden productivo y sus elementos:

La verdadera manufactura no sólo somete a obreros antes independientes al mando y a la disciplina del capital, sino que, además, crea una jerarquía entre los propios obreros. Mientras que la cooperación simple deja intacto, en general, el modo de trabajar de cada obrero, la manufactura lo revoluciona desde los cimientos hasta el remate y muerde en la raíz de la fuerza de trabajo individual. (Marx, 1999; 293).

Es posible afirmar que la manufactura es un punto histórico de transformación de las fuerzas productivas. Al revolucionar el proceso de trabajo, se desarrollan unas fuerzas productivas que responden a los intereses del capital, la producción de plus-valor. Las fuerzas productivas se conforman al interior de la manufactura, se crean fuerzas que se adaptan a las funciones parciales que se han desglosado en el taller. La fuerza de trabajo individual es también un producto de la manufactura, lo que quiere decir que el individuo está determinado por la división del trabajo; se produce un individuo profundamente ligado al aparato de producción:

[La fuerza de trabajo individual] Ya sólo funciona articulada con un mecanismo al que únicamente puede incorporarse después de vendida, en el taller del capitalista. [...] el obrero manufacturero sólo puede desarrollar una actividad productiva como parte accesoria del taller capitalista. El pueblo elegido llevaba escrito en la frente que era propiedad de Jehová; la división del trabajo estampa en la frente del obrero manufacturero la marca de su propietario: el capital. (Marx, 1999; 294).

Entre los muros del taller la individualidad es conformada, el individuo es quien debe adaptarse al proceso de producción, al ritmo de la producción en gran escala. La manufactura ha diseñado una serie de medidas que tienden a mejorar el empleo de tiempo, obtener en un determinado espacio temporal mayores efectos productivos. Al ejecutar la misma operación en toda su jornada de trabajo, se genera un aumento productivo derivado de una mayor intensidad del trabajo, de una disminución de los valles (poros) improductivos u ociosos²³ que se generaban cuando el artesano cambiaba de una actividad a otra (Marx, 1999; 276). Esto es, en la manufactura se desarrollan técnicas que crean individuos útiles. Esta instancia local (la manufactura) puede disminuir las fricciones que suponen el

²² Habíamos visto al tratar el tema de la plusvalía relativa que al crecer el aparato productivo, la vigilancia, asignada a un conjunto especial de individuos, cumplía una función productiva.

²³ En su libro *Vigilar y Castigar*, Michel Foucault encuentra el principio de no ociosidad o intensificación del trabajo en las órdenes religiosas. Para este autor, dichas órdenes son maestras del empleo del tiempo, del ritmo y de la regulación de la actividad (Foucault, 1976; 154).

control de una multiplicidad (la hace obediente), y al mismo tiempo puede incrementar las capacidades productivas de ésta; fija una multiplicidad y la hace útil.

La división del trabajo, de la cual se derivan los efectos productivos de la manufactura, no sólo tiene importancia para la producción de plusvalía, también vale como método de control, de fijación de una multiplicidad a los lugares que prescribe la división del trabajo. La manufactura crea una ‘nueva’ fuerza productiva social, pero además establece una organización sobre el trabajo [social] (Marx, 1999; 297).

La división del trabajo puede verse como un método que “crea nuevas condiciones para que el capital domine sobre el trabajo.” (Marx, 1999; 297). Considero que debe subrayarse el término ‘nuevas condiciones’, pues estas palabras nos pueden dar la clave para entender cómo se transforman las relaciones de sujeción sobre los individuos en el proceso de producción capitalista. De esta manera, es posible afirmar que Marx, a diferencia de los autores de la tradición clásica de la economía política, revela el carácter coercitivo de la división del trabajo.

Como veremos, en efecto las condiciones para la subordinación de los individuos son otras, la relación de subordinación al interior de la manufactura no se reduce al ejercicio de la autoridad directa del capital sobre el trabajo. No se trata de un poder que despliega todo su peso sobre el individuo, o de una relación directa de autoridad, el carácter coercitivo de la división del trabajo versa sobre un poder que controla cada aspecto del individuo, un poder que lo conforma y lo determina como órgano de un mecanismo. Así, la lectura de *El Capital* es importante a la hora de señalar no sólo la dimensión productiva de la división del trabajo, sino también su rol coercitivo:

[La división del trabajo] Crea nuevas condiciones para que el capital domine sobre el trabajo. Por tanto, aunque por un lado represente un progreso histórico y una etapa necesaria en el proceso económico de formación de la sociedad, por otro lado es un medio de explotación civilizada y refinada. (Marx, 1999; 297).

2.2.3 Consideraciones preliminares sobre las tecnologías de poder (II)

Con base en la lectura de *El Capital*, hemos dicho que el proceso de producción capitalista se origina con la reunión de una multitud de individuos, empleados por un empresario, trabajando en común en un mismo lugar (Marx, 1999; 259). Este carácter capitalista del proceso de producción se establece en la conformación de las manufacturas, y en este sentido, las primeras manufacturas son testigo del surgimiento y desarrollo de la producción capitalista. El paso del taller del artesano a la manufactura es la referencia para poder hablar de un sistema capitalista de producción.

Por otra parte, podemos afirmar que el paso del sistema gremial al sistema manufacturero implica el paso de la producción individual a la producción social. Mientras el artesano en su taller producía el artículo en toda su extensión y por tanto se ocupaba de todas las operaciones que componen el

producto, el obrero en la manufactura tiene a su cargo sólo una fase del proceso de producción y el cuerpo obrero en conjunto elabora el producto. Teniendo en cuenta lo anterior, podemos decir que el artesano es un productor individual y el obrero es un productor parcial, por lo tanto, la manufactura elabora un producto social. El carácter social que reviste el producto caracteriza el proceso de producción capitalista.

De esta manera, el sistema de producción capitalista también puede entenderse como el paso del producto individual al producto social. El sistema de producción capitalista versa sobre el trabajo de muchos individuos, por lo tanto, este sistema requiere maneras para hacer a la multitud más eficiente. La división del trabajo es ese método que aplica la manufactura para el desarrollo de la capacidad productiva del factor trabajo. La división del trabajo tiene una importancia productiva.

Debemos tener en cuenta que la manufactura, mediante la división del trabajo, no sólo configura una fuerza social, también conforma las fuerzas individuales, prescribe actividades y tareas a cada individuo; dicho en otros términos, determina individualidades. El individuo es conformado por ese orden que, en la organización industrial, impone la división del trabajo. En virtud de la división del trabajo, la manufactura produce un individuo que se articula y se fija al aparato de producción, se produce un individuo que es pieza de un mecanismo colectivo de producción a gran escala.

La conformación del aparato productivo implicó asimismo una elaboración de nuevas condiciones para la explotación, para hacer uso de las multitudes. El individuo es quien se adapta al aparato, quien es conformado por éste; el proceso de producción no se ajusta al individuo, es él (el individuo) quien se adapta al proceso, es determinado por la manufactura, es transformado en trabajador:

Nota común a toda producción capitalista, considerada no sólo como proceso de trabajo, sino también como proceso de explotación del capital, es que, lejos de ser el obrero quien maneja las condiciones de trabajo, son éstas las que le manejan a él (Marx, 1999; 350).

En efecto, Marx afirma que la explotación de los hombres en el proceso capitalista de producción es una acción ‘refinada’ (Marx, 1999; 297). Si bien Stuart encuentra similitudes entre el trabajo de los esclavos y el trabajo en la moderna manufactura, el sistema capitalista prescinde de los métodos directos, fastuosos, pesados, e incluso violentos del ejercicio del poder de antaño. Puede afirmarse que la manufactura aplica métodos ligeros, refinados. El látigo ya no es el principal medio de hacer uso de los individuos, la manufactura crea condiciones más atenuadas para reproducir efectos de poder entre los individuos:

La supeditación técnica del obrero a la marcha uniforme del instrumento de trabajo y la composición característica del organismo de trabajo, formado por individuos de ambos sexos y diversas edades, crean una disciplina cuartelaria, que se desarrolla hasta integrar el régimen fabril perfecto, dando vuelos al trabajo de vigilancia a que nos hemos referido atrás y, por tanto, a la división de los obreros en obreros manuales y

capataces obreros, en soldados rasos y suboficiales del ejército de la industria. [...] El código fabril en que el capital formula, privadamente y por su propio fuero, el poder autocrático sobre sus obreros, [...] es la caricatura capitalista de la reglamentación social del proceso de trabajo, reglamentación que se hace necesaria al implantarse la cooperación en gran escala [...] El látigo del capataz de esclavos deja el puesto al reglamento penal del vigilante. (Marx, 1999; 350-351).

Como vemos, en la lectura de *El Capital* encontramos una referencia al ámbito castrense. Ciertamente la manufactura y el batallón tienen puntos en común en lo que a técnicas de control sobre la multitud respecta. Hay una analogía entre estas dos instituciones, la cual puede también encontrarse en otros lugares²⁴. En los ámbitos castrense e industrial se conforma una fuerza social en su interior, y asimismo se conforma la fuerza individual de cada elemento (que compone la fuerza social), se moldea un individuo. Podemos afirmar que lo que asemeja el cuartel con el taller es la presencia de un esquema de poder que incide en los aspectos y características de lo individual. Al interior de varios lugares es posible encontrar técnicas que puedan determinar al individuo.

Hemos visto que la manufactura además distribuye las fuerzas. La división del trabajo debe verse como un método para distribuir y fijar individuos, para prescribirles un lugar y una actividad. Foucault plantea que es posible encontrar técnicas de ejercer control en varios lugares, dichas técnicas han sido generalizadas en el mismo contexto histórico en que se da vía libre al desarrollo del aparato de producción que aquí estudiamos. Si bien es posible notar similitudes sustanciales entre varias instancias que reúnen multiplicidades, considero que Foucault va mucho más allá de Marx al plantear que los métodos de la conformación de fuerzas en el ámbito castrense han sido proyectados a la industria (Foucault, 1976; 224). Esto es, el pensador de Poitiers plantea que las técnicas de poder que se han configurado en otros lugares pueden aplicarse a la esfera productiva.

Podemos trasladarnos al siglo XX, donde Foucault revela una genealogía de los modernos esquemas de control refinado sobre las multiplicidades. Y en concordancia con Marx, este filósofo del siglo XX (Foucault) también resalta el papel coercitivo de los métodos que desarrollan las capacidades productivas del individuo: coerción y producción guardan una estrecha relación. En la industria es posible encontrar claramente la inversión productiva de los métodos de control sobre la multiplicidad:

A un nivel menos general, las mutaciones tecnológicas del aparato de producción, la división del trabajo y la elaboración de los procedimientos disciplinarios han mantenido un conjunto de relaciones muy estrechas. Cada uno de los dos ha hecho al otro posible, y necesario; cada uno de los dos ha servido de modelo al otro. La pirámide disciplinaria ha constituido la pequeña célula de poder en el interior de la cual la separación, la coordinación y el control de las tareas han sido impuestos y hechos eficaces; y el reticulado analítico del tiempo, de los gestos, de las fuerzas de los cuerpos, ha constituido un esquema operatorio que se ha podido fácilmente transferir de los grupos que someter a los mecanismos de la producción; la proyección masiva de los

²⁴ Foucault plantea que, en efecto, es posible encontrar analogías en varios lugares, esto es, aquellos lugares que asilan una multitud de individuos presentan similitudes: "¿Puede extrañar que la prisión se asemeje a las fábricas, a las escuelas, a los cuarteles, a los hospitales, todos los cuales se asemejan a las prisiones?" (Foucault, 1976; 230).

métodos militares sobre la organización industrial ha sido un ejemplo de este modelado de la división del trabajo a partir de esquemas de poder. (Foucault, 1976; 224).

Llegados a este punto, considero que hay que poner de relieve el problema de la dominación más allá del acaparamiento de los medios de producción por parte de los empresarios. Teniendo en cuenta que el proceso de producción capitalista supone la propiedad privada de medios de producción en pocas manos, la relación capital-trabajo puede parecer una relación de dominación directa. Incluso puede parecer que Marx pone esa relación de sujeción al mismo nivel de los poderes soberanos de la antigüedad cuando afirma que el poder de explotación sobre las multitudes pasa del monarca al capitalista (Marx, 1999; 269). Sin embargo, lo que hemos intentado mostrar a lo largo de este trabajo es que en el orden productivo hay una serie de métodos de dominación que van más allá de los conflictos [directos] entre el capital y el trabajo.

Se trata de una serie de técnicas que se concretizan en lugares que alojan multiplicidades, técnicas que tienen la potencia de conformar fuerzas individuales. Esto es, el poder sobre los individuos se configura al interior del aparato productivo, tal vez no debe buscarse en el espíritu de la burguesía (que con su capital hace posible la existencia de las manufacturas), sino en esos lugares donde el poder cobra una existencia física o material. En concordancia con Foucault, el poder debe captarse en esas instancias donde puede percibirse su ejercicio, más allá de una figura central que detenta autoridad:

[S]e trata de captar el poder en sus extremos, en sus últimos lineamientos, donde se vuelve capilar; es decir: tomar el poder en sus formas y sus instituciones más regionales, más locales, sobre todo donde ese poder, al desbordar las reglas del derecho que lo organizan y lo delimitan, se prolonga, por consiguiente, más allá de ellas, se inviste de unas instituciones, cobra cuerpo en unas técnicas y se da instrumentos materiales de intervención, eventualmente incluso violentos. (Foucault, 2000; 36).

La manufactura, y en general los espacios de orden productivo, pueden considerarse instancias locales donde se ejerce dominación, donde ésta puede prolongarse más allá del derecho que intenta limitarla. Es posible afirmar entonces que la manufactura es una de esas instancias concretas donde puede captarse el ejercicio del sometimiento. Son estas instancias las que forman al individuo. De acuerdo con Foucault, el problema por el poder no pasa por preguntarse cómo aparece el soberano, sino cómo se forman los súbditos (Foucault, 2000; 37). Dado que el sujeto del poder se conforma en el espacio donde el derecho no permea, el problema del poder debe verse en esos espacios particulares, preguntarse cómo opera y de qué técnicas se vale, dicho problema no debe buscarse en el 'edificio jurídico' que se construye centrándose en la soberanía (Foucault, 2000; 36-37).

En este sentido, es posible afirmar que la división del trabajo es una forma en que se ve operar la coerción, debe verse como una técnica productora de fuerzas. Por lo tanto, el individuo tampoco debe buscarse en el campo del derecho, pues el derecho (y en general la filosofía moral del siglo XVIII)

concibe al individuo como un ‘átomo disperso’ que se asocia a otros, como el centro a partir del cual se explican las relaciones sociales. De hecho, tal vez el individuo no está sobre la base de las instituciones sociales, éste (el individuo) es producto de la sujeción. La individualidad, por tanto, debe buscarse en las relaciones de poder que se ponen en juego a partir del periodo manufacturero:

En realidad, uno de los efectos primeros del poder es precisamente hacer que un cuerpo, unos gestos, unos discursos, unos deseos, se identifiquen y constituyan como individuos. Vale decir que el individuo no es quien está enfrente del poder; es, creo, uno de sus efectos primeros. El individuo es un efecto del poder y, al mismo tiempo, en la medida misma en que lo es, es su relevo: el poder transita por el individuo que ha constituido. (Foucault, 2000; 38).

Concebir el poder como algo que está presente y funcionando en el proceso de trabajo implica no hacer un análisis descendente del poder. Esto es, no se trata de analizar cómo el poder se prolonga desde una autoridad central hasta las bases de la sociedad. Se trata, por el contrario, de hacer un análisis ascendente, partir de los propios mecanismos de poder que se han operado en varios lugares, y de preguntarse cómo estos han podido generalizarse (Foucault, 2000; 39). La división del trabajo constituye uno de esos mecanismos de poder que ha sido conformado en la manufactura, y tal vez perfeccionado asimismo basándose en otro conjunto de técnicas que se encuentran en otros lugares²⁵.

Las técnicas de control a las que se refiere Foucault son técnicas que reportan cierta ventaja para los aparatos que las emplean. Según Foucault, si partimos del estudio de esos mecanismos locales, y mostramos su ventaja, se puede comprender cómo estos resultaron por ser generalizados:

Si nos aferramos a esas técnicas de poder, si partimos de ellas y mostramos la ganancia económica o las utilidades políticas que producen, en cierto contexto y por ciertas razones, podremos comprender, efectivamente, cómo esos mecanismos terminan por formar parte del conjunto. [...] La burguesía no se interesa en los locos, sino en el poder que se ejerce sobre ellos; no se interesa en la sexualidad del niño, sino en el sistema de poder que controla esa sexualidad. (Foucault, 2000; 41).

En otras palabras, la clase económica dominante, la burguesía, no considera que ciertos grupos de personas deban reprimirse, lo que llama su atención es ese haz de técnicas de dominación, pues le reportan ventajas. Traducido esto a los términos del análisis económico, la división del trabajo representa ese sistema coercitivo que le permite realizar su interés (el de la burguesía), la producción de plusvalía. Debe observarse cómo opera la división del trabajo, en tanto método de control y productor de ganancias, para entender por qué la manufactura se organiza en base a este método.

De acuerdo con Foucault, el análisis sobre el poder debe hacerse al margen del *Leviatán*, esto es, al margen de la teoría de la soberanía o del Estado, en cambio, debe hacerse desde el campo en que la dominación se ejerce de facto (Foucault, 2000; 42). Al lado del surgimiento de una sociedad de tipo

²⁵ Como los cuarteles.

industrial, de la conformación de las manufacturas, de la expansión de los mercados, de la consolidación de los fines de lucro, surgen unas nuevas formas de ejercicio del poder.

A los nuevos métodos de producción corresponden nuevos métodos de poder. De hecho, hemos hecho énfasis en que la división del trabajo plantea un nuevo empleo productivo de la multiplicidad, y también un nuevo método de control sobre ésta. En lo que Marx llama el periodo manufacturero, surgen formas de dominación que a su vez son formas de producción. Surge una forma política que no se corresponde con las formas del poder soberano:

Ahora bien, entre los siglos XVII y XVIII se produjo un fenómeno importante: la aparición –habría que decir invención- de una nueva mecánica de poder, que tiene procedimientos muy particulares, instrumentos completamente novedosos, un aparato muy diferente y que, creo, es absolutamente incompatible con las relaciones de soberanía. [...] Creo que este nuevo tipo de poder que, por lo tanto, ya no puede transcribirse de ningún modo en los términos de la soberanía es una de las grandes invenciones de la sociedad burguesa. Fue uno de los instrumentos fundamentales de la introducción del capitalismo industrial y del tipo de sociedad que le es correlativa. Ese poder no soberano, ajeno, por consiguiente, a la forma de la soberanía, es el poder disciplinario. (Foucault, 2000; 43-44).

Sobre el poder disciplinario ahondaremos posteriormente. Estudiar el poder disciplinario implica apartarse del modelo del *Leviatán*. El análisis que haremos del poder intentará partir de los mecanismos efectivos del ejercicio del poder, de lo que llamaremos las instituciones disciplinarias. Por lo tanto, no se tratará de esas formas directas de poder, de la relación directa autoridad-súbdito. En palabras de Foucault, no trataremos de deducir el internamiento del loco a partir del establecimiento de la burguesía como clase dominante en el siglo XVIII. Trataremos de hacer un análisis ascendente, trataremos de ver por qué esas nuevas formas de poder que aparecen en los siglos XVII y XVIII (las disciplinas) se han convertido en formas generales de dominación.

3. Las modernas formas de poder

3.1 La conformación de las fuerzas productivas a través de la generalización de las disciplinas: la anatomía política

Michel Foucault examina la cuestión del poder disciplinario en su texto *Vigilar y Castigar*. En este texto trata la noción de cuerpos dóciles. Es sabido que, en dicha obra, Foucault introduce elementos de tipo histórico en su análisis sobre el surgimiento de la prisión. En este caso, el de la disciplina, enfoca su atención en sucesos del siglo XVIII. El siglo XVIII será testigo de la multiplicación de las instituciones disciplinarias.

Este apartado centra su atención en la producción de cuerpos dóciles. Es interesante notar que al introducirse en la cuestión del poder disciplinario, el autor de *Vigilar y castigar* menciona muy poco (casi que de manera nula) su objeto de análisis, esto es, la institución punitiva. Pero se señalan algunos ejemplos de cómo opera la disciplina en otra serie de instituciones (Foucault, 1976; 142). Esto puede dar cuenta del papel central que juega el poder disciplinario en la sociedad moderna.

A fin de observar en la producción de (lo que Foucault llama) cuerpos dóciles la conformación de las fuerzas productivas, desarrollaré en este apartado los siguientes puntos: mencionaré algunas premisas, el nacimiento del hombre disciplinado, las técnicas de la distribución, las técnicas del control de la actividad y del tiempo, la fuerza combinatoria, y por último, el papel de la anatomía política en la sociedad burguesa.

3.1.1 El poder como tecnología

Previamente a tratar la noción de anatomía política expuesta por Foucault, considero importante mencionar algunas premisas a tener en cuenta:

- a. La disciplina no es algo nuevo: Algunas de las técnicas del poder disciplinario pueden encontrarse operando antes del siglo XVII en los conventos. Tal vez lo novedoso ha sido el llevar ese conjunto de hábitos al cuerpo social, esto es, la generalización y la aplicación de técnicas de poder que operan a nivel individual en las sociedades que se gestan a partir de un fenómeno demográfico característico en los siglos XVII y XVIII: La aglomeración urbana, la formación de grandes ciudades¹. Los procedimientos disciplinarios se pueden encontrar en conventos, cuarteles y talleres desde tiempo atrás, pero las disciplinas se convertirán, en el

¹ En la introducción al capítulo sobre los cuerpos dóciles, Foucault plantea que lo nuevo en la generalización de las técnicas disciplinarias puede verse a través de tres elementos: la escala, el objeto y la modalidad (Foucault, 1976; 140-141). Se inscribe coerción sobre el cuerpo de manera sutil, constante y dando prioridad a la eficiencia.

- transcurso de los siglos XVII y XVIII, en las formas generales de dominación (Foucault, 1976; 141). Lo nuevo reside en el uso técnico-político que se hace de estos procedimientos.
- b. La disciplina refiere a una serie de técnicas [políticas], no a una institución: Si bien es posible encontrar instituciones de carácter disciplinario como los cuarteles, las manufacturas, los hospitales, etc., la disciplina no se entiende como una institución. No se entiende como una organización fundamental del Estado. Las modernas formas de poder no deben identificarse con el aparato del Estado. La disciplina es una técnica que transforma cuerpos, los hace obedientes y útiles. Es una técnica que disocia las fuerzas del cuerpo, pues incrementa su fuerza en términos económicos (de utilidad), pero la disminuye en términos políticos (de obediencia).
 - c. El poder disciplinario es un poder que opera sobre el individuo. Esto es, las disciplinas operan imponiendo hábitos y coerciones a nivel individual. Se individualiza la fuerza de trabajo. El poder disciplinario conforma (y transforma) el sujeto, “de una informe pasta, de un cuerpo inepto, se ha hecho la máquina que se necesitaba” (Foucault, 1976; 139). De esta manera, el sujeto disciplinado se entiende como un producto, “algo que se fabrica”. Un ejemplo que puede mencionarse es la escuela, pues ésta, en tanto que institución disciplinaria, tiene un efecto [transformador] en la conducta del estudiante. En suma, el poder es individualizante.

3.1.2 El sujeto disciplinado

Foucault trae a colación un cuadro comparativo entre la figura del soldado del siglo XVII y la figura de éste en el siglo XVIII. La figura del soldado del siglo XVII puede evocarnos la figura de Don Quijote, alguien de “brazos largos, piernas flacas y pies secos” que tiene dominio de la lanza. El soldado del siglo XVIII, en cambio, se asemeja a un autómatas, alguien que ha adquirido una serie de hábitos sobre sus movimientos, alguien cuyo cuerpo se ha adecuado; nos evoca, tal vez, la figura de un soldado a cuerda, esos clásicos juguetes como sacados del taller de Gepetto.

¿Qué debemos resaltar de este cuadro comparativo? Los signos que caracterizan al soldado del siglo XVII obedecen a una retórica corporal del honor (Foucault, 1976; 139), mientras que los signos que se encuentran en el soldado del siglo XVIII son signos que han sido adquiridos en un proceso de transformación sobre su cuerpo y sus movimientos: “[D]e una informe pasta, de un cuerpo inepto, se ha hecho la máquina que se necesitaba; se han corregido poco a poco las posturas [...]” (Foucault, 1976; 139). En otros términos, el soldado del siglo XVIII es un producto, “algo que se fabrica”. Al igual que el soldado a cuerda, es una persona que ha adquirido movimientos que obedecen a ciertos controles. Esta descripción del soldado del siglo XVIII nos da una idea del hombre disciplinado.

Este hombre disciplinado del que nos habla Foucault, es un hombre sobre cuyo cuerpo se inscriben relaciones de poder, un hombre que es susceptible de ser utilizado. A pesar de la robustez que caracteriza a la figura del soldado, éste es un hombre de ‘cuerpo dócil’:

L'Homme-machine de La Mettrie es a la vez una reducción materialista del alma y una teoría general de la educación, en el centro de las cuales domina la noción de ‘docilidad’ que une al cuerpo analizable el cuerpo manipulable. Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado. Los famosos autómatas, por su parte, no eran únicamente una manera de ilustrar el organismo; eran también unos muñecos políticos, unos modelos reducidos de poder. (Foucault, 1976; 140).

Teniendo en cuenta el cuadro comparativo de las individualidades bélicas, podemos decir que el objeto que se pretende controlar no son ya los signos, son las fuerzas. Si bien en momentos anteriores a los siglos XVII y XVIII ha habido relaciones de poder que se inscriben sobre el cuerpo, cabe preguntarse qué es novedoso en este tipo de relaciones disciplinarias (Foucault, 1976; 140). Es cierto que los sistemas de disciplinas ya operaban en conventos y cuarteles desde tiempo atrás, sin embargo, Foucault plantea que las disciplinas se convertirán, en el curso de los siglos XVII y XVIII, en las formas generales en que se ejercerá la dominación (Foucault, 1976; 141). Este periodo será el que generalice las disciplinas como forma de poder. El poder disciplinario juega un papel fundamental en los sucesos de transformación política y económica del siglo XVIII. Es válido preguntarse en qué consiste el poder disciplinario, a qué se hace referencia cuando se habla de disciplinas: “A estos métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad, es a lo que se puede llamar ‘disciplinas’.” (Foucault, 1976; 141).

En relación con los cuerpos, estas formas de dominación se diferencian de otras formas que se han desarrollado en momentos anteriores al siglo XVIII. Las disciplinas no establecen una relación de apropiación sobre el cuerpo, tampoco una dominación ilimitada o desproporcional (‘caprichosa’); tampoco hacen referencia a retóricas corporales. Como mencionamos líneas atrás, el poder disciplinario pretende un dominio sobre las fuerzas, y para esto, su ejercicio suscita su desarrollo, no lo limita como lo hacía la espada. Esto diferencia a estos modernos sistemas de subordinación de los anteriores, como la esclavitud, la domesticidad o el vasallaje (Foucault, 1976; 141).

Teniendo en cuenta qué diferencia las disciplinas de otras formas de coerción sobre el cuerpo que se han dado anteriormente, es posible afirmar que en los albores de lo que llamamos ‘modernidad’ se desarrolla el momento histórico de las disciplinas, cuando se forma un ‘arte del cuerpo’ que establece una relación de sujeción. Surge una ‘anatomía política’:

Fórmase entonces una política de las coerciones que constituyen un trabajo sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, de sus gestos, de sus comportamientos. El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone. Una ‘anatomía política’, que es igualmente una ‘mecánica del poder’, está naciendo; define cómo se puede hacer presa en el cuerpo de los

demás, no simplemente para que ellos hagan lo que se desea, sino para que operen como se quiere, con las técnicas, según la rapidez y la eficacia que se determina. La disciplina fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos 'dóciles'. (Foucault, 1976; 141-142).

Es importante notar que, en esta relación obediencia-utilidad, las disciplinas aumentan una capacidad (o una serie de capacidades) en el cuerpo, pero a costa de su sujeción a los intereses que lo controlan. La anatomía política plantea el aumento de las facultades productivas de los individuos. Las disciplinas disocian las fuerzas del cuerpo, lo hacen más fuerte en términos económicos (utilidad), pero menos fuerte en términos políticos (obediencia) (Foucault, 1976; 142).

El arte del poder sobre el cuerpo, la 'anatomía política', no surgió como un descubrimiento único, se debe entender como una multiplicidad de técnicas que surgen en diferentes lugares, que convergen y se superponen unos con otros, "y dibujan poco a poco el diseño de un método general" (Foucault, 1976; 142). Anteriormente habíamos mencionado que la sociedad moderna podía entenderse como un archipiélago de poderes diferentes: "El poder no opera en un solo lugar, sino en lugares múltiples" (Foucault, 1999; 68). El análisis que Foucault hace sobre el poder no pretende hacer la historia de cada una de las instituciones disciplinarias, sólo ilustrar cómo operan las técnicas de dominio que se han generalizado. Dichas técnicas son minuciosas, y se han implantado políticamente en el cuerpo, definiendo lo que se denomina una 'microfísica del poder' (Foucault, 1976; 142).

En palabras de Foucault, el poder disciplinario versa sobre ardidés minuciosos que se han generalizado de tal manera que cubren (casi completamente) el cuerpo social (Foucault, 1976; 142). Este tipo de coerciones opera en los 'pequeños detalles' de la existencia. Sin embargo, tal vez no debemos detenernos tanto en el detalle, pero sí buscar en esos pequeños ardidés una precaución: "situarlos no sólo en la solidaridad de un funcionamiento, sino en la coherencia de una táctica." (Foucault, 1976; 143).

Esta atención en los detalles es importante tenerla en cuenta en el análisis del surgimiento del hombre disciplinado, a través de los detalles se revela el sentido del poder disciplinario. En el siglo XVIII se da un desarrollo interesante en la historia del detalle, se difunde el poder sobre el detalle y, lo que resulta aún más interesante, se advierte en las prácticas de este poder una suerte de mecánica. En palabras de Foucault:

[U]na historia del Detalle en el siglo XVIII, colocada bajo el signo de Juan Bautista de La Salle, rozando a Leibniz y a Buffon, pasando por Federico II, atravesando la pedagogía, la medicina, la táctica militar y la economía, debería conducir al hombre que había soñado, a fines del siglo, ser un nuevo Newton, no ya el de las inmensidades del cielo o de las masas planetarias, sino de los 'pequeños cuerpos', de los pequeños movimientos, de las pequeñas acciones (Foucault, 1976; 144).

Teniendo en cuenta la generalización de las relaciones de poder sobre el cuerpo, ejercidas mediante las minucias, con sutileza y constancia, el siglo XVIII atestiguará el surgimiento de un nuevo

hombre subordinado. Un nuevo hombre que se subordina ya no ‘toscamente’, sino a través de los detalles. En las relaciones cotidianas del individuo se advierte el ejercicio del poder. En este sentido, la producción de cuerpos dóciles se realiza en lugares que suele frecuentar el individuo (hospitales, cuarteles, escuelas, fábricas, etc.). La conformación de las fuerzas productivas pasa por varias técnicas de dominio.

3.1.3 La distribución de individuos

La distribución de los individuos a través del espacio es un primer factor a tener en cuenta a la hora de analizar el ejercicio del poder. Los individuos ocupan un lugar en un espacio disciplinario (que asimismo puede ser un espacio productivo). Podemos mencionar una serie de medios que poseen los sistemas disciplinarios a fin de distribuir a los individuos: la clausura, la localización, el emplazamiento funcional y el rango².

La clausura refiere a un lugar cerrado sobre sí mismo. Concretamente, la clausura puede manifestarse de muchas maneras, desde grandes murallas que contienen a una multiplicidad de individuos, hasta edificios que abren y cierran sus puertas a determinadas horas del día. Varias instituciones disciplinarias reúnen en su interior a una multitud de individuos: Los colegios, los cuarteles y las fábricas. Los espacios disciplinarios concentran a los individuos en un solo lugar, y de esa manera, se puede ejercer un control directo sobre el grupo. En general, la clausura cumple una función doble: al concentrar a los individuos en un mismo lugar se pretende prescribirles un lugar e incrementar los efectos de utilidad de la multiplicidad. Se trata de darle un sentido a ese encierro:

Se trata, a medida que se concentran las fuerzas de producción, de obtener de ellas el máximo de ventajas y de neutralizar sus inconvenientes (robos, interrupciones del trabajo, agitaciones y ‘cábalas’); de proteger los materiales y útiles y de dominar las fuerzas de trabajo. (Foucault, 1976; 146).

En este punto, vale la pena recordar que según Marx el proceso de producción capitalista empieza con la reunión de un grupo de individuos que trabajan en un mismo lugar. La producción capitalista es posible cuando un individuo (el empresario) tiene capacidad [económica] para emplear los medios de producción y el trabajo de hombres en una actividad que se desarrolla en un mismo lugar. La producción capitalista comienza “en la reunión de un número relativamente grande de obreros que trabajan al mismo tiempo, en el mismo sitio” (Marx, 1999; 259). De ahí, afirmábamos que la reunión de un grupo de personas en un mismo lugar tenía una función productiva. En este sentido, es posible afirmar que el sistema de producción capitalista tiene su origen en la clausura, en la elaboración de técnicas que pretenden hacer útiles a los individuos. Así, la clausura tiene una función productiva.

² Estos medios de distribución son planteados por Foucault en su libro *Vigilar y castigar*.

La generalización del poder disciplinario se dirige en el mismo sentido del desarrollo de la producción capitalista. Podemos tomar, de la obra de Foucault, dos recursos para la configuración de un espacio político: la localización y los emplazamientos funcionales. Los sistemas disciplinarios trabajan el espacio de acuerdo a la técnica de la localización o división en zonas. La clausura no es suficiente, ni siquiera indispensable para los sistemas disciplinarios, pues éstos trabajan el espacio de manera más fina (Foucault, 1976; 146). Al respecto, podemos decir asimismo que la clausura no basta para el desarrollo de la producción capitalista.

La localización consiste en asignarle a cada individuo un lugar en el espacio disciplinario, y de dividir el espacio en función del número de elementos: “A cada individuo su lugar; y en cada emplazamiento un individuo [...] El espacio disciplinario tiende a dividirse en tantas parcelas como cuerpos o elementos que repartir hay.” (Foucault, 1976; 146). Esta técnica plantea un espacio celular. Al igual que la clausura, la localización cumple una función de control y vigilancia. Es una técnica que facilita la ubicación del individuo.

Los emplazamientos funcionales conformarán un espacio para la producción. Podemos remitirnos a dos ejemplos que Foucault trae a colación: el hospital y la manufactura. En un lugar donde es usual el caos y el desorden, el hospital ayuda a desenredar esa confusión, siguiendo un control sobre la enfermedad, y con ésta, sobre los individuos y las cosas:

La vigilancia médica de las enfermedades y de los contagios es en él solidaria de toda una serie de otros controles; militar sobre los desertores, fiscal sobre las mercancías, administrativo sobre los remedios, las raciones, las desapariciones, las curaciones, las muertes, las simulaciones. De donde la necesidad de distribuir y de compartimentar el espacio con rigor. (Foucault, 1976; 147-148).

En primer lugar, la técnica distributiva de los emplazamientos establece un orden. No obstante, las distribuciones deben cumplir otra función que va más allá de fijar individuos. Tal vez no es suficiente con distribuir a los individuos asignándoles un lugar en el espacio, tal distribución debe articularse a las lógicas que son inherentes a determinados aparatos: “Hay que ligar la distribución de los cuerpos, la disposición espacial del aparato de producción y las diferentes formas de actividad en la distribución de los ‘puestos’.” (Foucault, 1976; 148). La manufactura configura el espacio de tal manera que asigna una operación del proceso productivo por unidad espacial. El moderno ejercicio coercitivo distribuye a los individuos en las diversas operaciones o fases productivas.

En ese sentido, la división del trabajo ha jugado un papel importante a la hora de distribuir cuerpos [dóciles]. En lo que se refiere al control que ejerce sobre las fuerzas productivas, es posible afirmar que la división del trabajo es un recurso indisociable de la anatomía política. La división del trabajo individualiza la fuerza de trabajo, pues se puede medir, observar y analizar cada unidad de este

factor productivo. Podemos recurrir al ejemplo de Oberkampf a fin de ilustrar la articulación entre los cuerpos y la producción:

[La manufactura] Está formada por una serie de talleres especificados de acuerdo con cada gran tipo de operaciones [...] Todas estas disposiciones en serie forman un cuadrículado permanente en el que se aclaran las confusiones: es decir que la producción se divide y el proceso de trabajo se articula por una parte según sus fases, sus estadios o sus operaciones elementales, y por otra, según los individuos que lo efectúan: los cuerpos singulares que a él se aplican. (Foucault, 1976; 148-149).

El proceso de trabajo en la manufactura se conforma de acuerdo a las diferencias individuales. A partir de la lectura de *El Capital*, hemos visto que en el proceso de trabajo se establece una escala jerárquica que se combina con la división binaria entre obreros especializados y no capacitados (Marx, 1999; 284). Al respecto, Foucault plantea que el rango es una técnica que distribuye a los individuos sobre la base de sus cualidades particulares. El rango establece jerarquías entre los individuos. Foucault ilustra el rango en el ámbito escolar. De acuerdo con esto, el espacio escolar funciona “como una máquina de aprender, pero también de vigilar, de jerarquizar, de recompensar.” (Foucault, 1976; 151). Asimismo, la manufactura puede verse como una máquina no sólo de producción, sino de vigilar y jerarquizar. La manufactura y la escuela se asimilan en lo que a distribución de individuos se refiere, las técnicas de distribución no son exclusivas de los aparatos productivos.

Con las técnicas distributivas se configura una de las primeras operaciones para producir cuerpos dóciles: lo que Foucault denomina la constitución de ‘cuadros vivos’. Dichos ‘cuadros’ se proponen ordenar las multiplicidades, minimizando los efectos contraproducentes. La operación de los ‘cuadros vivos’ consiste en ordenar, registrar, clasificar, controlar, vigilar. El cuadro es una operación distributiva que fija a los individuos a un lugar de tal manera que pueda derivarse de ellos el mayor número de efectos productivos.

3.1.4 Gestión de las actividades y del tiempo

La división del trabajo establece la descomposición de la actividad productiva en fases. Sin embargo, la división del trabajo, y con ella la producción de cuerpos dóciles, no se reduce a una tarea distributiva. En la formación (y transformación) del individuo también median otro tipo de técnicas que consideran la coordinación actividad-tiempo. La producción de riquezas requiere el control sobre la actividad de los elementos del aparato. El arte de producir cuerpos dóciles consiste, además, en el empleo de tiempo de los individuos y en la relación de estos con la actividad productiva.

El empleo del tiempo procede estableciendo ritmos, fijando al individuo a ocupaciones específicas, y regulando ciclos de repetición. Estas técnicas de control, las cuales se encuentran en cuarteles, hospitales, etc., parecen ser herencia de los conventos. En la gestión del tiempo, en el control

constante del trabajo que se da en las instituciones de carácter disciplinario puede notarse esa huella que evoca la vida monacal. “Durante siglos, las órdenes religiosas han sido maestras de disciplina: eran los especialistas del tiempo, grandes técnicos del ritmo y de las actividades regulares” (Foucault, 1976; 153-154). De esta manera, la regularidad de las actividades y el buen uso del tiempo pasan de los conventos al aparato productivo, y también a otras instituciones.

El empleo del tiempo se inspira en la vida monástica. Los métodos tomados de los conventos, en lo que refiere al empleo del tiempo, pueden ser entendidos como una herencia. Estos procedimientos que se encontraban antaño en los conventos, se los verá reflejados en las prácticas de talleres y escuelas; en estos lugares se regulariza el tiempo, asignan actividades, y organizan ciclos³. Esta técnica de control servirá para la obtención de un tiempo no sólo íntegramente útil sino un tiempo de calidad.

Como efecto de los controles sobre la actividad y el tiempo, podemos señalar que la meticulosidad de la actividad ha aumentado, imprimiéndose en ella una ‘precisión matemática’. En el orden productivo capitalista, el tiempo se constituye en elemento político, esto es, a través del control sobre el tiempo de los individuos se ejerce poder. “El tiempo penetra el cuerpo, y con él todos los controles minuciosos del poder.” (Foucault, 1976; 156).

Además de un óptimo empleo del tiempo, el tipo de poder que penetra un cuerpo permite una relación eficaz entre el individuo y el objeto sobre el que recae su trabajo. La articulación cuerpo-objeto plantea que el cuerpo debe mostrar una pericia con el objeto que domina, haciéndolo una extensión más de él. Se trata aquí de definir las relaciones del objeto manipulado con el cuerpo (Foucault, 1976; 156). El trabajador y su instrumento se relacionan con una serie de gestos simples⁴. El individuo no sólo se relaciona con las piezas simples del proceso de producción, él también entra a ser pieza de este proceso: “Y así aparece este carácter del poder disciplinario: tiene menos una función de extracción que de síntesis, menos de extorsión del producto que de vínculo coercitivo con el aparato de producción.” (Foucault, 1976; 157).

Ese vínculo que relaciona a las personas con el aparato productivo, hace de las mismas personas parte del aparato productivo, su relación con los medios de producción los hace a ellos mismos medios de producción. Ésta es tal vez una novedad que nos trae los modernos sistemas disciplinarios, al enfocarse en el ejercicio se busca un individuo que se adapte a las exigencias impuestas por nuevos valores de carácter social y económico (la producción de plusvalía). Como menciona Foucault, tal vez se busca un hombre-máquina, pasar de un producto en bruto (una ‘informe pasta’) y hacer de éste la ‘máquina que se necesita’ (Foucault, 1976; 139).

³ Puede verse esto en el ejemplo de las escuelas de enseñanza mutua a comienzos del siglo XIX (Foucault, 1976; 154).

⁴ El ejemplo que pone Foucault es el de la instrucción en el manejo del fusil.

La división del trabajo moldea al individuo de acuerdo a una actividad [parcial] productiva. No obstante, no sólo el individuo se adapta a su labor, también los instrumentos de trabajo se diferencian de acuerdo a cada actividad particular del proceso de producción. A fin de hacer más productiva su labor, el trabajador guarda una relación eficaz con su instrumento adaptándolo a su actividad. La anatomía política y la división del trabajo se orientan a optimizar el rendimiento de los elementos del aparato productivo (hombres y herramientas).

Uno de los efectos importantes de la división del trabajo ha sido el ahorro de tiempo (Smith, 1958; 12). O dicho en otros términos, el control sobre los individuos por medio de la división del trabajo ha permitido que el tiempo sea más rentable. El empleo del tiempo obedece a un principio negativo: no ociosidad. Los conventos (uno de los lugares de donde se recogen las técnicas del poder disciplinario⁵) le han dado un carácter sagrado al tiempo, “tiempo contado por Dios y pagado por los hombres” (Foucault, 1976; 157). La utilización exhaustiva daría el principio positivo al empleo del tiempo, se trata de un crecimiento del tiempo de trabajo excedente mediante el desarrollo de la productividad individual (plusvalía relativa): “agotamiento más que empleo; se trata de extraer, del tiempo, cada vez más instantes disponibles y, de cada instante, cada vez más fuerzas útiles. Lo cual significa que hay que tratar de intensificar el uso del menor instante” (Foucault, 1976; 158). Si en los conventos podía observarse el principio negativo del empleo del tiempo (la no ociosidad), en los cuárteles puede notarse el funcionamiento del principio positivo del tiempo (la utilización exhaustiva). Pero es en la manufactura donde opera tanto la no ociosidad como la utilización exhaustiva: “la mayor productividad [en la manufactura] se debe, bien al mayor gasto de fuerza de trabajo en un espacio de tiempo dado, es decir, a la mayor intensidad del trabajo, bien a la disminución del empleo improductivo de fuerza de trabajo.” (Marx, 1999; 276).

3.1.5 El sujeto en grupo o el sujeto colectivo: componer fuerzas.

Al componer las fuerzas productivas podemos partir del conjunto de individuos, de la multiplicidad. En las instancias productivas y castrenses, es imperativo conformar un grupo de individuos coordinados entre sí. La producción de cuerpos dóciles pasa por la conformación de grupos útiles a los fines del aparato que los aloja, sea un aparato destructor o un aparato productivo. En este sentido, la anatomía política no sólo trata de la conformación de fuerzas productivas, sino además de la conformación de fuerzas destructivas. La anatomía política es advertida en la práctica militar, en la disposición de los sujetos al componer la tropa.

⁵ Las órdenes religiosas se consideraban maestras de la disciplina y del empleo del tiempo (Foucault, 1976; 153-154).

Foucault nota que en el inicio del siglo XVIII no sólo hay una transformación en la producción, también el aparato de guerra presenta transformaciones⁶. Según Foucault, “Desde fines del siglo XVII el problema técnico de la infantería ha sido el de liberarse del modelo físico de masa.” (Foucault, 1976; 167). El grupo de individuos en el campo de batalla era usado como un solo armamento, como una unidad de ataque uniforme que, al interior, distribuye a los individuos en función de honores y antigüedades (Foucault, 1976; 167).

En el siglo XVIII, es posible componer una unidad [grupal] de tal manera que de cada una de sus partes se puedan maximizar sus efectos productivos. En palabras de Foucault, la disposición en grupo de los sujetos (‘concours de forces’) es comparable con una máquina de piezas múltiples y móviles que pueden articularse para lograr un efecto (Foucault, 1976; 167). Se plantea que las razones de este cambio en la composición del grupo (en la tropa particularmente) son de tipo económico (mayor productividad de cada sujeto, y del conjunto), pero este tipo de razones son determinantes a partir de la generalización del uso del fusil (siglo XVIII), pues el fusil permite una diferenciación de los elementos de la unidad grupal:

En el siglo XVIII, [...] a partir del momento en que el soldado recibe un fusil, es preciso estudiar la distribución de los individuos y colocarlos debidamente en el lugar en que su eficacia pueda llegar al máximo. La disciplina del ejército empieza en el momento en que se enseña al soldado a colocarse, desplazarse y estar en el lugar en el que hay que estar. (Foucault, 1999; 104).

De esta manera, la división del trabajo, en cuanto método para organizar una multiplicidad, ‘entró en acción’ en el siglo XVIII no sólo en los aparatos productivos, sino además en los aparatos bélicos. Al igual que el ámbito productivo, la eficacia del proceso de destrucción reporta un incremento en el momento en que se asigna a los individuos un lugar y se les prescribe una actividad particular:

Era necesario, para que el ejército fuera eficaz, a fin de que se pudieran emplear los fusiles de la mejor forma posible, que cada individuo estuviera bien entrenado para ocupar una posición determinada en un frente extenso, para colocarse simultáneamente de acuerdo con una línea que no debía ser rota, etc. Un problema de disciplina implicaba una nueva técnica de poder con suboficiales, una jerarquía de suboficiales, oficiales inferiores y oficiales superiores. Y así, el ejército pudo ser tratado como una unidad jerárquica muy compleja, asegurando su rendimiento máximo con la unidad de conjunto según la especificidad de la posición y del papel de cada uno. (Foucault, 1999; 240).

Podemos afirmar que la división del trabajo no es necesariamente un término exclusivo del saber económico, también puede verse como un método de táctica militar. Ciertamente Marx advirtió la división del trabajo en el ámbito castrense, pues su referencia a esta esfera es constante al analizar la división del trabajo. Citando a Marx, Foucault resalta el carácter social de la producción; el grupo⁷ es entendido como una fuerza social o combinada cuyos efectos productivos son mayores en comparación

⁶ Foucault menciona que a partir de la invención del fusil, a partir de 1699, las razones de tipo económico para la transformación de la tropa fueron determinantes.

⁷ El grupo, en el contexto de la cita de Marx, es la jornada de trabajo combinada o el obrero colectivo.

con la suma de las fuerzas individuales. Al tratar el tema de la producción de la plusvalía relativa en *El Capital*, Marx hace una analogía entre las fuerzas ofensivas y las fuerzas productivas planteando que la suma de los trabajos de los obreros aislados difiere al trabajo socialmente realizado⁸ (Marx, 1999; 262).

Cada unidad del grupo-máquina puede considerarse un espacio móvil, los elementos del grupo pueden desplazarse al interior del aparato para que puedan disponerse en una suerte de combinatoria que dé un resultado específico; “[e]l cuerpo se constituye como pieza de una máquina multisegmentaria.” (Foucault, 1976; 169). Al interior de la maquinaria que se quiere conformar se requiere que el tiempo esté coordinado entre sus partes de tal manera que de cada parte pueda extraerse su fuerza maximizada y en combinatoria resulte en el mejor efecto.

Con las técnicas de distribución de individuos, de control del tiempo de trabajo, y de composición de las fuerzas colectivas se producen cuerpos dóciles. Los dispositivos disciplinarios conforman una individualidad con capacidades productivas y políticas amplificadas. De acuerdo con Foucault, son cuatro las características del cuerpo dócil:

En resumen, puede decirse que la disciplina fabrica a partir de los cuerpos que controla cuatro tipos de individualidad, o más bien una individualidad que está dotada de cuatro características: es celular (por el juego de la distribución espacial), es orgánica (por el cifrado de las actividades), es genética (por la acumulación del tiempo), es combinatoria (por la composición de fuerzas). Y para ello utiliza cuatro grandes técnicas: construye cuadros; prescribe maniobras; impone ejercicios; en fin, para garantizar la combinación de fuerzas, dispone ‘tácticas’. (Foucault, 1976; 172).

Podemos decir en otras palabras que los procedimientos del poder disciplinario conforman una fuerza productiva. Por otra parte, recordemos que estas nuevas formas de poder no sólo se centran en el ámbito productivo, no sólo encontramos la división del trabajo en la sociedad, también encontramos un principio de táctica militar⁹. Tal vez la táctica militar se ha generalizado en el cuerpo social configurando esos pequeños ardides que inscriben efectos políticos sobre los cuerpos. Al respecto, podemos mencionar la doble referencia de la sociedad: en el siglo XVIII hay una referencia planteada por juristas y filósofos, y una referencia militar planteada por los estrategas. El principio de lo militar, al introducirse en el cuerpo social, se entiende como una práctica política que asegura la estabilidad civil, y no sólo por la disuasión que supone lo militar, sino porque sus técnicas se han emulado, se han interiorizado socialmente (Foucault, 1976; 173). De esta manera, en concordancia con Foucault, la

⁸ En Marx, el valor [de la mercancía] se expresa en términos de trabajo socialmente necesario [para la producción de la mercancía] y no en términos del trabajo individual. La producción es un hacer social.

⁹ En el marco del ejercicio de un poder de síntesis, división del trabajo y táctica militar son dos nombres para referirse a una técnica política de distribución de individuos y conformación de fuerzas sociales.

sociedad moderna (o burguesa) recurre a un orden político que conforma ciudadanos-obreros, o ciudadanos-legionarios, o de manera general, fuerzas sociales¹⁰:

Los historiadores de las ideas atribuyen fácilmente a los filósofos y a los juristas del siglo XVIII el sueño de una sociedad perfecta; pero ha habido también un sueño militar [o industrial] de la sociedad; su referencia fundamental se hallaba no en el estado de naturaleza, sino en los engranajes cuidadosamente subordinados de una máquina, no en el contrato primitivo, sino en las coerciones permanentes, no en los derechos fundamentales, sino en la educación y formación indefinidamente progresivos, no en la voluntad general, sino en la docilidad automática. [...] Mientras los juristas o los filósofos buscaban en el pacto un modelo primitivo para la construcción o la reconstrucción del cuerpo social, los militares, y con ellos los técnicos de la disciplina, elaboraban los procedimientos para la coerción individual y colectiva de los cuerpos. (Foucault, 1976; 173-174).

3.1.6 El lugar central de las disciplinas en el orden productivo

División del trabajo o táctica militar, estos términos se refieren a un ejercicio del poder sobre el individuo, o de otra manera, a un poder individualizante, a la conformación de un individuo útil. Los sistemas disciplinarios establecen una serie de técnicas que responden a los fines del aparato que opera el poder (sobre los individuos), sea de carácter productivo o destructivo. La formación de cuerpos dóciles implica el ejercicio de un poder sutil y continuo, que ya no se corresponde con las relaciones de soberanía. No se trata del gran aparato estatal que detenta el poder, se trata de un poder que se desenvuelve en la cotidianidad de los individuos, o en palabras de Foucault, de un poder ‘microscópico’. Podemos mostrar que la realización de los fines de lucro es indisoluble con el ejercicio de un poder ‘microscópico’:

En efecto, el sistema capitalista penetra mucho más profundamente en nuestra existencia. Tal como se instauró en el siglo XIX, este régimen se vio obligado a elaborar un conjunto de técnicas políticas, técnicas de poder, por las que el hombre se encuentra ligado al trabajo, por las que el cuerpo y el tiempo de los hombres se convierten en tiempo de trabajo y fuerza de trabajo y pueden ser efectivamente utilizados para transformarse en plus-ganancia. Pero para que haya plus-ganancia es preciso que haya sub-poder, es preciso que al nivel de la existencia del hombre se haya establecido una trama de poder político microscópico, capilar, capaz de fijar a los hombres al aparato de producción, haciendo de ellos agentes productivos, trabajadores. La ligazón del hombre con el trabajo es sintética, política; es una ligazón operada por el poder. No hay plus-ganancia sin sub-poder. Cuando hablo de sub-poder me refiero a ese poder que se ha descrito y no me refiero al que tradicionalmente se conoce como poder político: no se trata de un aparato de Estado ni de la clase en el poder, sino del conjunto de pequeños poderes e instituciones situadas en un nivel más bajo. (Foucault, 1996; 138-139).

La producción de plus-ganancia está supeditada al sub-poder. En el contexto de esta cita, la plus-ganancia puede entenderse como un fin, y el sub-poder corresponde al conjunto de técnicas que operan orientadas a la realización de ese fin. Las disciplinas pueden entenderse como ese poder microscópico que cala en la existencia del individuo. Al plantear la articulación cuerpo-objeto en el ámbito disciplinario, se plantea una manera de fijar al individuo al aparato productivo. La producción de

¹⁰ Ya sean fuerzas productivas o destructivas. Tanto el soldado como el trabajador, son sujetos conformados por una serie de técnicas de ejercicio del poder. Son sujetos con una anatomía política interiorizada.

riquezas es posible en un contexto de generalización del poder disciplinario. Las disciplinas configuran ese sub-poder que hace posible la consecución de estos fines (la plusvalía).

El siglo XVIII fue un periodo de cambios en las prácticas sociales y económicas. Estas transformaciones también incidieron sobre el cuerpo humano, se impuso una transformación sobre el cuerpo. Los cuerpos son ahora dóciles, caen en desuso los procedimientos violentos de la espada. Por el contrario, se puede ejercer control de una manera más sutil, más ‘refinada’, atendiendo a los detalles. Decimos que las transformaciones a nivel social incidieron sobre el cuerpo porque los nuevos valores (de tipo económico o productivo) planteaban el problema de corresponder las formas de poder (sobre los individuos) con las nuevas formas de producción y reproducción de la vida material¹¹.

Ahora bien, ¿cómo deben configurarse las relaciones de poder sobre una multiplicidad de individuos¹² de tal manera que se correspondan con nuevas formas de producción? Los sistemas disciplinarios son clave para entender estas transformaciones del poder. Al enfocar su atención en las operaciones y en el ejercicio, las disciplinas forman (o transforman) cuerpos¹³, adaptándolos a los nuevos procesos que se imponen en el orden productivo.

Esta forma de pensar el ejercicio del poder nos aparta de aquellos planteamientos que conciben en el individuo una suerte de propensión, naturaleza o tendencia. Las capacidades productivas no se desarrollan porque el hombre tenga una propensión al cambio, como lo pensaba Smith. Por el contrario, el hombre se transforma en fuerza productiva porque está inserto en relaciones de poder que penetran su existencia:

No podemos comprender dicho desarrollo [de las fuerzas productivas] a menos que descubramos en la industria y en la sociedad un tipo particular o varios tipos de poder actuantes -y actuantes dentro de las fuerzas productivas-. El cuerpo humano es, como sabemos, una fuerza de producción, pero el cuerpo no existe tal cual, como un artículo biológico o como un material. El cuerpo humano existe en y a través de un sistema político. El poder político proporciona cierto espacio al individuo: un espacio donde comportarse, donde adoptar una postura particular, sentarse de una determinada forma o trabajar continuamente. [...] Si el hombre trabaja, si el cuerpo humano es una fuerza productiva, es porque está obligado a trabajar. Y está obligado porque se halla rodeado por fuerzas políticas, atrapado por los mecanismos de poder. (Foucault, 1999; 65).

Se debe producir cuerpos más obedientes, pues la obediencia facilitará el control sobre esta ‘moderna’ fuerza social, a la vez que la hará más útil y eficiente. Se revela así una especie de ‘mecánica clásica’ de las relaciones [políticas] sobre el cuerpo. Parafraseando a Foucault, “de una informe pasta, de un cuerpo inepto, se ha hecho la máquina que se necesitaba” (Foucault, 1976; 139). El hombre disciplinado es un producto de las técnicas de poder disciplinario que se generalizan en el

¹¹ Algunas cosas ya se desecharán. Por ejemplo, la incidencia de algunos poderes en el orden productivo, o las relaciones de antaño basadas en criterios de fidelidad.

¹² Y la multiplicidad se ve reflejada en la aglomeración masiva en las ciudades.

¹³ “[D]e una informe pasta, de un cuerpo inepto, se ha hecho la máquina que se necesitaba” (Foucault, 1976; 139).

siglo XVIII, y esta generalización hará corresponder los cuerpos con las formas de producción que se van implantando en el transcurso de este contexto histórico. Las disciplinas, entonces, transforman los cuerpos en factores de producción.

Los cuerpos dóciles constituyen un componente importante de la moderna sociedad burguesa, cuyos fines son de carácter productivo. Los cambios en la forma de obtener riquezas implicaron un cambio en el comportamiento de las personas, de tal manera que se correspondiera con los nuevos valores de tipo económico (con los nuevos fines). Las disciplinas plantean así una transformación de las fuerzas productivas.

3.2 El orden productivo emergente requiere la norma

Hemos visto que la constitución de fuerzas productivas que corresponden a un orden social que pone prioridad sobre los valores económicos pasaba por la fabricación de cuerpos dóciles. Las disciplinas producen un individuo cuyas fuerzas están dissociadas: es un individuo fuerte en términos económicos (es más útil al aparato productivo), pero débil en términos políticos (es más obediente). Esto es, el poder que se fundamenta en las técnicas disciplinarias es un poder que no capta las fuerzas para reducirlas, sino para multiplicarlas y hacerlas más útiles (Foucault, 1976; 175). El poder disciplinario es modesto y sutil, no es ya el poder que manifestaba su exceso públicamente; estamos ante un poder que se ejerce a través de pequeños procedimientos que invaden todas las esferas de la vida social. Hemos visto cómo las técnicas del poder disciplinario se introducen en varias instituciones que cuentan con un ‘acervo de individuos’.

Foucault, basado en las ideas sobre el arte militar de Walhausen, plantea que la eficacia de los procedimientos del poder disciplinario es debida a que logran un “buen encauzamiento de la conducta” (Foucault, 1976; 175). En este apartado trataremos la relevancia de la normalización en el orden productivo, intentando mostrar que la referencia a una norma [de conducta] también atiende a las necesidades del aparato productivo, y por lo tanto, a las necesidades de un orden social que se funda sobre imperativos productivos. Podemos dividir el apartado a partir de los instrumentos de que se sirve la referencia a la norma: vigilancia y sanción.

3.2.1 Vigilar

La vigilancia puede considerarse una técnica en la cual los efectos de poder son producidos a partir de la mirada. Uno de los elementos constitutivos del poder disciplinario es la vigilancia, algo tan sutil como la mirada puede ejercer coacción sobre los individuos. En *El Capital*, Marx plantea que la función de vigilancia es una parte fundamental del aparato productivo. El empresario delega a un grupo de personas las funciones de fiscalización sobre el proceso de trabajo, y con estas funciones, se crea una escala jerárquica entre los individuos que conforman el proceso productivo (Marx, 1999; 268). La vigilancia se ejerce entre los elementos del aparato productivo estableciendo jerarquías, la mirada atraviesa los cuerpos. Marx recurre al ejemplo de las jerarquías establecidas en el ejército para mostrar que la vigilancia también es requerida en el ámbito productivo. En concordancia con Marx, podemos afirmar que la vigilancia es jerárquica.

Podemos tomar como ejemplo el ámbito castrense a fin de entender cómo opera la vigilancia a partir de un esquema jerárquico de los elementos del espacio disciplinario. Como modelo de vigilancia jerárquica Foucault plantea el modelo del campamento militar. Parafraseando a Foucault, un campamento militar es una ‘ciudad artificial’ que se ‘construye a voluntad’, esto es, un lugar en el cual se ejerce un poder a la vez intenso y discreto en términos superlativos. Para ejercer un poder de dichas características, el campamento militar establece un principio político y a la vez arquitectónico: Una disposición de los espacios que permita una vigilancia exacta. Éste es un aparato constituido por miradas, “cada mirada sería una pieza en el fundamento global del poder” (Foucault, 1976; 176). Las tiendas de campaña son distribuidas de tal manera que los oficiales puedan vigilar sus respectivas compañías y estos a la vez puedan ser vigilados por otros oficiales de rango superior, el campamento militar plantea un modelo de vigilancia mutua, “es el diagrama de un poder que actúa por el efecto de una visibilidad general” (Foucault, 1976; 176).

Este modelo de vigilancia jerárquica será generalizado, esto es, aplicado a otros espacios como hospitales, talleres, prisiones, casas de educación (Foucault, 1976; 176-177). De esta manera, se plantea un desafío para la arquitectura: la vigilancia al interior de la construcción. Pero más que establecer una visibilidad, se requiere una arquitectura que funcione como mecanismo político, una arquitectura que produzca efectos coercitivos sobre los individuos que contenga al interior: “Obrar sobre aquellos a quienes abriga, permitir la presa sobre su conducta, conducir hasta ellos los efectos del poder” (Foucault, 1976; 177).

El reto de la moderna arquitectura es la producción de cuerpos dóciles. En este sentido, no basta con que se reúna a los individuos en un espacio uniforme, como los modelos domésticos de producción del siglo XVI, o como el edificio de los telares. Un proceso productivo eficiente requiere la conformación del espacio sobre la base de las funciones de vigilancia. El campamento militar debe ser construido al interior del aparato productivo. Las modernas tendencias en arquitectura deben hacer de los edificios no sólo maquinarias de producción, sino además máquinas de vigilar. De manera general, las instituciones disciplinarias conforman una ‘arquitectura política’¹.

El perfecto ejercicio del poder disciplinario supone una vigilancia que, con una única mirada, pueda verlo todo permanentemente (Foucault, 1976; 178). Algunas construcciones fueron diseñadas de forma tal que permitieran la gestión, el control y la vigilancia desde un punto central. Las salinas² de Arc-et-senans es un ejemplo de este tipo de construcciones: una construcción en semicírculo y en el centro del diámetro se encuentra el punto desde el cual se gestiona la actividad productiva, esta

¹ Es decir, construcciones que permiten el ejercicio del poder a través de la visibilidad.

² Una salina hace referencia a una productora de sal.

arquitectura pretendía realizar esa ‘utopía política’ a la que se refiere Foucault: vigilar todo permanentemente con una sola mirada.

No obstante, la vigilancia jerárquica establece un modelo de vigilancia múltiple; el campamento militar representa una vigilancia compuesta por varias miradas (no sólo a partir de un único punto). En concordancia con Foucault es válido preguntarse: ¿Cómo distribuir las miradas?, “¿Qué hacer para que, de su multiplicidad calculada, resulte un poder homogéneo y continuo?” (Foucault, 1976; 178). La vigilancia requiere relevos, y para coordinar el ejercicio de esta actividad (vigilancia) se debe trascender los modelos que intentan realizar la ‘utopía política’³. Dicho en otros términos, se debe integrar la función de vigilancia al interior del aparato productivo, hacerla parte imprescindible del proceso de producción.

La vigilancia debe recaer sobre los sujetos trabajadores, recorrer toda la actividad del factor trabajo. Ante el crecimiento y transformación del aparato productivo (en el contexto del siglo XVIII), la función de vigilancia adquiere gran relevancia:

A medida que el aparato de producción se va haciendo más importante y más complejo, a medida que aumentan el número de los obreros y la división del trabajo, las tareas de control se hacen más necesarias y más difíciles. Vigilar pasa a ser entonces una función definida, pero que debe formar parte integrante del proceso de producción; debe acompañarlo en toda su duración. (Foucault, 1976; 179).

Las transformaciones modernas en las formas de producción exigieron la constitución de un poder que pueda ejercerse a partir de la mirada. En el transcurso del siglo XVIII, el proceso de producción se tornó más complejo; ya no se trata de producir en los [relativamente] pequeños talleres gremiales, sino en las modernas manufacturas. No se trata ya del edificio de los telares, pero sí de las crecientes operaciones en que se amplía la producción. La división del trabajo, además de traer la regularidad sobre el tiempo y la actividad, trae el control por medio de la vigilancia:

Podemos decir lo mismo de la disciplina en los talleres, que comenzó a formarse en los siglos XVII y XVIII, cuando los pequeños talleres de tipo corporativo fueron reemplazados por grandes talleres con muchos obreros -centenares de obreros-, era necesario vigilar y a la vez coordinar los gestos de unos y otros, con la división del trabajo. La división del trabajo fue, al mismo tiempo, la razón que obligó a inventar esa nueva disciplina de taller; pero, inversamente, podemos decir que la disciplina de taller fue la condición para conseguir la división del trabajo. Sin dicha disciplina, es decir, sin la jerarquía, sin la vigilancia, sin la aparición de los contra maestres, sin el control cronométrico de los gestos, no hubiera sido posible obtener la división del trabajo. (Foucault, 1999; 241).

De esta manera, la vigilancia se entiende como algo constitutivo e indisoluble del orden productivo industrial, es posible afirmar que no puede concebirse la producción de tipo industrial sin la función de vigilancia. La gran escala económica trae consigo un problema de inestabilidad, Foucault resalta tal problema al traer a colación el ejemplo de la explotación minera: dada las grandes escalas de

³ Vigilancia absoluta a partir de un solo punto.

capital, “la más módica infidelidad sobre cada renglón daría para el total un fraude inmenso, que no sólo absorbería los beneficios, sino que provocaría la disipación de los capitales” (Foucault, 1976; 180). La inobservancia puede derivar en el aniquilamiento de una actividad económica, de ahí la importancia que cobra la vigilancia⁴. Inspirado en Marx, Foucault resalta la relevancia que tiene para el capital la función de vigilancia: “La vigilancia pasa a ser un operador económico decisivo, en la medida en que es a la vez una pieza interna en el aparato de producción y un engranaje especificado del poder disciplinario.” (Foucault, 1976; 180).

Al tratar el método de la vigilancia jerárquica, Foucault insiste en que no es algo nuevo lo que se establece en el cuerpo social⁵, pero su generalización se debe a la tecnología política que lleva consigo (Foucault, 1976; 181). Podemos decir que las instituciones disciplinarias se han apropiado del campamento militar, las instituciones disciplinarias integran las funciones de vigilancia a sus procedimientos. El sistema de vigilancia jerárquica se sostiene porque dicha función se apoya en las relaciones entre los individuos, y establece un poder que no se concentra en un solo punto, un poder distribuido en el cuerpo social, como una pirámide que distribuye sus escalones sobre la superficie.

La vigilancia permite al aparato producir efectos de poder sobre los individuos que contiene. Tal poder que permite la vigilancia es un poder discreto e indiscreto a la vez; es indiscreto porque invade cada ‘rincón’ del espacio disciplinario, “no deja en principio ninguna zona de sombra y controla sin cesar a aquellos mismos que están encargados de controlarlo” (Foucault, 1976; 182), y es discreto porque se ejerce de manera sutil y ‘silenciosa’. Las coerciones sobre el cuerpo que el poder disciplinario realiza son posibles por el juego de la óptica.

3.2.2 Sancionar

La vigilancia debe responder a la necesidad de encauzamiento. La vigilancia se tornará entonces en un elemento constitutivo de las instituciones disciplinarias, la disposición de los espacios al interior de dichas instituciones atenderá a los fines de un poder que pretende normalizar. De manera general, es posible afirmar que la arquitectura política produce construcciones que funcionan como operadores ‘ortopédicos’ de la multiplicidad:

Las instituciones disciplinarias han secretado una maquinaria de control que ha funcionado como un microscopio de la conducta; las divisiones tenues y analíticas que han realizado han llegado a formar, en torno de los hombres, un aparato de observación, de registro y de encauzamiento de la conducta. (Foucault, 1976; 178).

⁴ De manera general, desde este problema de la inestabilidad también puede verse la importancia que adquieren los instrumentos de encauzamiento, pues se deben corregir las conductas que puedan amenazar la actividad productiva.

⁵ De hecho, el modelo del campamento militar se propone desde los inicios del siglo XVII.

Dado que las instituciones disciplinarias se constituyen en operadores de encauzamiento, es importante establecer medios para prevenir y corregir las desviaciones de la conducta. Al interior de las instituciones disciplinarias también operan ciertas formas de penalidad que pretenden corregir más que expiar. El poder disciplinario puede entenderse asimismo como un poder que corrige. Las modernas formas de poder implican formas de sancionar que permiten el enderezamiento de la conducta, y si bien comparten el mismo objetivo de la justicia penal de la sociedad civil (corregir), las sanciones al interior de una institución disciplinaria se ejercen de manera diferente, estableciendo otros métodos para cumplir tal objetivo. La sanción tampoco se ejerce por medio de la espada, pues la moderna tecnología política no procura eliminar la fuerza (del individuo), por el contrario, la moldea con referencia a una pauta. Podemos afirmar que la sanción es la intensificación de la anatomía política.

Foucault plantea que “[e]n el corazón de todos los sistemas disciplinarios funciona un pequeño mecanismo penal.” (Foucault, 1976; 183). Tal mecanismo penal ocupa un lugar que deja vacío la ley civil, establece leyes al interior de un sistema disciplinario, señala faltas, formas de juzgar y sus respectivas penas. El sistema disciplinario establece, además de ‘leyes’, castigos; los castigos en el ámbito disciplinario pueden tomar diferentes formas (humillación, estigmatización, destitución), pero lo que se debe destacar es que el castigo apunta a la más leve falta, las cosas insignificantes en cuanto a las desviaciones conductuales. Es decir, el castigo disciplinario pretende, en primer lugar, hacerle sentir (y notar) al ‘condenado’ su falta, señalar la desviación.

En principio, al señalar la desviación, puede pensarse que la sanción (al interior del espacio disciplinario) funciona como un pequeño tribunal. Sin embargo, el castigo trasciende el modelo penal a pequeña escala. Si bien apunta a castigar lo que no se ajusta a las reglas establecidas al interior de la institución disciplinaria, también castiga la desviación respecto a un comportamiento prescrito. Esto es, además de la inobservancia al reglamento, se considera una falta aquello que haga notar que el sujeto no se conforma de acuerdo a las técnicas políticas que operan en el aparato en que está inserto. Si el individuo no se adapta a su lugar en el proceso de producción, se advierte una falta, y la sanción consiste en adaptarlo, en hacer del ‘culpable’ un trabajador eficaz. Se advierte además una falta en los soldados que no cumplen los objetivos de un entrenamiento. La sanción, entonces, consiste en la insistencia de fijar al individuo a un lugar y conformarlo. La sanción es la insistencia de conformar al sujeto en virtud de las modernas técnicas de poder.

Hemos mencionado anteriormente que el castigo disciplinario tiene un carácter correctivo, sin embargo, en la aplicación de los castigos también se encuentra una diferencia entre los ámbitos civil y disciplinario. Los sistemas disciplinarios pueden usar algunos métodos de la penalidad civil como las multas o el encierro, pero también se impone como castigo la intensificación del ejercicio (Foucault,

1976; 184-185). En palabras de Foucault, “el castigo disciplinario es, en una buena parte al menos, isomorfo a la obligación misma; es menos la venganza de la ley ultrajada que su repetición, su insistencia redoblada.” (Foucault, 1976; 185). Ante una falta a la obligación, se impone la repetición de la obligación como pena.

Si la sanción puede señalar, también puede diferenciar a los individuos en base al juicio que el aparato disciplinario hace de ellos. En la penalidad disciplinaria el rango juega un papel diferenciador. Anteriormente veíamos que, a fin de producir cuerpos dóciles, era necesario distribuir a los individuos, y el rango es una técnica distributiva. El rango distribuye a los individuos en el espacio disciplinario según sus cualidades y competencias. Además de distribuir a los individuos, el rango también es un instrumento de la penalidad disciplinaria que opera a través de la diferenciación: “Funcionamiento penal de la ordenación, y carácter ordinal de la sanción” (Foucault, 1976; 186). En virtud del rango los individuos son medidos y clasificados⁶. El rango como sanción cumple además una función de estabilidad, esto es, a través de la presión ejercida sobre los individuos se asegura el mantenimiento del orden que establecen los sistemas disciplinarios:

[E]jercer sobre ellos una presión constante para que se sometan todos al mismo modelo, para que estén obligados todos juntos ‘a la subordinación, a la docilidad, a la atención en los estudios y ejercicios y a la exacta práctica de los deberes y de todas las partes de la disciplina’. Para que todos se asemejen. (Foucault, 1976; 187).

En este sentido es posible afirmar que, en el ámbito de la organización industrial, el rango cumple con el objetivo de la estabilidad del orden productivo. La distribución penalizante que plantea el rango introduce la presión en los individuos de tal manera que se asegura el [normal] funcionamiento del aparato productivo. El pequeño mecanismo penal de las instituciones disciplinarias no se refiere al tránsito del sistema penal de la sociedad civil al espacio disciplinario, pues las diferencias son relativas tanto al objeto que persigue (faltas en el orden de los procesos) como en la aplicación de los castigos (intensificación del ejercicio). En la obra de Foucault (1976) podemos notar que el poder disciplinario se orienta a la normalización: “La penalidad perfecta que atraviesa todos los puntos, y controla todos los instantes de las instituciones disciplinarias, compara, diferencia, jerarquiza, homogeneiza, excluye. En una palabra, normaliza.” (Foucault, 1976; 188).

La ‘micropenalidad’ no se reduce a un modelo a escala del tribunal civil, sólo se asimila a éste en algunas formalidades. Al igual que la vigilancia, la sanción se establece como un instrumento político, pues atiende a la intención y a las necesidades del aparato puesto en marcha en una sociedad de

⁶ Foucault ilustra cómo funciona el rango como castigo poniendo como ejemplo las clasificaciones honoríficas en la escuela militar (Foucault, 1976; 186-187).

prevalencia de los valores productivos. La normalización es la insistencia en el ejercicio del poder disciplinario, de esta manera, este tipo particular de sanción conforma un sujeto (subordinado).

3.2.3 El poder es normalizador

El poder disciplinario, poniendo en juego las técnicas de vigilancia y sanción, invierte el lugar de las fuerzas coercitivas. La fuerza que controla las fuerzas productivas tal vez no aparece en una figura de autoridad, sino en los mismos subordinados; el poder disciplinario no da lugar a la aparición de un tipo particular de soberano, pero sí da lugar a la aparición de los súbditos. Podemos decir que el lugar del poder se invierte, el poder disciplinario no se plantea como un poder descendente, que proviene de un punto central, el poder disciplinario se conforma desde ‘abajo’. Las modernas formas de poder implican una inversión política.

En concordancia con Foucault, podemos resaltar uno de los rasgos característicos del poder disciplinario, a saber: la invisibilidad del poder (que está aparejada con la visibilidad del sujeto subordinado). Foucault resalta la inversión política de la visibilidad. Esto es, en contraste con un poder visible públicamente y unos subordinados en ‘la sombra’, el poder disciplinario se hace invisible y se hacen visibles los sujetos sobre quienes se ejerce el poder, se invierte la visibilidad (Foucault, 1976; 192). El poder disciplinario no se manifiesta, no impone unos signos, sin embargo, este poder característico impone una visibilidad a aquellos a quienes somete, y esta visibilidad sobre ellos (los sometidos) garantiza el ejercicio político: “El hecho de ser visto sin cesar, de poder ser visto constantemente, es lo que mantiene en su sometimiento al individuo disciplinario.” (Foucault, 1976; 192).

La inversión política también se expresa en la descripción del individuo. Foucault plantea que el criterio [político] de individualización ha cambiado con las transformaciones hacia un poder disciplinario, o en otras palabras, se ha invertido. En la época anterior a la generalización de las disciplinas como forma política, el registro se enfocaba en el soberano, en sus proezas e incluso en su linaje. Para Foucault, los procedimientos de poder disciplinario “rebajan el umbral de la individualidad descriptible y hacen de esta descripción un medio de control y un método de dominación.” (Foucault, 1976; 192). El nivel de registro no se encuentra en el soberano, pero sí en el súbdito.

El poder disciplinario enfoca su atención en la descripción de aquellos sujetos que se ubican fuera de los patrones de normalidad establecidos. La individualización descriptiva que plantea el poder disciplinario no se trata de la crónica que pretende hacer una narrativa épica en torno al sujeto descrito, se trata de un registro que funciona como instrumento de objetivación y dominación (Foucault, 1976;

196). De esta manera, podemos decir que el registro de la individualidad llama la atención sobre las diferencias respecto a una referencia homogeneizadora.

La descripción usualmente estaba aparejada a la figura del soberano: “Cuanto mayor cantidad de poderío o de privilegio se tiene, más marcado se está como individuo, por rituales, discursos o representaciones plásticas.” (Foucault, 1976; 197). Ahora bien, en el escenario histórico en el que el poder disciplinario se extiende en el cuerpo social (siglo XVIII), la individualización descriptiva recae sobre los sujetos que son objeto del poder disciplinario. Si antes la descripción se enfocaba en quien empuñaba una espada, la técnica disciplinaria construirá descripciones de aquellos sobre quienes recae el ejercicio del poder.

En suma, el foco de las miradas y de los registros se concentra en los subordinados. La atención puesta en la actividad de los sujetos puede asegurar el control de las fuerzas productivas. De esta manera, es posible afirmar que las modernas formas de poder aseguran la eficacia del proceso productivo gracias a la vigilancia que se orienta a reforzar a los individuos en su lugar, a corregirlos. Este poder que surge en instancias particulares se ejerce a partir de la mirada, y es un poder fundamentalmente normalizador.

Las disciplinas establecen una norma que tiene como función ser referencia y modelo de la conducta. La norma, además de ser referencia, implica un ejercicio de poder; al implantarse una norma al interior de una institución disciplinaria se pretende homogeneizar a los individuos que conforman el aparato. Por otra parte, la norma también señala las diferencias y clasifica a los sujetos, incluso a partir de las diferencias puede darles un lugar en el aparato productivo, y esto puede hacerse a través de técnicas distributivas como el rango.

La anatomía política se vale de medios de corrección, y aquí podemos entender por corrección el intento de ajustar la conducta del individuo a la norma. La corrección implica fijación del individuo, y por lo tanto, la estabilidad del proceso de producción; podemos afirmar que esto es así porque la vigilancia y la sanción aseguran que las fuerzas de las que dispone el aparato no se vuelvan contra este. Se pretende poner al individuo en ese cauce correcto que refiere a la norma. En este sentido, podemos ver que los medios del buen encauzamiento que plantea Foucault son parte relevante del moderno proceso de producción. La coerción sobre el cuerpo, sus movimientos, gestos y detalles supone entonces una norma.

El poder disciplinario no sólo supone homogeneidad, también puede utilizar las diferencias individuales para distribuir. Las diferencias establecidas por el poder normalizador permiten al aparato productivo ajustar sus elementos, de tal manera que se obtenga de estos los mayores efectos

productivos, lo cual puede traducirse en el desarrollo de las capacidades productivas de los individuos que guardan estrecha relación con el aparato.

Al igual que Walhausen, podemos ver que las disciplinas logran éxito en su cometido (la coerción sobre los cuerpos) porque se configuran como un arte del enderezamiento. Así, la referencia a una norma es parte fundamental del poder disciplinario, y por lo tanto, es posible afirmar que en tanto el aparato productivo constituido en los siglos XVIII y XIX requería el poder disciplinario, cuanto más requería la referencia a una norma. La homogeneización de los elementos insertos en el aparato junto con la distribución de las diferencias reporta utilidad. El afán de normalización es también un interés de tipo productivo.

3.3 Panoptismo o la consolidación política de la sociedad burguesa

Hemos visto que las modernas formas de poder proceden principalmente por la vigilancia. En la era moderna asistimos a un proceder fiscalizador sobre la actividad de los hombres. La mirada es más eficiente en términos políticos que la espada. La anatomía política plantea así un problema que tal vez no se había considerado en las épocas en que prevalecía la espada: ¿cómo posibilitar el ejercicio político a partir de la mirada?

A finales del siglo XVIII Jeremy Bentham, a solicitud de Jorge III, diseñó un modelo de cárcel que llamó ‘panopticon’; modelo que luego sería reproducido no sólo en penitenciarías sino en hospitales y manufacturas. Si bien el panóptico fue pensado en principio como la respuesta a un problema técnico, como principio arquitectónico, podemos encontrar en este diseño un mecanismo político que trasciende los muros de las instituciones disciplinarias. Para Foucault el panóptico puede entenderse como la fórmula abstracta o el esquema de un modelo de sociedad, y en ese sentido, Bentham es el Fourier de este tipo de sociedad (Foucault, 1976; 219, 227).

En este sentido, es posible afirmar que Bentham ofrece una respuesta: el panóptico es un modelo de control de fuerzas que se basa en la vigilancia. Bentham no sólo pensaba la prisión moderna, pensaba en aquellas instituciones que requerían la clausura, y esto incluye las manufacturas. La ‘invención’ de Bentham puede considerarse como ese esquema de poder que es requerido por el orden productivo que se desarrolló ya sin barreras en el siglo XVIII. No puede concebirse el proceso de producción capitalista sin un esquema de control de fuerzas, y en este sentido podemos considerar el panóptico como un mecanismo político que opera constantemente en la sociedad burguesa. En este apartado trataremos los siguientes puntos: la invasión política de la sociedad, el modelo arquitectónico y político de Bentham, la sociedad burguesa como sociedad normalizadora, el poder disciplinario como contraderecho, y por último, el control de las fuerzas.

3.3.1 La invasión política de la sociedad

¿Es posible invadir políticamente una sociedad? ¿Es posible tener el control sobre lo que pasa en una sociedad? Si pensamos en el poder como algo ligado al aparato del Estado, nos estaríamos preguntando por la posibilidad de un Estado total. Las modernas formas de poder no se refieren al Estado, tampoco a sus instituciones. El poder disciplinario es invasivo, invade la existencia de las personas. No olvidemos que el sujeto disciplinado es un producto de relaciones de poder, es producto de un control sobre cada detalle de sí. El sujeto disciplinado es una fuerza dominada.

En este sentido, ¿es posible pensar en una fuerza social dominada? La invasión política de la existencia social ha sido pensada por Foucault a partir de su lectura de Bentham. Para ilustrar esta posibilidad, considero válido recurrir al reglamento que se debía adoptar cuando se declaraba la peste en una ciudad. Foucault trae a colación este reglamento para mostrar una sociedad que ha sido atravesada por el poder disciplinario. Este reglamento prescribe una serie de procedimientos que debía seguir toda una ciudad a fin de mantener la propia vida. Uno de los procedimientos que puede advertirse en el reglamento es la distribución de los elementos: “una estricta división espacial: cierre, naturalmente, de la ciudad y del ‘terruño’ [...] división de la ciudad en secciones distintas en las que se establece el poder de un intendente” (Foucault, 1976; 199).

Las técnicas de la distribución propias del poder disciplinario se ven realizadas a una multitud del tamaño de una ciudad. En el reglamento del estado de peste podemos notar la composición de un espacio disciplinario que atiende a un fin inmediato (la conservación de la vida), impone un orden y pretende aclarar las confusiones. Este gran espacio disciplinario fija sus elementos, es un “espacio recortado, inmóvil, petrificado. Cada cual está pegado a su puesto. Y si se mueve, le va en ello la vida, contagio o castigo.” (Foucault, 1976; 199).

En esta ciudad artificial el espacio es conformado de tal manera que sea posible la vigilancia. El campamento militar adquiere las dimensiones de la ciudad y, como diría Marx, este ‘ejército civil’ reclama una serie de jefes y oficiales: al dividirse el espacio en secciones, se le asigna la responsabilidad de vigilar una sección a un intendente, la vigilancia de las calles de cada sección están a cargo de un síndico, y a los extremos de las calles se encuentran los centinelas. El esquema del campamento militar opera en la ciudad en estado de peste, “la mirada está por doquier en movimiento [...] cuerpos de guardia en las puertas, en el ayuntamiento y en todas las secciones para que la obediencia del pueblo sea más rápida y la autoridad de los magistrados más absoluta” (Foucault, 1976; 199).

Este reglamento del estado de peste muestra la invasión del poder disciplinario en la sociedad, las técnicas disciplinarias operan a un nivel que trasciende las instituciones disciplinarias; incluso impone la clausura sobre la ciudad (Foucault, 1976; 199). En suma, Foucault muestra a través de este reglamento un modelo de poder disciplinario, un modelo a través del cual el orden responde al caos por medio de un poder omnipresente, invasivo:

Este espacio cerrado, recortado, vigilado, en todos sus puntos, en el que los individuos están insertos en un lugar fijo, en el que los menores movimientos se hallan controlados, en el que todos los acontecimientos están registrados, en el que un trabajo ininterrumpido de escritura une el centro y la periferia, en el que el poder se ejerce por entero, de acuerdo con una figura jerárquica continua, en el que cada individuo está constantemente localizado, examinado y distribuido entre los vivos, los enfermos y los muertos – todo esto constituye un modelo compacto del dispositivo disciplinario. [...] Prescribe a cada cual su lugar, a cada cual su

cuerpo, a cada cual su enfermedad y su muerte, a cada cual su bien, por el efecto de un poder omnipresente y omnisciente que se subdivide él mismo de manera regular e ininterrumpida hasta la determinación final del individuo, de lo que lo caracteriza, de lo que le pertenece, de lo que le ocurre. Contra la peste que es mezcla, la disciplina hace valer su poder que es análisis. (Foucault, 1976; 201).

De este modelo de dispositivo disciplinario podemos resaltar lo siguiente: el poder disciplinario penetra una ciudad conformando una fuerza social que resiste la proliferación de la enfermedad. O dicho de otra manera, se conforma un aparato protector, se hace de la sociedad una fuerza que defiende la vida. El reglamento que Foucault expone pretende la invasión política a una escala social. La división del trabajo o la táctica militar entra en escena en toda una ciudad. Una sociedad ‘disciplinada’ (o dócil) sería el resultado de su invasión política.

Sin embargo, el reglamento no es perpetuo. En el modelo del reglamento, el poder disciplinario opera en un momento de excepción. Sólo cuando la enfermedad invade la sociedad se permite la invasión política. Aunque el modelo del reglamento muestra de qué manera es posible la invasión política de una sociedad, dicha invasión no se prolonga más allá de la enfermedad. La peste suscita el reglamento, pero la peste no se prorroga, y por lo tanto, la dimensión temporal de la invasión política se reduce a la dimensión temporal de la patología. Por lo tanto, es válido replantear la pregunta: ¿Es posible invadir políticamente una sociedad? ¿Es posible el dominio de una fuerza social más allá del estado de excepción? Particularmente nos interesa saber si es posible asegurar el dominio de las fuerzas sociales productivas, este dominio asegura el orden establecido a partir de la revolución burguesa.

3.3.2 Bentham, pensador político del orden burgués

En 1791 se publicó en Inglaterra el texto *Panopticon*. Este texto fue escrito por Jeremy Bentham, y compuesto en forma de cartas dirigidas a un corresponsal anónimo donde se propone un diseño particular de casas de reclusión. En el *Panopticon* se quiere presentar, en principio, una idea arquitectónica, el diseño de un edificio que pudiera albergar a una multitud de tal manera que se la pudiera vigilar constantemente, y a través de esta vigilancia, ejercer poder. Bentham pensó en un ‘edificio político’, un lugar en el cual la distribución de los espacios pueda reproducir mecanismos de control sobre las fuerzas de una multitud de individuos. En el prefacio al *Postscript*, Bentham escribió¹: “Morals reformed, health preserved, industry invigorated, instruction diffused, public burthens lightened, economy seated as it were upon a rock, the Gordian knot of the poor-laws not cut but untied, all by a simple idea in architecture!” (Bentham, 1791; i).

¹ Hago aquí una traducción libre de la cita del texto de Bentham: “La moral reformada, la salud preservada, la industria vigorizada, la instrucción difundida, los cargos públicos atenuados, la economía asentada (por así decirlo) sobre una roca, el nudo gordiano de las leyes no cortado sino desatado, todo esto por una sencilla idea de arquitectura.”

Las instituciones disciplinarias, por el arte de las distribuciones, exigen la clausura (Foucault, 1976; 175). En este sentido, el prefacio al *Postscript* no sólo refiere a un diseño que pueda aplicarse a las penitenciarías sino a todo tipo de casas donde se recoge a una multitud en un espacio clausurado. La ‘sencilla idea de arquitectura’ planteada por Bentham puede entenderse como un proyecto político, un proyecto en el cual la arquitectura puede orientar los elementos que aloja a la realización de ciertos fines (la preservación de la salud, el desarrollo de la actividad productiva, la instrucción de los jóvenes, etc.).

De esta manera, podemos notar que una transformación en la arquitectura es acompañada por una transformación del poder. En el tránsito de un poder solemne a un poder sutil, de una ‘macrofísica de la soberanía’ a una ‘microfísica del poder’, se identifica asimismo el tránsito de una arquitectura de la magnanimidad del soberano a una arquitectura del poder disciplinario:

Desde finales del siglo XVIII la arquitectura comienza a estar ligada a los problemas de población, de salud, de urbanismo. Antes, el arte de construir respondía sobre todo a la necesidad de manifestar el poder, la divinidad, la fuerza. El palacio y la iglesia constituían las grandes formas [...] Pero, a finales del siglo XVIII, aparecen nuevos problemas: se trata de servirse de la organización del espacio para fines económico-políticos. (Foucault, 1980; 11-12).

A finales del siglo XVIII se configura entonces una nueva arquitectura política que sirve de soporte para el poder capilar que se configura en el mismo contexto histórico. Aunque el panóptico fue un producto de un encargo del soberano, es sabido que este modelo arquitectónico generó controversia con Jorge III; probablemente esta controversia simbolice el hecho de la instauración del poder disciplinario a fines del siglo XVIII. Arquitectura y política encuentran así un punto de convergencia en un mismo período histórico:

Creo que el enfrentamiento de Jorge III y sus servidores –más o menos contemporáneo de *El Panóptico*-, esa confrontación de la locura del rey y de la disciplina médica, es uno de los puntos históricos y simbólicos del surgimiento y la instalación definitiva del poder disciplinario en la sociedad. (Foucault, 2005; 61).

Bentham plantea el diseño arquitectónico de un espacio invadido por el poder disciplinario. El panóptico de Bentham puede considerarse como el paradigma de la reclusión², el diseño puede parecer simple (como Bentham sugiere en el *Postscript*): una construcción en forma de anillo y en el centro de éste una torre (Foucault, 1976; 203). El perímetro del anillo está dividido en celdas donde las ventanas interiores y exteriores (de las celdas) permiten que la luz penetre para hacer visible el interior de éstas (las celdas), y desde la torre se ejercen las funciones de vigilancia. Los reclusos se sitúan en las celdas del perímetro anular y los vigilantes en la torre central. La luz que entra por las ventanas, garantiza al vigilante la visibilidad de los elementos que alojan las celdas, garantiza el ejercicio de vigilancia sobre

² Foucault en su libro *Vigilar y Castigar* muestra una serie de láminas que ilustran la reproducción del modelo arquitectónico del panóptico en varios lugares de reclusión.

los reclusos: “Tantos pequeños teatros como celdas, en los que cada actor está solo, perfectamente individualizado y constantemente visible.” (Foucault, 1976; 203).

El diseño propuesto por Bentham pretende realizar una utopía política: el ejercicio ideal del poder a partir de un único punto de vigilancia, captar todo con una sola mirada de manera permanente. En el modelo político de Bentham, la vigilancia tiene (literalmente) un lugar central. ¿Cómo hacerse con el control de las fuerzas productivas sin que el ejercicio del poder resulte oneroso? La respuesta está en la vigilancia (Bentham, 1791; 24). Tal vez en los círculos cercanos de la realeza británica el planteamiento del ejercicio político a partir de la mirada parecía inverosímil, ya que, de acuerdo con lo planteado en el *Panopticon*, dicho ejercicio podía prescindir de la espada.

Es posible afirmar que Bentham no piensa en una figura despótica como fuente de poder, por el contrario, en su *Panopticon* se plantea que el poder sobre las fuerzas lo reproducen los mismos subordinados, los mismos portadores de la fuerza de trabajo. En este sentido, podemos considerar que el *Panopticon* constituye la auténtica obra del pensamiento político de la modernidad. En su obra, Bentham capta una de las transformaciones más relevantes del siglo XVIII: la inversión política. Hemos mencionado que la moderna arquitectura dispone los espacios de tal manera que la luz caiga sobre el subordinado, no sobre la autoridad. Dicho en otros términos, la idea arquitectónica de Bentham plantea que el poder viene de abajo, el ‘lugar’ del ejercicio político son los cuerpos dóciles, las fuerzas doblegadas.

La sociedad burguesa prescinde de la espada. De acuerdo con Bentham, si se pretende el dominio sobre las fuerzas productivas, lo más importante es ‘hacerse dueño’ del entorno del individuo, de la misma manera que el maestro influye sobre el estudiante a fin de instruirlo. Podemos decir que la mirada es ese medio para adueñarse de las circunstancias, para hacer que el sujeto produzca el efecto esperado. Bentham afirma que el punto más importante de su idea arquitectónica es que los subordinados sientan la inspección, que perciban la mirada (Bentham, 1791; 24).

El recluso sólo puede ver la torre central, sabe que se le observa. He aquí el efecto principal y característicamente político de esta ‘sencilla idea de arquitectura’. Al estar consciente de que es objeto de una vigilancia permanente, el detenido reproducirá los efectos de poder:

De ahí el efecto mayor del Panóptico: inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. Hacer que la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción. [...] en suma, que los detenidos se hallen insertos en una situación de poder de la que ellos mismos son los portadores. (Foucault, 1976; 204).

El efecto político de esta ‘idea’ radica en el estado de consciencia de vigilancia por parte del detenido. Es suficiente con que el recluso se sepa observado, según Foucault, no es necesario que la vigilancia sea perpetua (Foucault, 1976; 205). Si el recluso tiene consciencia de que está siendo

vigilado, él hará lo que se le ha prescrito (si es obrero trabajará, si es enfermo seguirá los cuidados, si es aprendiz seguirá la instrucción, etc.). En contraste con el poder soberano, el poder disciplinario (encarnado en el panóptico) no basa su funcionamiento en una figura central, sino en las técnicas distributivas, de la disposición de los espacios, y en la vigilancia, esto es, “en un equipo cuyos mecanismos internos producen la relación en la cual están insertos los individuos.” (Foucault, 1976; 205).

La obediencia se produce de manera automática, “una sujeción real nace mecánicamente de una relación ficticia.” (Foucault, 1976; 206). En concordancia con Foucault, podemos afirmar que el *Panopticon* concibe al individuo como un efecto del poder:

La eficacia del poder, su fuerza coactiva, han pasado, en cierto modo, al otro lado –al lado de su superficie de aplicación. El que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las hace jugar espontáneamente sobre sí mismo; inscribe en sí mismo la relación de poder en la cual juega simultáneamente los dos papeles; se convierte en el principio de su propio sometimiento. (Foucault, 1976; 206).

En las líneas del prefacio al *Postscript* que hemos citado, Bentham hace referencia a esos lugares de poder que se conforman a partir de técnicas de poder disciplinario. Es posible afirmar que Bentham concebía su sociedad como un conjunto de instancias regionales de ejercicio del poder, y por esta razón, pensó el poder como una relación local. Diseñó su plan arquitectónico como un mecanismo que opera en una instancia local. En este sentido, también podemos decir que Bentham hace un análisis del poder al margen del modelo del *Leviatán*; el pensamiento político de Bentham tampoco versa sobre la conformación de un soberano colectivo, sino sobre una fuerza social dominada al interior de las instancias regionales.

Aparentemente Bentham no plantea un medio para invadir políticamente una sociedad. Sin embargo, podemos afirmar que su modelo capta las especificidades de las modernas formas de poder. En el moderno ejercicio del poder, Bentham percibe el papel central de la vigilancia, y también entiende que el poder ‘viene de abajo’. Probablemente, para Bentham, la utopía política sólo es posible en lugares específicos. La sociedad burguesa es una sociedad que se sostiene a partir de instancias materiales de dominación, las fuerzas productivas son controladas y conformadas en dichos lugares.

Mandeville advertía la división del trabajo operando a nivel social. Smith también advierte este principio productivo en la sociedad cuando recurría al ejemplo de la producción de una chamarra. Por otra parte, vale la pena recordar que Marx establecía una diferencia importante entre la división del trabajo en la manufactura y en la sociedad: si en la manufactura las actividades son reguladas a partir de la división del trabajo, la división del trabajo en la sociedad no regula las actividades productivas a escala social (Marx, 1999; 290). La división del trabajo se establece en la sociedad a partir de

diferentes industrias autónomas que se relacionan mediante la esfera del intercambio (Marx, 1999; 289).

Para invadir políticamente una sociedad no basta con las técnicas distributivas. Al igual que el reglamento de una ciudad en estado de peste, debe asegurarse que cada quien se halle en su lugar. Las diferentes instancias de poder que operan en la sociedad son autónomas, como las diferentes industrias que conforman las fases de la actividad productiva de la sociedad. ¿Es posible relacionar de alguna manera las diferentes instancias locales de poder de tal manera que, a partir de ellas, sea posible la invasión política de la sociedad? Considero que, en su lectura de Bentham, Foucault puede darnos alguna pista importante: de acuerdo con Foucault, el esquema panóptico puede entenderse como el esquema de una sociedad atravesada por los dispositivos disciplinarios (Foucault, 1976; 219).

3.3.3 Sociedad normalizadora

Foucault plantea que el panóptico es la figura arquitectónica de la conformación del poder disciplinario (Foucault, 1976; 203). Si concebimos el panóptico como la fórmula general del ejercicio político, podemos afirmar que la mirada es la que debe invadir la sociedad a fin de dominar las fuerzas en conjunto. Hemos mencionado que el reglamento de la ciudad en estado de peste prescribe procedimientos para la invasión política de la existencia social, pero dicha invasión política estaba condicionada. Esto es, la invasión política estaba justificada únicamente por la invasión patológica.

El reglamento ponía en circulación la mirada. La vigilancia recorría cada rincón de la ciudad, el poder que ponía en funcionamiento dicho reglamento pretendía registrar cada cosa y movimiento del espacio. En síntesis, pretendía el control del entorno [social]. El reglamento reproducía el esquema panóptico, se ponían en acción técnicas de poder. La invasión política estaba ligada a un único propósito. En contraste, el *Panopticon* de Bentham capta las formas modernas del poder en su forma pura, se plantea una teoría política de la sociedad burguesa:

El Panóptico, por el contrario, debe ser comprendido como un modelo generalizable de funcionamiento; una manera de definir las relaciones del poder con la vida cotidiana de los hombres. [...] Pero el Panóptico no debe entenderse como un edificio onírico: es el diagrama de un mecanismo de poder referido a su forma ideal; su funcionamiento, abstraído de todo obstáculo, resistencia o rozamiento, puede muy bien ser representado como un puro sistema arquitectónico y óptico: es de hecho una figura de tecnología política que puede y que se debe desprender de todo uso específico. (Foucault, 1976; 208-209).

Muy bien dice Foucault que el panóptico es una “jaula cruel y sabia”. Si la idea política de Bentham puede desligarse de cualquier uso específico, tal vez pueda encontrarse en esta idea la ‘arquitectura’ política de una sociedad, esto es, la conformación de un espacio disciplinario de dimensiones sociales. Es posible afirmar que la ‘jaula’ puede adquirir gran magnitud. El ejercicio del poder no es una agregación externa, éste se integra a los procesos básicos con los individuos insertos en

el aparato productivo. En palabras de Foucault, el panóptico “es una manera de hacer funcionar unas relaciones de poder en una función, y una función por esas relaciones de poder.” (Foucault, 1976; 210). Si uno de los planteamientos del *Panopticon* es la inversión política, si el poder viene de ‘abajo’, ¿cómo podría pensarse en un poder a nivel social que no sea una imposición externa? Una sociedad cuyo control sobre las fuerzas productivas se integre en el mismo proceso de producción no debe establecerse [exclusivamente] como una sociedad represora.

En efecto, la sociedad burguesa no es una sociedad represora, ésta surge como desarrollo y ampliación del proceso productivo. Debe tenerse en cuenta que el poder, en la sociedad burguesa, no se establece (en absoluto) como un aparato represor. No se trata de la usurpación del trono por parte de la burguesía, el surgimiento de esta sociedad no se reduce, en términos políticos, a la decapitación del soberano. Esta sociedad ha de valerse de algún recurso para asegurar el control de sus fuerzas sociales si quiere sostenerse. Es posible afirmar que el panóptico, en tanto que esquema y fórmula general del poder, es ese recurso del que se vale esta sociedad a fin de asegurar la fijación de los individuos y la producción de sujetos útiles, es el medio para asegurar ‘a cada quien en su lugar’. Por lo tanto, si el *Panopticon* revela el auténtico rostro político de la sociedad burguesa, podemos caracterizar a la sociedad burguesa como una sociedad disciplinaria, una sociedad de vigilar y sancionar. En suma, podemos caracterizar la modernidad como la formación de una sociedad normalizadora.

Las disciplinas no sólo contrarrestan ‘males’, también pueden producir ‘bienes’; “de ahí que [las disciplinas] tiendan a implantarse en los sectores más importantes, más centrales, más productivos de la sociedad” (Foucault, 1976; 214). La importancia que adquiere el poder disciplinario en la sociedad burguesa es de carácter productivo. Debemos tener en cuenta que esta sociedad requiere una modalidad política que amplifique las fuerzas.

La sociedad burguesa y su orden industrial traen una forma política que desempeña un papel positivo. Esto es, la tecnología política no es sólo represora, también es amplificadora de la producción y de las fuerzas productivas, se orienta además a la producción de plusvalía. El panóptico pretende ser un potenciador de las fuerzas productivas, pretende amplificarlas. El panóptico ya no le plantea un papel negativo al poder disciplinario (represivo) sino un papel positivo (productivo). Dado que las disciplinas desempeñan un papel positivo o productivo, Foucault se pregunta cómo intensificar el poder y a la vez aumentar la productividad:

[S]e trata de volver más fuertes las fuerzas sociales –aumentar la producción, desarrollar la economía, difundir la instrucción, elevar el nivel de la moral pública; hacer crecer y multiplicar. [...] ¿Qué intensificador de poder podrá ser a la vez un multiplicador de producción? [...] La solución del Panóptico a este problema es que el aumento productivo del poder no puede ser garantizado más que si de una parte tiene la posibilidad de ejercerse de manera continua en los basamentos de la sociedad, hasta su partícula más fina, y si, por otra

parte, funciona al margen de esas formas repentinas, violentas, discontinuas, que están vinculadas al ejercicio de la soberanía. (Foucault, 1976; 211).

La espada no es empuñada por otro actor político, el poder debe ejercerse en la base social, atravesando la existencia de los individuos, “su dominio es por el contrario toda esa región de abajo, la de los cuerpos irregulares, con sus detalles, sus movimientos múltiples, sus fuerzas heterogéneas, sus relaciones espaciales.” (Foucault, 1976; 211). De esta manera, la intensidad del poder no la aumenta una figura de autoridad, pero sí los mismos individuos [subordinados]. Para Foucault el modelo político de Bentham es generalizable en el cuerpo social. Lo importante es trascender los muros de las instituciones disciplinarias, llevar esas técnicas disciplinarias y hacerlas operar en el tejido social. Se trata entonces de la conformación de una sociedad disciplinaria: “La disposición panóptica da la fórmula de esta generalización. Programa, al nivel de un mecanismo elemental y fácilmente transferible, el funcionamiento de base de una sociedad toda ella atravesada y penetrada por mecanismos disciplinarios.” (Foucault, 1976; 212).

Es probable que una sociedad atravesada por las técnicas disciplinarias haya sido el sueño de Bentham. El panóptico puede considerarse como el trazo fundamental para pensar la sociedad disciplinaria. Hemos mencionado que el poder disciplinario no es un invento (o descubrimiento) único, las tecnologías políticas surgen en diversos lugares. Foucault describe el surgimiento de la anatomía política como una serie de sucesos que se yuxtaponen, que se apoyan unos sobre otros y se imitan (Foucault, 1976; 142). Las instancias regionales de poder que se conforman en el siglo XVIII han sido resultado de un proceso complejo de relaciones entre sí. De acuerdo con este planteamiento de Foucault, ciertos lugares han tomado técnicas políticas de otros lugares³; las técnicas disciplinarias pasan de los conventos y los cuarteles a otros sectores productivos, “lo que era islote, lugar privilegiado, medida circunstancial, o modelo singular, pasa a ser fórmula general” (Foucault, 1976; 212-213). Esta multiplicación de las instituciones disciplinarias constituye un paso para extender un dominio que asegure las fuerzas a nivel social.

La sociedad burguesa se conforma de tal manera que esos archipiélagos políticos se relacionen e invadan, con sus medios, otros espacios. Apoyándonos en la lectura de *Vigilar y castigar*, podemos encontrar dos maneras de relacionar las instancias regionales de poder: los proceso de enjambrazón y nacionalización de los dispositivos disciplinarios. Se trata de dos procesos que permiten la invasión política de la sociedad. A fin de que el poder disciplinario penetre en la sociedad, es necesario que los mecanismos disciplinarios salgan de la institución, que trasciendan la clausura: “A veces, son los

³ Por ejemplo, es muy probable que el proceso de trabajo de las manufacturas se halla conformado de acuerdo a principios de táctica militar; “militarización insidiosa de los grandes talleres”. (Foucault, 1976; 142).

aparatos cerrados los que agregan a su función interna y específica un papel de vigilancia externa, desarrollando en torno suyo un margen entero de controles laterales.” (Foucault, 1976; 214).

Esto quiere decir que el objeto de control de las instituciones disciplinarias también está más allá de la clausura: el maestro puede salir de la escuela para informarse sobre las condiciones familiares y sociales de los estudiantes, puede ejercer vigilancia y control más allá de la escuela, en el entorno extra-clausura del estudiante; “la escuela tiende a constituir minúsculos observatorios sociales para penetrar hasta los adultos y ejercer sobre ellos un control regular” (Foucault, 1976; 214). De esta manera, la vida cotidiana del sujeto disciplinado se ve invadida por el ejercicio político.

Las técnicas disciplinarias también se difunden en la sociedad a través de pequeños focos de control (Foucault, 1976; 215). Estos focos de control difunden los procedimientos disciplinarios en varios puntos de la sociedad. Para Foucault, estos focos de difusión toman la forma de organizaciones religiosas o de beneficencia, las cuales atienden a tres tipos de objetivos: religiosos, económicos y políticos. Se trataba de suscitar los valores religiosos en varios sectores de la sociedad, pero también se trataba de fomentar una moral del trabajo y de evitar los desórdenes sociales. Estas organizaciones elaboraban un tipo de observatorio en dichas zonas a fin de examinar los hábitos y condiciones de vivienda de las personas a quienes asistían (Foucault, 1976; 215-216). De esta manera el poder disciplinario invadía otras zonas en las que no se advertía su presencia.

Las organizaciones de asistencia social podían cumplir una tarea disciplinaria en la sociedad, pero además, la invasión política es posible a partir de otra institución que cumple un papel fundamental en la sociedad burguesa: la policía. La policía se asocia con el aparato del Estado, con la soberanía. De hecho, la policía puede verse como un brazo político (y armado) del poder soberano, es una magistratura que sigue órdenes emitidas por un soberano (Foucault, 1976; 216). Además de seguir órdenes del Estado, cumple funciones de vigilancia y control en la sociedad. La policía, entonces representa una invasión de la tarea disciplinaria en el tejido social, pero es también una invasión que evoca el poder soberano:

Es un aparato que debe ser coextensivo al cuerpo social entero y no sólo por los límites extremos que alcanza, sino por la minucia de los detalles de que se ocupa. El poder policiaco debe actuar ‘sobre todo’: no es en absoluto, sin embargo, la totalidad del Estado ni del reino, como cuerpo visible e invisible del monarca; es el polvo de los acontecimientos, de las acciones, de las conductas, de las opiniones –‘todo lo que pasa’; el objeto de la policía son esas ‘cosas de cada instante’, esas ‘cosas de nada’ de que hablaba Catalina II en su Gran Instrucción. (Foucault, 1976; 216-217).

La policía debe recurrir a dispositivos de vigilancia [jerárquica], debe hacer visible cada espacio del cuerpo social siendo ella misma invisible en el ejercicio del poder (Foucault, 1976; 217). Este aparato ejerce un control minucioso sobre los elementos de la sociedad, es un aparato encargado del mantenimiento del orden burgués. La institución encargada de mantener el orden de la sociedad

moderna se establece sobre la base de las funciones de vigilancia. A fin de cumplir la tarea disciplinaria con intensidad, la policía establece un esquema de vigilancia jerárquica y un sistema permanente de registro. Puede notarse aquí que la policía aplica las técnicas de las instituciones disciplinarias a escala social, podemos decir que sus operaciones desencierran las disciplinas. En este sentido, la policía funciona como operador para consolidar el poder disciplinario en el cuerpo social.

La policía es un disciplinante social, un órgano político que puede encauzar la conducta social haciendo uso de técnicas disciplinarias. Por una parte, la policía representa un punto de unión entre el poder del soberano y las esferas de poder disciplinario localizadas en la sociedad, por otra parte, llena el vacío que dejan las instituciones disciplinarias, la policía va a donde estas instituciones ‘cerradas’ no tienen jurisdicción; dicho en otros términos, la policía desencierra las disciplinas:

[E]ntre estas instituciones cerradas de disciplina, extiende una red intermedia, que actúa allí donde aquéllas no pueden intervenir, disciplinando los espacios no disciplinarios; pero que cubre, una entre ellos, garantiza con su fuerza armada: disciplina intersticial y metadisciplina. ‘El soberano, por medio de una prudente policía, acostumbra al pueblo al orden y a la obediencia.’ La organización del aparato policiaco del siglo XVIII sanciona una generalización de las disciplinas que alcanza las dimensiones del Estado. (Foucault, 1976; 218).

No obstante, en concordancia con Foucault, debe advertirse que la policía no detenta la totalidad de la tarea disciplinaria en la sociedad. Las disciplinas no se entienden como una institución, son una tecnología, un modo de ejercer el poder (Foucault, 1976; 218). Las disciplinas, en tanto que modalidad de ejercicio político, cuentan con varios recursos (técnicas, procedimientos, instrumentos) que pueden ser generalmente aplicados para el encauzamiento. Las disciplinas son la forma generalizable del ejercicio del poder. La policía es una institución estatal que ha tomado las técnicas disciplinarias y las integra en su ejercicio. La policía tal vez no es la institución que atraviesa políticamente la sociedad, es tan solo una institución entre tantas. La invasión política de la sociedad no está a cargo exclusivamente por la policía, la invasión política de la existencia social es posible en virtud de otros mecanismos que no tienen relación aparente con el Estado. Es posible afirmar que la policía es sólo una institución (además de otras organizaciones) que llena el espacio meta-clausura con técnicas disciplinarias. Las modernas formas de poder no se asocian en absoluto con el Estado, de ahí no provienen dichas formas.

Foucault se apoya en Julius para afirmar que el diseño de Bentham es mucho más que arquitectura, el *Panopticon* plantea un tipo de sociedad, constituye “un acontecimiento en la historia del espíritu humano” (Foucault, 1976; 219). Lo que llamamos ‘modernidad’ ha representado el paso de una sociedad del espectáculo a una sociedad de la vigilancia, el paso de la manifestación pública de la espada a las modernas formas de poder:

Julius leía como un proceso histórico consumado lo que Bentham había descrito como un programa técnico. [...] Somos mucho menos griegos de lo que creemos. No estamos ni sobre las gradas ni sobre la escena, sino en la máquina panóptica, dominados por sus efectos de poder que prolongamos nosotros mismos, ya que somos uno de sus engranajes. (Foucault, 1976; 220).

Así, podemos afirmar que la sociedad burguesa es una sociedad invadida políticamente. Se trata menos de una sociedad que se conforma sobre principios [jurídicos] de libertades individuales. En efecto es una sociedad que surgió en base a una exigencia de libertad: que el soberano no controle la actividad productiva. El libre desarrollo del moderno aparato productivo ha sido posible por la conquista de la libertad productiva. Sin embargo, la liberación de los controles estatales implicó la libertad de explotación de las fuerzas productivas del trabajo. Esto es, la sociedad burguesa se funda sobre la base del libre ejercicio coercitivo sobre los individuos, esta sociedad versa sobre la conformación del gran aparato productivo constituido por el trabajo de hombres e instrumentos mecánicos. Es una sociedad de las coerciones minuciosas que invaden los cuerpos. Tal vez la sociedad burguesa no surge con la formulación de libertades de los hombres, surge con la generalización de las técnicas del poder disciplinario, surge con las prisiones, los modernos hospitales, cuarteles y manufacturas; en suma, una sociedad de archipiélagos de poder, mas no de libertades. Una sociedad que se construye con el diseño de la arquitectura panóptica. Podemos decir que la moderna sociedad es esa ‘jaula cruel y sabia’ que logra apresar las fuerzas sociales.

3.3.4 ¿Derechos del hombre?

La extensión del poder disciplinario en el cuerpo social puede verse como el resultado de varios procesos que sacan las disciplinas del ámbito de la clausura y que ponen a operar sus técnicas fuera de los muros de las instituciones disciplinarias. La formación de la sociedad burguesa es un proceso donde se conjugan varios procesos históricos de tipo económico, jurídico y científico.

Uno de los primeros fenómenos históricos que se identifican a lo largo del siglo XVIII en occidente es, por una parte, el amplio crecimiento demográfico, y por otra parte, el crecimiento del aparato de producción, el cual es cada vez más complejo. La generalización de las disciplinas responde a esta problemática (Foucault, 1976; 221). Se presentan las aglomeraciones urbanas, las multitudes que han de controlarse son más grandes, además, los talleres gremiales están cediendo lugar a las amplias manufacturas. La productividad aumenta en virtud de las modernas tecnologías industriales, y este crecimiento se debe corresponder con el crecimiento de la multitud; esta correlación supone una modalidad de control sobre las multitudes. Se trata de ajustar el crecimiento poblacional con el crecimiento productivo.

Tal ajuste no se encontrará en las formas del poder soberano, o en cualquier forma política que lo refiera, pues tales formas de poder solían ser discontinuas en su extensión, y solían generar conflicto con la población. Al ser formas políticas que se agregaban desde el exterior sobre la población (el

poder se imponía sobre ésta, no la atravesaba), no atienden a la problemática de ajustar el crecimiento productivo y el crecimiento demográfico. En contraste, las disciplinas son aquellas formas de control que permiten realizar tal ajuste, pues el poder que plantea la disciplina asigna un lugar a los individuos (distribuye) y se integra en las funciones del aparato productivo. Las técnicas distributivas del poder disciplinario aseguran la eficacia del aparato.

Al hacer corresponder los aumentos demográfico y productivo, las disciplinas deben, en primer lugar, cumplir una función de bloqueo: contrarrestar los fenómenos de masa, o las fuerzas que se pueden oponer al desenvolvimiento de la producción. Para este fin, las disciplinas se valen de técnicas distributivas para fijar o asignar un lugar a los individuos; estas técnicas han establecido cierta distancia entre los elementos que conforman el aparato. O dicho en los términos de Foucault, se ha introducido el esquema piramidal al interior de las relaciones entre los individuos, por eso se distribuye a los individuos de acuerdo a un rango, se establecen jerarquías. De ahí la necesidad de la vigilancia jerárquica.

En segundo lugar, y ya se había hecho énfasis en esto, las disciplinas no sólo contrarrestan, también cumplen una función positiva. La correlación que exige la coyuntura histórica del desarrollo económico (en los primeros periodos de acumulación de capital) implica una tarea positiva para las disciplinas, estas deben también hacer crecer los efectos de utilidad de cada elemento de la multiplicidad así como de la multiplicidad misma. Es por esto que las disciplinas se valen de técnicas del control de la actividad y del tiempo, y también elaboran combinatorias a fin de obtener la mejor composición de fuerzas [productivas]. El aumento de utilidad de la multiplicidad y de cada elemento que la compone no se logra con las formas de poder agregadas del exterior, el poder debe integrarse en las funciones; las disciplinas ponen en juego las relaciones de poder en el interior de la multiplicidad, el poder que se ejerce debe ser discreto (Foucault, 1976; 223). En suma, las fuerzas de las multiplicidades también están disociadas, las disciplinas pretenden aumentar sus fuerzas en términos de utilidad contrarrestando las fuerzas que se oponen a su control; las disciplinas pretenden el dominio de las fuerzas sociales.

La acumulación de capital y la acumulación de individuos han hecho posible un desarrollo económico y político respectivamente. Por un lado la acumulación de capital ha hecho crecer la producción, por otro lado la aglomeración ha dado lugar al perfeccionamiento de técnicas finas del control social (Foucault, 1976; 223). En *Vigilar y Castigar* puede encontrarse una correlación entre el proceso de acumulación de capital y el proceso de extensión de las técnicas disciplinarias:

De hecho los dos procesos, acumulación de los hombres y acumulación del capital, no pueden ser separados; no habría sido posible resolver el problema de la acumulación de los hombres sin el crecimiento de un aparato de producción capaz a la vez de mantenerlos y de utilizarlos; inversamente, las técnicas que hacen útil la

multiplicidad acumulativa de los hombres aceleran el movimiento de acumulación de capital. (Foucault, 1976; 223).

De esta manera, es posible afirmar que las técnicas del poder disciplinario reportan utilidad al capital, lo hacen crecer, a través del empleo de estas técnicas es posible la obtención de plusvalía. Las transformaciones tecnológicas del aparato productivo y los procedimientos disciplinarios son elementos que se relacionan entre sí. Las técnicas del empleo del tiempo y la composición de las fuerzas, propias de monasterios y cuarteles, son introducidas en la esfera de la producción industrial a fin de ligar la población a tal esfera, hacer de los cuerpos engranajes o piezas del aparato de producción.

La acumulación de capital ha implicado un tipo de sociedad de prevalencia de los valores económicos, el objetivo principal que plantea una sociedad de corte capitalista es la obtención de plusvalía, y el instrumento que plantea la revolución industrial (en los siglos XVIII y XIX) a fin de obtenerla es la producción masiva de bienes manufacturados. Uno de los medios principales de la producción es el trabajo, medio que lo conforman los individuos insertos en un aparato de producción; y en este sentido, siendo el trabajo [social] un medio que aumenta la producción, es un medio que genera plus-valor. La producción de plusvalía requiere entonces una tecnología política capaz de fijar a las multitudes y hacerlas útiles:

El crecimiento de una economía capitalista ha exigido la modalidad específica del poder disciplinario, cuyas fórmulas generales, los procedimientos de sumisión de las fuerzas y de los cuerpos, la 'anatomía política' en una palabra, pueden ser puestos en acción a través de los regímenes políticos, de los aparatos o de las instituciones muy diversas. (Foucault, 1976; 224).

Además de los procesos de transformación económica, la sociedad burguesa se ha caracterizado por la elaboración de marcos jurídicos de carácter igualitario, y por la instalación de regímenes parlamentarios y representativos a lo largo del siglo XVIII. Si por una parte estos 'novedosos' marcos jurídicos plantean una igualdad [formal] entre los individuos que conforman una sociedad, por otra parte "el desarrollo y la generalización de los dispositivos disciplinarios han constituido la otra vertiente, oscura, de estos procesos." (Foucault, 1976; 224). Los dispositivos del poder disciplinario contradicen lo escrito en los preceptos jurídicos, pues, en contraste con los sistemas de derecho surgidos en el siglo XVIII, las disciplinas establecen esquemas inequitativos de relaciones entre personas, esto es, esquemas jerárquicos. El poder disciplinario suscita la asimetría entre los individuos con el objeto de ejercer coerción.

Por un lado, un orden jurídico de libertades e igualdades reducido a las dimensiones del papel, por otro lado, una sociedad disciplinaria que se puede percibir de manera concreta a través de la práctica real de las coerciones a las que está sometido el individuo a lo largo de su existencia. El individuo se halla inserto en una sociedad donde encuentra desigualdad y coerción (y no igualdad y

libertad) en cada espacio en que se halla (el ámbito laboral, la escuela, el hospital, probablemente la misma familia, etc.), “las disciplinas reales y corporales han constituido el subsuelo de las libertades formales y jurídicas.” (Foucault, 1976; 225). En el siglo XVIII se declaran los derechos del hombre, pero también se opera la maquinaria panóptica a nivel social: “Las luces, que han descubierto las libertades, inventaron también las disciplinas.” (Foucault, 1976; 225).

Las disciplinas pueden ser vistas como la prolongación del derecho, éstas pueden asemejarse al derecho, pueden ser vistas como el derecho en un cambio de escala (Foucault, 1976; 225). No obstante, se ha visto que las disciplinas son formas generales de dominación, lo que va en contravía de la idea del derecho formal, “es preciso más bien ver en las disciplinas una especie de contraderecho.” (Foucault, 1976; 225). Y si bien la disciplina puede ser aceptada por vía del contrato⁴, en el orden disciplinario prescrito por el contrato se reproducen relaciones de poder que excluyen toda reciprocidad; el contrato que tiene como contenido el sometimiento a las disciplinas no puede ser comparado con el paradigma del vínculo contractual. Es posible afirmar que las disciplinas niegan la idea de un contrato suscrito por todos aceptando los mismos términos, las disciplinas introducen al individuo en un reino de desigualdad.

En este sentido, las disciplinas no representan la prolongación del derecho a una escala reducida, “por regular e institucional que sea, la disciplina, en su mecanismo, es un contraderecho.” (Foucault, 1976; 226). Si bien los modernos marcos jurídicos trazan los límites a las prácticas políticas, la sociedad disciplinaria pone en marcha una tecnología política que deja tales límites en el código. El panoptismo ha surgido entonces con la Edad Moderna, incluso podemos afirmar que el panoptismo es central en el contenido político de la modernidad:

Las disciplinas ínfimas, los panoptismos de todos los días pueden muy bien estar por bajo del nivel de emergencia de los grandes aparatos y de las grandes luchas políticas. Han sido, en la genealogía de la sociedad moderna, con la dominación de clase que la atraviesa, la contrapartida política de las normas jurídicas según las cuales se redistribuía el poder. De ahí sin duda la importancia que se atribuye desde hace tanto tiempo a los pequeños procedimientos de la disciplina, [...] de ahí la afirmación de que se hallan en el fundamento mismo de la sociedad y de su equilibrio, cuando son una serie de mecanismos para desequilibrar definitivamente y en todas partes las relaciones de poder (Foucault, 1976; 226).

Al lado de la tecnología política que contiene la sociedad burguesa, surgen nuevas tecnologías productivas⁵. El surgimiento de la sociedad burguesa se enmarca en el mismo contexto histórico en que se desarrollan este tipo de tecnologías de la industria. Tal parece que al lado del motor de vapor, el panóptico ha quedado a la sombra como determinante de la sociedad emergente. Las tecnologías

⁴ El contrato de trabajo puede ser un ejemplo que muestre la aceptación de la disciplina por la vía de un contrato.

⁵ La máquina de vapor se considera el paradigma de la revolución industrial.

productivas han jugado un papel importante en la formación de la sociedad moderna, sin embargo, el papel que ha jugado el panóptico, en tanto fórmula política de la modernidad, ha sido poco reconocido.

Como habíamos mencionado anteriormente, las disciplinas también desempeñan un papel positivo. En este sentido la sociedad disciplinaria, además de poner en marcha una tecnología política, también opera una tecnología productiva, el panóptico también puede entenderse como la fórmula de una tecnología productiva. Las ‘modernas’ máquinas de las manufacturas emergentes hacen uso de las fuerzas de la naturaleza, pero en contraste con esta maquinaria industrial, las disciplinas hacen uso de las fuerzas sociales, toman como recurso a los individuos; en esta tecnología política no se opera una mecánica producida por fenómenos naturales (y que puede ser ilustrada por vectores), pero sí se opera una mecánica de las coerciones sobre los individuos. El panoptismo pone en marcha la subordinación, y quizá por esta razón ha sido poco celebrado como gran transformador social⁶ (Foucault, 1976; 227).

3.3.5 La dominación, base de la industria

La producción masiva, como fundamento para la obtención de plus-valor, ha sido posible gracias a procesos de transformación técnicos y políticos. Dicho de otro modo, el aumento exponencial de la producción a lo largo de los siglos XVIII y XIX (en relación a periodos anteriores) fue posible en virtud del control de dos tipos de fuerza: las fuerzas de la naturaleza y las fuerzas sociales. Newton, a través de la mecánica clásica, ha dado las pautas fundamentales para un entendimiento de la naturaleza, y por ende, para su dominio⁷. Los diagramas vectoriales, como forma de ilustrar la dinámica de la naturaleza, ilustran también la manera de controlar este tipo de fuerzas. Los diagramas y ecuaciones que se pueden apreciar en los trabajos de Newton han sido reproducidos en el ejercicio de controlar las fuerzas de la naturaleza, dando lugar al surgimiento del motor a vapor, pieza paradigmática de la transformación productiva.

La sociedad burguesa se constituyó a partir de un doble suceso: una transformación técnica y una transformación política; “hay que hacer no solamente la historia de las técnicas industriales, sino también la de las técnicas políticas” (Foucault, 1999; 243). Por otra parte, Bentham en su *Panopticon* ha planteado una manera sencilla y sutil para acceder al control de las fuerzas sociales. El *Panopticon* de Bentham, aunque se plantea como un programa específico, expone los ‘diagramas’ y ‘trazos’ fundamentales para el diseño de una maquinaria que tiene por principio de funcionamiento el control de los individuos (o de las fuerzas sociales). De hecho el panóptico es una maquinaria, se diseñó como una máquina que vigila y que funciona como operador terapéutico (pretende normalizar). Pero más allá

⁶ Las tecnologías productivas que surgieron en los siglos XVIII y XIX también tuvieron grandes implicaciones sociales.

⁷ En Newton, también podemos ver que un saber (en este caso sobre la naturaleza) implica un poder (sobre la naturaleza misma).

de presentar una idea de arquitectura, el *Panopticon* puede verse como el diseño de algo tan potente a nivel productivo como un motor a vapor. La obra de Bentham es el diseño de una máquina que puede hacer uso de los individuos, es el trazo de una sociedad atravesada por los dispositivos del poder disciplinario.

Probablemente para Foucault resultaría inverosímil tener en el mismo plano comparativo a Newton y a Bentham, teniendo en cuenta que él (Foucault) menciona que los discursos que ha generado la tecnología de control de Bentham rara vez han adquirido el estatuto de ciencia, y además, tampoco considera justo confrontar la tecnología disciplinaria con la máquina de vapor (Foucault, 1976; 227); por ello buscó para las disciplinas otro referente histórico, como la inquisición. Sin embargo, mi propósito al colocar a Newton y a Bentham en el mismo espacio ha sido el de mostrar su gran influencia en el diseño de una compleja maquinaria productiva, considerando que la producción requiere el control tanto de las fuerzas naturales como de las fuerzas sociales. Por un lado, a mi juicio, Newton responde al problema sobre el control de las fuerzas naturales, y por otro lado, Bentham responde a la cuestión sobre el control social. En estos dos autores podríamos encontrar las claves de la construcción del inmenso aparato productivo que alcanza las dimensiones de una sociedad.

Hemos visto que el poder disciplinario, además de cumplir una función negativa, de bloqueo o de contrarrestar, cumple un papel positivo o productivo. La sociedad disciplinaria no sólo se conforma con el fin de contrarrestar los posibles fenómenos de masa, también se conforma como sociedad productiva, una sociedad que pueda hacer útil a los individuos que forman una multitud. La sociedad disciplinaria asigna un lugar a los individuos, establece diferencias entre ellos, plantea esquemas jerárquicos de vigilancia; en esta sociedad, de la que Bentham captó los trazos básicos, la vigilancia es perpetua y continua, pretende estar en cada rincón. La vigilancia hace de los individuos los déspotas de sí mismos, hace que ellos mismos reproduzcan las coerciones sobre sus propios cuerpos.

La máquina social de vigilar es asimismo una máquina productiva. La vigilancia es crucial para la producción de cuerpos útiles, y en este sentido, la vigilancia hace de la población la fuerza productiva necesaria para realizar los fines del capital, el lucro. Una parte fundamental del poder disciplinario es la vigilancia, no basta con que al individuo se le asigne un lugar, o que aprenda a emplear su tiempo, la vigilancia hace reproducir los efectos del poder disciplinario en el individuo. Pero más que la vigilancia efectiva, lo que produce los efectos políticos es la conciencia de vigilancia. De esta manera, podemos afirmar que el panóptico es ese mecanismo que condensa los dispositivos disciplinarios en un 'edificio', y este 'edificio' puede alcanzar las dimensiones de una sociedad. Es más que una 'sencilla idea de arquitectura', es una idea política determinante.

Conclusión

El pensamiento político tradicional examina la cuestión del poder desde la perspectiva de una teoría del Estado. ¿Cómo es posible el orden en una sociedad? Esta parece ser una de las principales preguntas que se plantea la teoría política. La filosofía antigua responde a esta pregunta partiendo de una suerte de naturaleza humana: de la propensión humana al bien. En las líneas del libro primero de la *Política* de Aristóteles leemos que el hombre es un *zoon politikon*. Esto es, el hombre es una entidad que tiende a la vida en sociedad, por naturaleza se adapta a un orden entre hombres. Es en una tendencia humana al bien que se explica el orden social.

Dando un salto al siglo XVII, podemos afirmar que Hobbes da una respuesta original a la pregunta inicialmente planteada. Para Hobbes, el orden social es posible porque el Estado tiene que asegurar las condiciones de coexistencia entre los ciudadanos, considerando que ellos son los principales agentes que vulneran la vida social. El terror por la muerte permite que los individuos acepten el ejercicio del poder por parte del soberano. La originalidad de Hobbes radica en el recurso a un aparato político como mecanismo de la cohesión social. El Estado cumple la tarea de mantener un orden.

En contraste con Aristóteles, Hobbes parece decirnos que si el hombre tiene una tendencia no es hacia el bien, sino hacia el mal. El dichoso aforismo que se ha adjudicado a Hobbes, “el hombre es lobo para el hombre”, de ahí la necesidad de un aparato represor que actúe sobre el tejido social. A partir de la multiplicidad de voluntades individuales se conforma una voluntad política, un soberano colectivo (Foucault, 2000; 37). Hemos procurado apartarnos de las naturalezas humanas y de las teorías del Estado. El hombre no es una tendencia, es un producto [político]; el poder no aparece en la cúspide de una sociedad, el poder transita por el individuo.

No partimos de una inclinación moral por parte del individuo. Tampoco está en su naturaleza obedecer, trabajar, o intercambiar. Tal vez la naturaleza humana sea una quimera de las filosofías morales o políticas. Tal vez resulte pertinente desconfiar de los análisis descendentes del poder. No pensamos el poder en términos de tenencia, en términos de ubicación, o de legitimidad. Concordamos con Michel Foucault en que el poder es básicamente un ejercicio.

Una teoría del Estado hace énfasis en el protagonismo central de la figura de la soberanía. En este tipo de teorías, la autoridad se construye a partir de una voluntad colectiva. El poder, visto desde el punto de vista del Estado, adquiere legitimidad. Desde esta perspectiva jurídica, el poder es reconocido

por el público y se reproduce la obediencia. Es posible afirmar que las teorías del Estado pretenden explicar el orden social a partir de un único punto localizable de poder:

El esquema de los juristas, ya sea el de Grotius, Pufendorf o el de Rousseau, consiste en decir: 'Al comienzo no había sociedad, poco después apareció ésta, a partir del momento en que surgió un punto central de soberanía que organizó el cuerpo social y que permitió a continuación toda una especie de poderes locales y regionales'. (Foucault, 1999; 240).

Podemos llamar a esta forma de pensar el poder el modelo del *Leviatán*. Este modelo, más que responder a la pregunta por el orden social, pretende responder a la cuestión sobre el poder. Es decir, una teoría del Estado se pregunta cómo surge o cómo se funda el poder 'político'. Para responder a esta pregunta, dichas teorías asumen que el poder se identifica con un aparataje institucional que lo detenta. Podemos pensar en el Leviatán como un hombre fabricado, o algo que se fabrica con la cohesión de muchos individuos. El Leviatán es animado por la soberanía que encarna el vínculo social (Foucault, 2000; 36-37).

Este tipo tradicional de pensamiento político concibe el poder como un acuerdo, lo que significa que el poder es una construcción. En su curso titulado *Defender la sociedad*, Michel Foucault se refiere al derecho como un 'edificio jurídico'. Esa construcción efectuada por encargo real para el provecho privado (Foucault, 2000; 35). Un edificio institucional es construido con el fin de mantener un orden. En este sentido, el poder es una imposición, algo que recae y se aplica en el tejido social.

Las teorías del Estado pueden explicar el surgimiento del aparato institucional que se propone mantener un orden. Sin embargo, el modelo del *Leviatán* tal vez no es satisfactorio cuando se quiere hacer una reflexión en torno a la dominación material y efectiva. Esto es, el endriago marino es un énfasis en las instituciones de 'poder'; la subordinación, o el sometimiento efectivo del individuo no parecen pertenecer al dominio del edificio jurídico. Las dimensiones del derecho son reducidas a las dimensiones del papel si captamos el ejercicio del poder en instancias regionales; las empresas, por ejemplo, son espacios políticos en el sentido de que en ellas se puede observar un ejercicio efectivo de subordinación sobre los individuos, los cuarteles son asimismo instancias materiales de sometimiento.

La perspectiva jurídica del poder tal vez no resulte ser satisfactoria si queremos entender por qué el individuo se ha reducido a ser una fuerza productiva, o por qué el individuo se ve inmerso en un espectro complejo de relaciones de poder. ¿Acaso la relación de subordinación entre empresarios y trabajadores es una relación que se funda en cierta legitimidad? ¿Es una relación que se ha construido como un acuerdo, como una institución a escala? Ciertamente el contrato de trabajo establece los términos en que la subordinación es efectuada, y es un 'trato' que el trabajador acepta. Sin embargo, más allá de esta ficción jurídica, las relaciones del individuo con el aparato productivo son relaciones coactivas que se diferencian de una relación contractual ideal; en estas relaciones (trabajador-

empresario) se ponen en juego unos mecanismos, unas disimetrías, y unos excesos que hacen la diferencia con el ‘pacto primitivo’ que reviste legitimidad en una sociedad.

Por lo tanto, se trata menos de analizar la cuestión del establecimiento de un orden social que tenga como punto de partida un aparato institucional. Hemos mencionado que el poder no es una tenencia, es un ejercicio. A partir de la práctica debe advertirse el poder. No se trata de localizarlo, se trata de verlo en acción. Por ello la necesidad de partir de la práctica efectiva del sometimiento. De acuerdo con esto, el poder puede captarse en distintos tipos de relaciones entre personas. En la existencia cotidiana del individuo se advierte el ejercicio del poder, el poder no tiene exclusivamente un rostro jurídico.

No se trata entonces de explicar el surgimiento del aparato político, o de hacer una teoría del Estado. Por lo tanto, nuestra preocupación no ha sido la formación y el reconocimiento de la figura de autoridad, sino la formación del subordinado. Apartarse del modelo del *Leviatán* implica preguntarse cómo es posible la subordinación efectiva, o planteado de otra manera, cómo es posible la constitución del individuo en fuerza productiva. En su libro *Vigilar y castigar*, Michel Foucault hace un cuadro comparativo entre el soldado del siglo XVII y el soldado de mediados del siglo XVIII, ¿qué diferencia a estos dos tipos de soldado? De acuerdo con tal cuadro comparativo, el soldado del siglo XVII era un conjunto de signos y marcas honoríficas adquiridas, en suma, era una ‘retórica corporal’ (Foucault, 1976; 139).

Por otra parte, en la segunda mitad del siglo XVIII, el soldado era el resultado de un proceso de formación, o deberíamos decir, de una transformación. Era la constitución de un cuerpo en máquina, “el soldado se ha convertido en algo que se fabrica” (Foucault, 1976; 139). El soldado de los modernos ejércitos no es ya un conjunto de signos, es una fuerza subordinada a intereses ajenos. En palabras de Foucault, el soldado del siglo XVIII es un cuerpo dócil. ¿Qué significa el término cuerpo dócil? Podemos parafrasear a Foucault para entenderlo: “Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado” (Foucault, 1976; 140).

Podemos afirmar que el auténtico logro político de la modernidad ha sido la conformación y el dominio de las fuerzas productivas. El cuadro comparativo que Foucault expone en *Vigilar y castigar* señala dos aspectos importantes. En primer lugar, la transformación de un cuerpo en fuerza armada implica un dominio que no se ejerce como la prolongación del Estado al aparato militar. La fuerza armada es producto del mismo aparato militar, la dominación se ejerce en esa instancia. El Estado o la soberanía no conforman fuerzas a partir de cuerpos individuales. Segundo, el poder es individualizante, o dicho en otros términos, el poder conforma individuos útiles. Por lo tanto, la sociedad burguesa no versa sobre la conformación de un tipo de Estado moderno, que se diferencia de las anteriores formas

de soberanía. Tal vez la sociedad burguesa no se ha encargado de constituir un tipo particular de Estado, tal vez se ha encargado de la generación de súbditos.

No se trata entonces de un Leviatán, el dominio de las fuerzas productivas no proviene de un acto estatal. El sometimiento pasa por hacer de un individuo una ‘máquina’, por lo tanto, esta concepción del poder como ejercicio refuta el supuesto de una tendencia humana (sea hacia el bien, o hacia el mal, o hacia el intercambio). El individuo no posee una propensión que lo lleve a asociarse con otros, el individuo es un resultado, un producto. Son lugares de la existencia cotidiana los que moldean al individuo. El problema político que plantea el surgimiento y consolidación de la sociedad burguesa no es el Estado, es el sujeto:

En otros términos, en vez de preguntarse cómo aparece el soberano en lo alto, procurar saber cómo se constituyen poco a poco, progresiva, real, materialmente los súbditos, el sujeto, a partir de la multiplicidad de los cuerpos, las fuerzas, las energías, las materias, los deseos, los pensamientos, etc. Captar la instancia material del sometimiento en cuanto constitución de los súbditos sería, por decirlo así, exactamente lo contrario de lo que Hobbes quiso hacer en el *Leviatán*, y de lo que creo que, al fin y al cabo, quieren hacer todos los juristas cuando su problema consiste en saber cómo, a partir de la multiplicidad de los individuos y las voluntades, puede formarse una voluntad o un cuerpo únicos, pero animados por un alma que sería la soberanía. (Foucault, 2000; 37).

Por lo tanto, es posible afirmar que las fuerzas productivas del trabajo de la industria moderna son producto de unas relaciones de sujeción. El sujeto es el arte político de la sociedad burguesa. El ejercicio de sometimiento en la sociedad burguesa no es un hecho ‘macizo’ o directo. Esto es, la producción de sujetos no resulta de la aplicación de un poder central sobre el individuo. El dominio de las fuerzas productivas es posible a partir de la conformación del individuo como sujeto.

Podemos afirmar que las sociedades industriales no establecen precisamente un orden, estas sociedades han generado súbditos. El moderno aparato productivo conforma fuerzas que reproducen efectos de poder por su cuenta. Vale la pena recordar las palabras de Foucault al respecto:

En realidad, uno de los efectos primeros del poder es precisamente hacer que un cuerpo, unos gestos, unos discursos, unos deseos, se identifiquen y constituyan como individuos. Vale decir que el individuo no es quien está enfrente del poder; es, creo, uno de sus efectos primeros. El individuo es un efecto del poder y, al mismo tiempo, en la medida misma en que lo es, es su relevo: el poder transita por el individuo que ha constituido. (Foucault, 2000; 38).

Si la modernidad ha fabricado un hombre, no es el hombre soberano o el Leviatán al que hacíamos referencia líneas atrás. No ha fabricado un hombre abstracto, sino un hombre concreto: el subordinado. Más que fabricar una voluntad popular, las luces han fabricado una subordinación social. Más que fabricar el Estado moderno, se han conformado las modernas fuerzas productivas del trabajo. En suma, el logro de la sociedad burguesa no es haber conformado una nueva autoridad, sino la conformación de sujetos.

Un análisis de las relaciones de poder implica preguntarse cómo un individuo se transforma en un cuerpo dócil. En este sentido, podemos afirmar que hacer lo contrario al modelo del *Leviatán* no es estudiar el fenómeno del poder como tal, sino el sujeto. Si el modelo del *Leviatán* versa sobre la conformación [legítima] de una autoridad que establezca un orden social, lo opuesto debe versar sobre la sujeción. Tratar de captar la instancia inmediata de la sujeción no significa tratar de responder a la pregunta por el orden social postulando una institución que lo garantice. Concordamos con Foucault en que el énfasis debe hacerse sobre las formas en que son generados los súbditos:

[Mi objetivo] no ha sido el de analizar los fenómenos del poder, ni el de elaborar los fundamentos de tal análisis. En cambio, mi objetivo ha sido crear una historia de los diferentes modos por los cuales, en nuestra cultura, los seres humanos se convierten en sujetos. [...] Por tanto, no es el poder sino el sujeto el tema general de mi investigación (Foucault, 1991; 51-52).

Si bien Foucault plantea en estas líneas que su énfasis investigativo recae sobre el sujeto (y no el poder), consideramos que un estudio de la cuestión del poder (no considerada desde la perspectiva del Estado) debe interrogarse por las maneras de conformar sujetos. Sobre esto versa la práctica política en la sociedad burguesa: conformar sujetos. A lo largo de dos siglos (entre los siglos XVI y XVIII) el artesano del sistema gremial o corporativo fue transformado en el trabajador del régimen fabril, y el caballero de las armadas heráldicas fue transformado en el moderno soldado de los ejércitos.

El hombre fuerza productiva y el hombre armamento, estos dos sujetos han sido el resultado de modernas tecnologías políticas. No han sido, en principio, individuos que se enfrentan a una autoridad visible, o individuos sobre los cuales se aplica un poder. Como mencionamos líneas atrás, los sujetos son un producto. Que el sujeto sea un resultado del poder no quiere decir que sea un resultado del aparato del Estado. Y en este sentido, el sujeto es mucho menos una manifestación de una tendencia humana.

Por una parte, la división del trabajo desglosa las tareas que componen la producción y asigna un lugar a los individuos en dichas fases. Por otra parte, la táctica militar configura un espacio estratégico para el ataque y asigna un lugar a los individuos en dicho espacio. División del trabajo y táctica militar son dos nombres diferentes para referirse a una misma práctica política: la distribución de los individuos. La distribución tiene por objeto no sólo prescribir un lugar al individuo, además pretende fijarlo a ese espacio celular; dicho en los términos en los que escribe Foucault, el poder trata de ‘atar al individuo a una identidad’ (Foucault, 1991; 59). O como lo plantea Marx, la división del trabajo encadena al trabajador a la ejecución de una tarea parcial (Marx, 1999). Tal vez la práctica política de la distribución es la forma concreta de los grilletes imperceptibles. Tales grilletes hacen posible la conformación del sujeto.

Si el sujeto se conforma en varios lugares comunes a la existencia humana, es menos clara la imagen de un poder que se prolonga desde una cúspide hasta el individuo. Las relaciones de poder que conforman sujetos son relaciones cotidianas, no son relaciones que necesariamente produce un aparato institucional. El poder se percibe concretamente en la conformación de sujetos. Tal vez la modernidad no se caracteriza por la gran invención de las libertades y derechos del hombre, sino por la invención de los grilletes del sujeto a los que anteriormente hacíamos referencia. La conformación de la industria capitalista exige la producción de cuerpos dóciles, por lo tanto ha hecho uso de los grilletes de la división del trabajo. He ahí, entonces, la dimensión coactiva de la moderna economía.

El proceso de producción capitalista ha recurrido a las técnicas de conformación de subordinados. Esto es, ha producido las fuerzas productivas del trabajo; y no sólo las ha producido, también se ha hecho con su control. Por lo tanto, no ha creado una institución central de poder. La moderna industria no requiere soberanos, requiere sujetos. La sociedad burguesa no versa sobre la formación del Leviatán o de algún tipo particular de soberano colectivo, pero tal vez esta sociedad sí ha creado un sujeto colectivo.

La división del trabajo ha sido el recurso político de la industria moderna para constituir una fuerza social o un sujeto colectivo a partir de la multiplicidad de individuos. Es posible afirmar que el sujeto colectivo conformado por la industria es el obrero colectivo al que se refería Marx en *El Capital* cuando analiza la cuestión de la división del trabajo. La división del trabajo produce un obrero colectivo formado por la combinación de muchos obreros individuales. Es posible caracterizarlo como un sujeto de múltiples brazos que produce las riquezas de una sociedad. El obrero colectivo es la maquinaria del periodo de la manufactura (Marx, 1999; 283).

Las sociedades modernas no se constituyen por virtud del soberano de múltiples voluntades individuales, el aparato productivo de estas sociedades forma un obrero colectivo de múltiples brazos. Una posible consecuencia de la sujeción a nivel social es la socialización del proceso de trabajo y la concentración de las riquezas. El individuo se ha reducido a ser una fuerza productiva más dentro del organismo productor de plusvalía. Al extenderse las formas de conformar sujetos, se construye una sociedad atravesada por mecanismos políticos. Se generalizan menos las libertades que las coacciones.

¿Qué resta por decir con respecto a la economía capitalista? ¿Es ésta una economía basada en relaciones autónomas de intercambio? Si asociamos el poder con el aparato del Estado, podemos decir que la economía capitalista no es un producto de una regulación estatal (como lo fue el sistema mercantilista), y por lo tanto no es un sistema que supone algún tipo de coacciones. Sin embargo, hemos visto que el proceso de producción capitalista requiere diferentes modos de convertir a los individuos en sujetos, hemos expresado que dicho proceso de producción tiene un rostro coercitivo.

Ciertamente la sociedad burguesa surgió del enfrentamiento con el soberano, pero hemos insistido en que no es el dominio de la clase burguesa lo que caracteriza políticamente esta sociedad. Los grilletes de esta sociedad se perciben en el aparato productivo, en la producción de cuerpos dóciles.

Por lo tanto, podemos afirmar que el lado ‘perverso’ del capitalismo no se reduce a los efectos inequitativos en el orden distributivo, o en las fallas de mercado. El proceso de producción capitalista no se configura como un fenómeno exclusivamente económico, también versa sobre la sujeción. Ha de subrayarse que la producción capitalista exige la conformación de sujetos.

En la escritura de los *Lineamientos fundamentales (Grundrisse)*, Karl Marx planteaba que, en la sociedad burguesa, el individuo no es sólo un sujeto de cambio. Esto es, las relaciones entre los trabajadores y los empleadores no se reducen a ser simples relaciones de intercambio. El control de las fuerzas productivas del trabajo no se explica únicamente a partir del intercambio. De acuerdo con Marx, los actos del intercambio son sólo una parte de las relaciones entre individuos en la sociedad burguesa (Marx, 1985; 138, [159]).

El proceso de producción capitalista es un proceso en el cual la riqueza no se capta (ya sea de manera extractiva o en el comercio), el capitalismo es fundamentalmente un régimen de producción de riquezas. En este sentido, el individuo vive en la sociedad burguesa en función de la producción de valor, su existencia se subordina al aparato productivo. El individuo se conforma como pieza de dicho aparato, como un sujeto atravesado por relaciones de poder, no de intercambio. La expresión política del proceso de producción es la conformación de sujetos. Marx no pensaba al individuo como una naturaleza, sino como el producto político de la sociedad burguesa. Tal vez Marx ya había planteado que la sociedad burguesa produce cuerpos dóciles:

Dentro de la totalidad de la sociedad burguesa existente, la fijación de los precios y su circulación, etc., se manifiestan como el proceso superficial por debajo del cual, en lo profundo, se desarrollan otros procesos muy distintos, en los que esta igualdad y esta libertad aparentes de los individuos desaparecen. [La teoría económica] Se olvida, de una parte, que la premisa del valor de cambio, como la base objetiva sobre que descansa la totalidad del proceso de producción, implica ya de antemano una coacción para el individuo, puesto que su producto inmediato no es un producto para él, sino que sólo llega a serlo en el curso del proceso social, y de que tiene que asumir necesariamente esta forma general y, sin embargo, externa; de que el individuo sólo existe en tanto que productor de valores de cambio, lo que lleva ya implícita la negación de su existencia natural, lo que quiere decir que se halla determinado enteramente por la sociedad y que esto presupone, además, la división del trabajo, etc., que hace entrar al individuo en otras relaciones que las del mero sujeto de cambio, etc. Que, por tanto, la premisa de que se parte no nace, ni mucho menos, de la voluntad o de la naturaleza inmediata del individuo, sino que es un producto histórico y que el individuo se encuentra determinado por la sociedad. (Marx, 1985; 138, [159]).

Bibliografía

Bentham, Jeremy. 1791. *Panopticon or the Inspection-House*. Printed for T. Payne, at the Mews-Gate. London.

Defoe, Daniel. 1687. *A tour through the whole island of Great Britain*. Aldine Press. London.

Foucault, Michel. 1968. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo xxi editores. México D. F.

Foucault, Michel. 1976. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo xxi editores. México D. F.

Foucault, Michel. 1977. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo xxi editores. México D. F.

Foucault, Michel. 1980. “El ojo del poder”, en *Jeremías Bentham, el Panóptico*. Ediciones La Piqueta. Madrid.

Foucault, Michel. 1991. *El sujeto y el poder*. Carpe diem ediciones. Bogotá.

Foucault, Michel. 1996. *La verdad y las formas jurídicas*. Editorial Gidesa. Barcelona.

Foucault, Michel. 1999. *Obras esenciales. Volumen III. Estética, Ética y Hermenéutica*. Paidós. Barcelona.

Foucault, Michel. 2000. *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975 – 1976)*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

Foucault, Michel. 2005. *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973 – 1974)*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

Fuller, Thomas. 1840. *History of the worthies of England*. Printed for Thomas Tegg. London.

Huberman, Leo. 1973. *Los bienes terrenales del hombre. Historia de la riqueza de las naciones*. Editorial la oveja negra. Medellín.

Mandeville, Bernard. 1924. *The fable of the bees: or private vices, public benefits*. With a commentary critical, historical, and explanatory by F. B. Kaye. Vol. 2. The Clarendon Press. Oxford.

Marx, Karl. 1971. *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Ediciones Ariel. Barcelona.

Marx, Karl. 1985. *Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse (1857-1858)*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

Marx, Karl. 1999. *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo I*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

Pirenne, Henri. 1939. *Historia económica y social de la Edad Media*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

Platón. 1986. *Diálogos IV: República*. Trad. Conrado Eggers Lan. Editorial Gredos. Madrid.

Ricardo, David. 1959. *Principios de Economía Política y tributación*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

Smith, Adam. 1958. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Fondo de Cultura Económica. México D. F.

Steuart, James. 1767. *An inquiry into the principles of political economy*. Printed for A. Millar, and T. Cadell, in the Strand. London.

Vanderlint, Jacob. 1734. *Money answers all things*. The Lord Baltimore Press. Baltimore, MD., U.S.A.